



AVISO LEGAL

Título: *Regreso de las carabelas*

Autor: Zea, Leopoldo

ISBN: 968-36-2971-7

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1993). *Regreso de las carabelas*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1993 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

© Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam/>
Correo electrónico: cialc-sibiuam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales del libro pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este libro en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

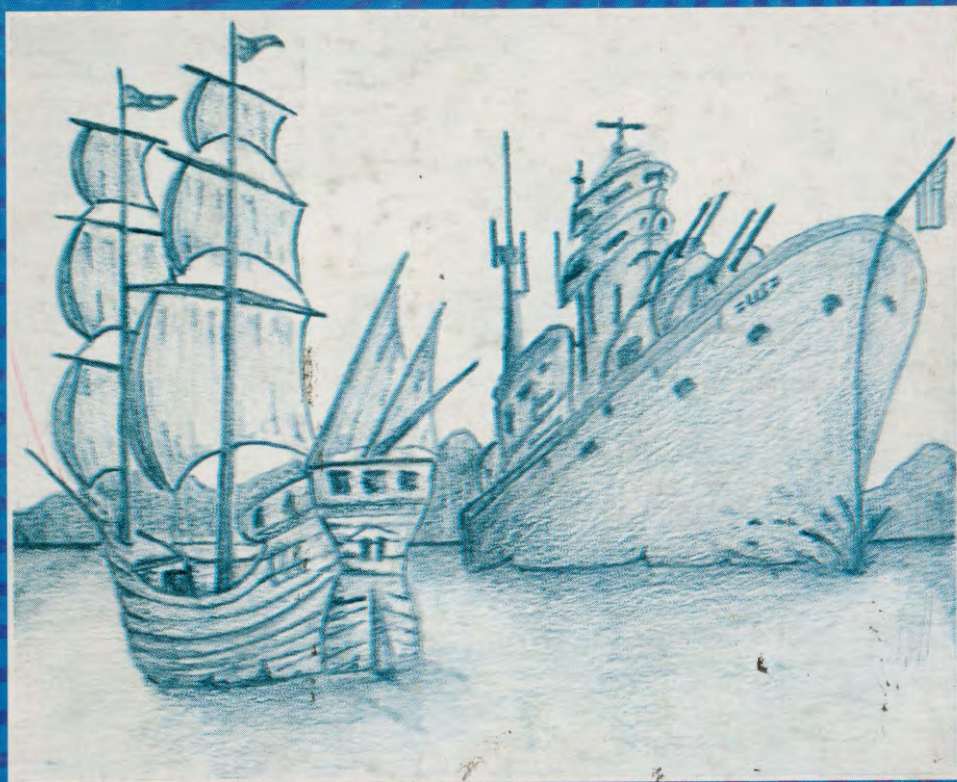
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

500 AÑOS DESPUÉS

Regreso de las carabelas

Leopoldo Zea



centro coordinador y difusor de estudios latinoamericanos
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Regreso de las carabelas

500 AÑOS DESPUÉS

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR
DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Leopoldo Zea

Regreso de las carabelas



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 1993

Primera edición 1993

DR © 1993, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.

DIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

ISBN: 968 - 36 - 2971 - 7

A la memoria de
JUAN ANTONIO ORTEGA Y MEDINA

PREFACIO

El 12 de octubre de 1992, llegó a su término la discutida conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América y Encuentro de dos Mundos. Descubrimiento y encuentro, términos que si bien no se niegan entre sí fueron expresión de la discusión que originó la conmemoración que se quiso presentar como objeto de festejo, pero los pueblos que fueron víctimas del impacto de los hechos que siguieron a esta nueva etapa de la historia se opusieron a tal festejo.

Se conmemoró, esto es, se tomó conciencia de lo que este hecho histórico ha representado como el pasado de la historia y lo que los mismos significan para el ineludible futuro de una historia que es universal. Había que ver estos hechos, no ya en lo que fueron, sino lo que los mismos significan para lo que ha de seguir haciéndose. Tuve la satisfacción de participar en esta conmemoración en diversas ocasiones y en diversos sitios, casi al inicio de estos actos conmemorativos. De allí surgieron los diversos trabajos que ahora se integran en este volumen, y que completan lo publicado en el Primer Tomo de la Colección *Quinientos Años Después*, con el título *Descubrimiento e Identidad Latinoamericana*. Artículos, conferencias, participaciones diversas en las que obviamente se reiteran varios enfoques pero siempre en situaciones y oportunidades distintas. Esto es, variaciones sobre un mismo tema, el de esos quinientos años transcurridos en la historia en la que es parte central esta nuestra región, América.

Viéndose el pasado en función con el presente que ha de marcar las sendas del futuro del horizonte de la historia universal, se hace patente un ir y un regresar de quienes se impusieron por el impacto de la conquista, la colonización y la respuesta de los conquistados y los colonizados. Tres naves, tres carabelas, dieron inicio a esta historia de ida y vuelta. Quinientos años después de la salida de las

carabelas y las múltiples y diversas naves que las siguieron partiendo de Europa para imponer su dominio a América y al resto del Mundo junto con sus peculiares utopías, regresan al punto de partida otras carabelas o naves que salen de América para Europa, pero no son ya las frágiles carabelas colombinas; acorazados, cruceros, portaaviones y naves aéreas para imponer su propia hegemonía a la misma Europa de donde antes salieron carabelas para dominar el resto de la tierra. 500 años después los europeos luchan ahora para sacudirse tal hegemonía como antes los americanos lucharon para sacudirse la europea. Los últimos hechos históricos posibilitan el esfuerzo europeo en este sentido.

También han salido de América grandes utopías, ideas, sueños de libertad y participación de hombres y pueblos en defensa de su libertad y el derecho de autodeterminación de los pueblos. La Revolución de Estados Unidos en 1774, que impactará a la Revolución europea iniciada en Francia en 1789. Y también de la otra América, la Latina, han surgido otras ideas y utopías que están regresando a una Europa preocupada por la presencia de gente que su misma expansión trajo a sus entrañas. El problema del mestizaje, la convivencia que se empezó a plantear en la América Latina a partir de la experiencia racial y cultural que la conquista y colonización ibera impusieron a América. Experiencia en la que conquistadores y colonizadores iberos se formarían en una peculiar historia forjada en la península por la presencia que a su vez sufrieron de conquistadores y colonizadores llegados del África musulmana, del otro lado del Mediterráneo. Esta herencia permitió la convivencia y el mestizaje, independientemente de los agravantes que las mismas implicaron.

La capacidad para convivir de ciertas etnias y culturas se ha expandido a lo largo del tiempo a la otra América, la Sajona, la América blanca y puritana. Se habla ahora de la latinoamericanización de los Estados Unidos. Gracias a esta latinoamericanización en los Estados Unidos resulta ya difícil hablar de razas. Ya que la supuesta raza latina no es una raza en sentido de estirpe, sino la combinación infinita de la multiplicidad de lo humano; se puede hablar pura y simplemente de raza humana. El comentarista

de un diario de Los Angeles en California escribía recientemente: “En el censo de 1990, 51 por ciento de latinos en California manifiestan que no eran ni blancos, ni negros, ni indios, ni asiáticos. Nuestra identidad correctamente es otra.” Esta gente no puede aceptar el reduccionismo étnico. No son ni esto ni lo otro y por serlo, distintos, pero no tan distintos que dejen de ser hombres. No se puede hablar así de la pureza racial de ningún género, ya que esta gente que posee todas esas razas y por ello está en su derecho a responder cuando se le pregunta, ¿qué raza?, y contesta raza humana. “Los latinos no solamente han demostrado lo inadecuado de nuestro esquema actual; ellos también nos aportan la noción de ‘mestizaje’ que podría ayudarnos a todos a superar los demonios del racismo que es una falla total de la historia de Estados Unidos para forjar una identidad común.”

Esto se está también planteando con crudeza en la Europa que ahora quiere integrarse y que para hacerlo piensa en levantar muros y murallas para no dejar entrar, muros que tendrán que fracasar, no sólo por la presión externa de las diversas razas y culturas que forman la Europa del Este y Rusia, sino por la misma gente que ha llevado a sus entrañas para hacer el trabajo sucio que no querían hacer los europeos. Otra idea de lo racial, la de ser latina, raza integrada, cósmica de que habla Vasconcelos, es la que regresa ahora como esas naves a Europa.

Interesantes han sido, en este sentido, los comentarios de la prensa europea, como la francesa, al presentarse el reciente triunfo en los Estados Unidos del ahora Presidente Bill Clinton. Es el triunfo, se comenta, de la multiplicidad, de la diversidad racial y cultural que ahora suma mayoría. Triunfo que podrá servir de ejemplo a la Europa que ahora se ve obligada a plantearse problemas de identidad racial y cultural ante la presencia de la diversidad de gente que la misma Europa llevó dentro de sus entrañas como la llevan los Estados Unidos.

En los ensayos aquí reunidos se plantean muchos de los problemas aquí expresos.

Leopoldo Zea
México, enero de 1993

TOPÍA Y UTOPIA

REGRESO DE LAS CARABELAS

1. América, proyección de Europa

Fernand Braudel preguntaba: “¿Son las Américas una periferia, una “corteza” de Europa? Cualquiera de estas fórmulas expresa bien la manera en que el Nuevo Mundo, a partir de 1492, entró poco a poco, con bienes y personas, pasado, presente y futuro, en la esfera de acción y de reflexión de Europa, la manera en que se integró en ella y adquirió finalmente su fantástica significación nueva. América, a la que Wallenstein no vacila ni un instante en incluir en la economía —mundo europeo del siglo XVI—, ¿no es la explicación fundamental de Europa? ¿Acaso no ha descubierto, “inventando, América y celebrando el viaje de Colón como el mayor acontecimiento de la historia ‘desde la creación’? América es el hacer de Europa”. “Europa debió pacientemente construirla a su imagen para que empezase a responder a sus deseos.” América era como un gran espacio de realización de los deseos de Europa. Una América vacía, Utopía, tierra de sueños. Pero para ello, agrega Braudel, era menester que el hombre de la región quedase sólidamente “aferrado a ella, encerrado en su tarea: la servidumbre, la esclavitud, esas antiguas cadenas, renacen por sí solas, como una necesidad o una maldición impuesta por el exceso de espacio. Pero es también liberación, tentación”.¹

En 1492 Cristóbal Colón partió hacia el occidente para hacer realidad el sueño europeo que nacía en las tierras del Gran Khan, con su esplendor y riquezas: Catay y Cipango. Maravillosos lugares que Marco Polo había inflamado con sus relatos. El 12 de octubre de ese año Colón inventa el Asia de Marco Polo. Inventa lo

¹ Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVII*, 3 tomos, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

que quiere encontrar: las Indias que posteriormente tendrá que ver denominadas como occidentales. Este encuentro, tropiezo e invención originó la universalización de la historia. Las historias regionales de Europa, Asia, África y el Nuevo Mundo se suman a la mente europea como Historia Universal. Jorge Guillermo Federico Hegel, en los inicios del siglo XIX dará sentido a esta historia. Un sentido propiamente europeo, eurocéntrico. Dentro de él la historia universal culminaba y terminaba en Europa. Asia era el pasado no repetible de una historia que culminaba en Europa, América y África, era puro vacío que sólo Europa podía llenar para realizar plenamente el espíritu protagonista de la historia. No fue Hegel tan ingenuo que no pensase que algún día esas regiones pudiesen ser protagonistas de la misma historia. Pero eran sólo futuro de una historia que llegaba a su fin para acrecentarse a sí misma en un progreso infinito. “América —dijo Hegel— es el país del porvenir. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica, acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur.” Pero para ello, “América debe apartarse del suelo en que, hasta hoy, se ha desarrollado la historia universal. Lo que hasta ahora acontece allí no es más que el eco del viejo mundo y el reflejo de ajena vida. Pero como porvenir, América no nos interesa, pues el filósofo no hace profecías”.²

¿Pero qué es lo que se gesta en América como país del porvenir? ¿Qué es lo que se está inventando para que en su oportunidad revierta sobre el mundo que la ha inventado? Hacia América parten de Europa para conquistarla y colonizarla, gentes de pueblos marginados, iberos y británicos. Por un lado, en 1492, en España, cae Granada, poniendo fin a un dominio de casi ocho siglos, impuesto por el Islam, el mundo árabe, a la Península Ibera mestizándola racial y culturalmente. Un accidente histórico hace de Carlos I Rey de España y V Emperador del Sacro Imperio Romano. Hegemonía española sobre Europa que dura poco, pero no así la creación del imperio en América en donde nunca se ponía el sol. Perdida la hegemonía, España es marginada: “África —se dice— empieza en los Pirineos.” Por el otro, los normandos, que han sacudido a la Europa

² Hegel, Lecciones de filosofía en *Filosofía de la Historia* .

cristiana, heredera de Roma, son expulsados, al término de la Guerra de los Cien Años, del Continente. Estos harán de Inglaterra la gran Insula cantada por William Shakespeare en su Enrique II. Nada querrá ya saber Inglaterra de Europa al otro lado del Canal. Su futuro está en el occidente, en las tierras descubiertas por Colón, disputando a Iberia su dominio y con ello la hegemonía sobre la misma totalidad de la Tierra. Pugna que se hará expresa en América, en la lucha de la que ya habla Hegel. Dos Américas, con dos concepciones del mundo surgen de la América descubierta en 1492. Dos utopías, dos invenciones, que revertirán sobre Europa.

2. *La doble utopía americana*

Por un lado, la América blanca, anglosajona y puritana de mentalidad tan insular como su raíz, la Gran Bretaña. De esta América habla Tomás Jefferson diciendo: “Bondadosamente apartados por la naturaleza y un ancho océano, del exterminador caos de una cuarta parte del globo; de espíritu demasiado elevado para soportar la degradación de los demás; poseedores de un país elegido, como espacio suficiente para nuestros descendientes durante mil generaciones.” Formada por gente honrada, sincera, temperante y amante del prójimo, “adorando a una Providencia superior, que con todas sus bendiciones demuestra que le satisface la felicidad del hombre en esta vida y su mayor bienaventuranza en la otra”. “¿Qué más necesitamos —pregunta— para ser un pueblo feliz y próspero?”³ Pueblo una y otra vez bendecido por sus gobernantes. Pueblo que aporta al mundo la más extraordinaria de las declaraciones de libertad y democracia: “Todos los hombres nacen iguales y a todos les confiere su creador ciertos derechos inalienables.” “Para garantizar estos derechos los hombres instituyen gobiernos que derivan sus poderes del consentimiento de los gobernados.” “Pueblo con derecho a reformar o abolir, a instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios” , “que a su juicio garanticen mejor su

³ Tomás Jefferson, *Discurso en su primera toma de posesión*, el 4 de marzo de 1801.

seguridad y su felicidad”.⁴ Paradójicamente estos derechos no tienen validez universal, la concepción insular y, por ello mezquina, los limita a un pueblo que hace suyas todas las virtudes y deja al resto del mundo sus defectos para juzgarlo por ellos.

Por el otro lado está la América, que por contraposición a la sajona se denominará latina. Simón Bolívar, padre de Patrias escribe: “Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado de dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil.”⁵ Coincide con Jefferson en la conciencia de la insularidad, pero se distingue haciendo de ella punto de partida de la universalidad. El pueblo de esta región de América no es como el de los Estados Unidos. “Nuestro pueblo —sigue Bolívar— no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de Africa y de América que una emanación de Europa; pues hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter”. Aquí todo se ha mezclado, el europeo, el indio, el africano. Esta “desemejanza trae un reto de la mayor trascendencia”.⁶ Aquí no puede pensarse en insularidad alguna, sino en la capacidad para integrar las diversas razas y culturas de la tierra. Por ello “es una idea grandiosa pretender formas de todo el mundo nuevo en una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes con el todo”.⁷

Por ello “en la marcha de los siglos —agrega Bolívar— se podrá encontrar una nación cubriendo el universo”. Otra utopía, otra invención propia de esta América, la de una raza de razas, cultura de culturas y nación de naciones; raza, cultura y nación pura y simplemente de hombres.

Los Estados Unidos afirman en cambio su insularidad. George Washington dice: “Contra las artes insidiosas de la influencia extraña debe estar constantemente alerta el celo de un pueblo libre, puesto que la historia y la experiencia demuestran que la influencia

⁴ *Declaración de los derechos de Virginia*, el 12 de junio de 1776.

⁵ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, Kingston, 6 de septiembre de 1815.

⁶ Simón Bolívar, *Discurso de Angostura*, 15 de febrero de 1819.

⁷ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*.

extraña es uno de los enemigos más funestos del gobierno republicano”. “Nuestra verdadera política es apartarnos de alianzas permanentes con cualquier parte del mundo extranjero”.⁸ Lo importante para los Estados Unidos será preservar y asegurar sus libertades y democracia. Paradójicamente para hacerlo pondrán en marcha la política de fronteras de la que habla Frederick Jackson Turner. Empujan sus fronteras, para que sus murallas impidan la injerencia extraña a este pueblo. De esta forma se ampliarán los espacios de libertad, pero de la exclusiva libertad de los estadounidenses. Llenarán así los vacíos de que habló Braudel. Se empujan murallas en una política de conquista distinta de la europea de que habla Hegel. Conquista de espacios para defensa de la libertad y la democracia estadounidenses.

En la América de Bolívar, será otra la concepción sobre el alcance de la libertad y la democracia. Éstas han de ser generalizadas, puestas al alcance de todos los hombres y pueblos de la tierra. Por ello de esta región no pueden surgir conquistadores, sino libertadores. Para Hegel los grandes hombres en la historia universal, los que posibilitan el espíritu como libertad mediante la conquista son Alejandro, César y Napoleón. A estos héroes, “quizá les ha resultado amargo —dice Hegel— el llevar a cabo su fin, en el momento en que lo han conseguido, o han muerto jóvenes, como Alejandro, o han sido asesinados, como César, o deportados como Napoleón”.⁹ Simón Bolívar replica: “Según esos señores, nadie puede ser grande, sino a la manera de Alejandro, César y Napoleón.” No quiero ser como ellos, “Yo quiero superarlos a todos en desprendimiento ya que no puedo superarlos en hazañas”. “Libertador o muerto”, de la región que entró a la historia por la conquista no pueden salir conquistadores sino libertadores. “Los ejemplos de César, Alejandro y Napoleón me parecen indignos de mi gloria. El título de libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto es imposible degradarlo.”¹⁰

⁸ George Washington, *Discurso de despedida*, 17 de septiembre de 1776.

⁹ Hegel, *Filosofía de la Historia*.

¹⁰ Simón Bolívar, *Cartas a los generales Santander y José Antonio Páez*, febrero y mayo de 1826.

3. *Expansionismo americano*

La concepción insular de los Estados Unidos, justificada con su puritanismo, los hace considerarse un pueblo predestinado a llevar su propia y exclusiva libertad sobre el mundo para protección de la misma. Nación predestinada, con destino manifiesto, expresa en sus triunfos sobre la barbarie americana al oeste y al sur de sus fronteras. En 1847 arrancan a México más de la mitad de su territorio, y en 1855 intervienen en Centroamérica con el pirata William Walker. “Los Estados Unidos, —escribía Bolívar— que parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias en nombre de la libertad”.¹¹

Dentro de esta misma conciencia insular surge en 1823 la Doctrina Monroe que se resume en una “América para los americanos.” Será ésta para los estadounidenses. Son los mismos Estados Unidos que en 1776 se independizan de Europa, como la primera nación de América y el Mundo, que rompe con el colonialismo. Asimilado el Oeste y las tierras de México inician su política colonialista, habrá que expulsar a Europa del continente para imponer su propia y exclusiva hegemonía. La acción neo-imperial se inicia en 1898, expulsando a España de sus últimos reductos en el Caribe y en el Pacífico, —las Filipinas. América debe descolonizarse pero bajo la protección colonial estadounidense. Todo el colonialismo europeo debe ser desplazado oportunamente. “América para los americanos”. La América Latina siente la agresión a España como una agresión a su propia y peculiar identidad, así se expone en el pensamiento de los Rodó y los Vasconcelos. Surge el antiimperialismo que define Vasconcelos como lucha entre monroismo y bolivarismo. “Cuando después de una década de luchas y agitación; —escribe Morison y Commager— las cosas se apaciguaron, los Estados Unidos se encontraron con un rango de potencia mundial, poseedores de territorios en Puerto Rico, Hawai, Midway, Guam, Tutuila y las Filipinas, ejerciendo el protectorado sobre Cuba, Panamá y Nica-

¹¹ Simón Bolívar, *Carta al general Patricio Campbell*, Guayaquil, 5 de agosto de 1829.

ragua y dueños de intereses e influencias en el Lejano Oriente”.¹² William Mackinley y Theodore Roosevelt habían empujado la utopía insular estadounidense a una gran parte de tierra.

4. *Europa, proyección de América.*

Afianzada la hegemonía en el Continente Americano, los Estados Unidos llegan a la Primera Guerra Mundial (1914-1918). En nombre y defensa de la libertad intervienen los Estados Unidos en esa guerra. La providencia premiará tal intervención convirtiéndolos en los grandes acreedores de los vencedores y vencidos de esta guerra. La Europa destrozada no podría competir con los Estados Unidos que, desde su lejana Ínsula, no habían sufrido la brutalidad de la guerra, pero que, por ello, sí recibirían sus beneficios. La América que Hegel había mandado al futuro se hace ahora presente en Europa. Presencia que se acrecentará en la Segunda Guerra Mundial. Una vez más en nombre de la libertad contra el totalitarismo nazi-fascista y el militarismo japonés.

Las promesas hechas en la Carta del Atlántico en 1941 y la participación de los pueblos del que sería llamado Tercer Mundo, obligan a Europa a la descolonización de los pueblos de Asia y África bajo su dependencia. Pero los Estados Unidos, para supuestamente asegurar la libertad del mundo libre, deberán ocupar los “vacíos de poder” que deje Europa, de acuerdo con la doctrina del presidente Dwight Eisenhower. ¿Frente a quién? Frente a la Unión Soviética que con sus sacrificios en la guerra era otro de los grandes vencedores. Habría que defender al mundo libre de su perversa ideología. Los Estados Unidos se encargarán de mantenerla en sus fronteras, iniciándose la Guerra Fría. Al terminar la Segunda Guerra en 1945, la Europa Occidental estaría ocupada por tropas para defenderla de cualquier agresión. Mientras la otra mitad, la Europa Oriental, estaría ocupada por la Unión Soviética para la seguridad de ésta.

Quinientos años después de la invención de América por Europa, América ha dejado de ser el quehacer de Europa. Europa será

¹² S.E. Morison y Commager, *Historia de los Estados Unidos*, tomo II, Fondo de Cultura Económica, México, 1951.

ahora el quehacer de la América. Europa habrá de ser reconstruida a la imagen y de acuerdo con los intereses de la América del Norte. No había ya vacío en América, los Estados Unidos lo habían llenado, y se aprestaban también a llenar los vacíos que dejase Europa en cualquier parte del mundo, incluyendo a la Europa misma. En 1989 parece producirse un gran cambio, las reformas políticas en la Unión Soviética realizadas por Mijail Gorbachov parecen hacer innecesaria la presencia armada de los Estados Unidos y la misma Rusia en Europa. Pero los recientes sucesos en el Golfo Pérsico pondrán en crisis el gran proyecto. Los Estados Unidos, con el gigantesco armamento creado para amedrentar a la Unión Soviética, se plantan en la zona más rica de energéticos en el mundo sin los cuales no será posible la economía de mercado en la que estaba imponiéndose Europa. Instalada en el Golfo Pérsico la América estadounidense proclamará su hegemonía sobre la tierra. “Estados Unidos —dice el presidente George Bush— asume una proporción importante en el liderazgo de esta iniciativa. Entre las naciones del mundo, sólo Estados Unidos tienen tanto la estatura moral como medios para sostenerla. Somos la única nación de la tierra que puede reunir las fuerzas de la paz”. “Que Dios bendiga a los Estados Unidos”.¹³ La historia, después de Hegel, vuelve nuevamente a terminar de acuerdo con el estadounidense Francis Fukuyama, culmina y termina con el apogeo estadounidense, tal como Hegel terminaba con la Europa pos-revolucionaria.

Es el triunfo del mensaje insular de América. Pero, ¿qué pasa con el otro mensaje, el de la América mestiza que sueña con un mundo en que puedan convivir todas las razas y culturas en una gran nación? Esta América ha penetrado profundamente en las mismas entrañas de la otra América por debajo de sus murallas. La América blanca, anglosajona y puritana está ahora en retirada. Se va así perfilando una gran nación de extremo a extremo del Continente Americano, una nación múltiple y diversa por sus razas y culturas, pero unida por saberse expresión concreta y por ello diversa de la

¹³ George Bush, *Discurso ante la Cámara de Representantes de los Estados Unidos*, 29 de enero de 1991.

humanidad. Así quinientos años después de la llegada de las carabelas europeas a América; regresan para Europa cruceros, acorazados, portaaviones y bombarderos con atómicas. Pero también sale de América la valorización del mestizaje que le es propio, y que se hace ya poderosamente patente en el resto del mundo, posibilitando los sueños de los libertadores americanos que toman el lugar de los conquistadores.

Publicado en *Europe*, abril de 1992, París.

AMÉRICA, VACÍO DE EUROPA

La América vacía sólo puede ser si el hombre está sólidamente aferrado a ella, encerrado en su tarea: la servidumbre, la esclavitud, estas antiguas cadenas, renacen por sí solas, como una necesidad o una maldición impuesta por el exceso del espacio. Pero éste es también liberación, tentación.

Fernand Braudel, *El tiempo del mundo*

1. Conquistando vacíos

El 12 de octubre de 1492 tropezaron Cristóbal Colón y los europeos que lo acompañaban con tierras que confundieron con las asiáticas, por ser éstas la única referencia que tenían de tierras distintas. Los europeos, gracias al arrojito de sus mercaderes, conocían la ruta hacia el Oriente, iniciada por los fracasados cruzados en el siglo XI. Ahora se intenta atravesar el vacío de la Atlántida modificada por Platón, partiendo de los extremos del mundo, de Cathay y de Cipango. Los navegantes que siguieron a Colón cayeron pronto en la cuenta de que en medio del vacío atlántico existía otro gran vacío, más inmenso y por inmenso terrible, el vacío que a partir del nombre del navegante y cartógrafo Américo Vespucio tomó su nombre: América. Dando nombre al vacío parecía llenarlo. Pero llenarlo ¿con qué? Con imaginaciones, utopías, fantasías, encubriendo el vacío con ellas. Pero el vacío es vacío y el europeo aprendió pronto que tendría que llenarlo, no con fantasías, sino conquistándolo, dominándolo. Y para ello estableció servidumbres y encadenamientos para que así todo nacido en estas tierras fuese a llenar el siempre pavoroso vacío.

Europa, la que será Europa Occidental, era la contrapartida de

la América supuestamente descubierta. “La vieja Europa Occidental —dice Braudel— es un mundo lleno, sin vacíos, sin tierras vírgenes, y en donde la relación, subsistencia y población se reequilibran, cuando es necesario, por el hambre y la emigración a las lejanías.”¹ Europa, para mantenerse plena, saciada y abundante, deberá expulsar a los sobrantes, a los “desgraciados”, a los que Germán Arciniegas llamaría desgraciados porque no tienen lugar en tal plenitud. Desgraciados que buscarán en el vacío, en la utopía, lo que les está negando la realidad en la saciada Europa. Pero el vacío, dice Braudel, es también liberación y tentación. Cuando los indios huyen a la persecución del blanco y los negros a la esclavitud, así como el mismo blanco que huye del mundo en el que no tiene siquiera un lugar como siervo, huyen al vacío. América es eso, un interminable vacío que empuja a los conquistadores a dominarla, pero también a los esclavos a liberarse.

Un enorme vacío de montañas, llanuras, selvas, pantanos que el Conde de Keyserling llamó el continente del tercer día de la creación. Es el vacío donde fracasa la conquista y donde los conquistadores acaban siendo absorbidos por el vacío supuestamente conquistado. Es el vacío donde los protagonistas de la historia europea, los Alejandro, César y Napoleón fracasan, según Hegel, cuando salen del apretado orbe europeo. El vacío al cual el joven conquistador macedónico, Alejandro, se ve obligado a regresar ante los infinitos que van más allá de la India, de China y no se sabe cuánto más. El mismo vacío que hace regresar a César, ante un vacío bárbaro, el de los salvajes germanos, galos, partos y otros muchos más que la Europa de esos días no puede asimilar limitada por su propia hartura. El mismo vacío de las estepas rusas, ya asiáticas, de donde se vió obligado Napoleón a regresar derrotado. El vacío que el colonizador europeo trata de domar creando poderosos enclaves para afianzar sus entornos. Enclaves de civilización enfrentados a la barbarie que formó el inconquistable vacío.

Pizarro conquista el imperio del Inca desde su enclave en Lima; Lima, ciudad criolla, no desde el Cuzco que es el vacío que puede

¹ Fernand Braudel, *El tiempo del mundo; Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, Madrid, Alianza Editorial, tomo III.

devorar a su conquistador. En cambio Cortés, obligado por las circunstancias, levanta su dominio sobre el viejo enclave de poder azteca, Tenochtitlán. Pero pronto, muy pronto, religión y cultura, todo lo que el conquistador trajo para encubrir la religión y cultura indígenas, serán devorados. Por ello, mientras el peruano insiste en mantener su criollismo, en México, en la que quizá fuera la Nueva España, se van afirmando el mestizaje en el que los abuelos, Cuauhtémoc y Cortés, se confunden.

Buenos Aires en el Plata y San Paulo en el Brasil serán los principales enclaves de expansión de la civilización sobre la supuesta barbarie. Han de dominar llanuras, selvas, ríos y montañas para supuestamente civilizarlas. Así los bandeirantes acabarán encontrándose con los explotadores que parten del mundo marchando al desierto, la pampa, aún el territorio siempre abierto. Así en el norte de América, desde la Nueva Inglaterra, de donde parte el ímpetu rebasador de fronteras. El historiador estadounidense Frederick Jackson Turner habla de la frontera en la historia americana. ¿Cómo dominar el vacío? Sólo por partes, tal y como Kafka imaginó se construye la sempiterna muralla china: poco a poco, haciendo de una frontera punto de partida para alcanzar otra. Más allá del *Far West*, luego de la América bajo dominio ibero; más allá de los mares de las Antillas y el Pacífico, más allá de todas las fronteras del mundo para imponer la más grande hegemonía que se conoce en la historia. Pero es en este ampliar, en este correr o empujar fronteras para ensancharse llevando dentro de sí al mundo que se va dominando hasta acabar dominado. Los primeros *wasps* absorbidos por latinos, africanos, asiáticos, semitas y miles y miles de razas y culturas ampliando el mestizaje que se inicia en la América que se denomina Latina.

Fernand Braudel, como la mayoría de los europeos, insiste en la visión de un Continente, América, creado de acuerdo con los sueños y ambiciones de europeos. Pero los sueños y ambiciones de los desgraciados, que diría Arciniegas, de los desplazados de la plétora europea, que por serlo tiene que expulsar sus sobrantes. “¿Son las Américas —pregunta Braudel— una ‘periferia’, una ‘coraza’, de Europa...? ¿América no es la explicación fundamental de

Europa? ¿Acaso no ha descubierto, “inventado”, América y celebrando el viaje de Colón como el mayor acontecimiento de la historia desde la creación...? América es el hacer de Europa”. Y agrega: “Pero una obra tan lenta en realizarse y concluirse que sólo adquiere sentido vista en su conjunto, en la plenitud de su duración.” Esto es, precisamente, lo que está en entredicho, entredicho por un vacío que nunca acaba de ser suficientemente llenado; no tiene el lleno de la Europa Occidental. Siempre existe un más allá, algo que escapa al dominio. Un dominio que carece de la fuerza suficiente para lograr la anhelada plétora. “Si la América descubierta —agrega— dio poco a Europa, inmediatamente, fue porque ella sólo era parcialmente reconocida y poseída por el hombre blanco. Y Europa debió pacientemente reconstruirla a su imagen para que empezase a responder a sus deseos... De hecho necesitó siglos para reconstruirse, no sin inmensas variantes y aberraciones, del otro lado del Atlántico, y tuvo que superar, uno tras otro, una serie de obstáculos.”

2. *El vacío inconquistable*

¿De hecho los superó? ¿Los ha superado? ¿América es el vacío a ser llenado por Europa? ¿O bien, América es el vacío o tumba de Europa de donde está brotando otro mundo? Pero no el nuevo mundo del que habla Europa para llenar sus vacíos. No la utopía eterna de Europa que Paul Valéry reclamaba para salvar la cultura y civilización europeas puestas en crisis por la brutalidad de la Segunda Guerra Mundial. El vacío, aún cuando aumenten los emigrantes europeos, se mantiene desafiante. “Entonces —dice Braudel— una vez sometidos los grandes sectores de las civilizaciones amerindias, ¿no se trató siempre de luchar contra un espacio vacío y poblaciones todavía en la Edad de Piedra, en las cuales ningún conquistador podía apoyarse?”. Detrás de sí sólo dejan el vacío como la estela de un barco en alta mar. ¿Qué es lo que descubre el conquistador español? “El vacío casi absoluto”. “Del lado de Atacama, cerca de la costa desértica, ves tierras sin hombres —canta Ercilla—, donde no hay ni un pájaro, ni un animal, ni un árbol, ni siquiera un follaje.” ¿Hay fronteras? ¿Qué es la frontera? La frontera es “espacio vacío

que es necesario someter a la presencia de los hombres, ...constantemente en el horizonte de la historia americana, tanto en el este de Perú como en el sur de Chile, como frente a los *llanos* de Venezuela, o en el interminable país canadiense, o a través del *Far West* de Estados Unidos, o en la inmensa Argentina en el siglo XIX". Todo es parte del extremo del mundo.

Este tener que avanzar para dominar el vacío pone su marca a los hombres de esta América. Hombres distintos de sus ancestros europeos, indios, africanos, o de cualquier otro lugar, que someten o hacen del vacío defensa de sus libertades. Esto lo expresa el pionero estadounidense que hace de sus enclaves fronterizos punto de partida para crear o empujar fronteras. "La peculiaridad de las instituciones americanas —dice el estadounidense Turner— radica en el hecho de que se han visto obligadas a adaptarse a los cambios de un pueblo en expansión, a los cambios que lleva consigo cruzar un continente, conquistar tierras salvajes y pasar en cada zona de este proceso de unas condiciones económicas y políticas primitivas a las complejidades de la vida cotidiana".² El pionero llegado de Europa debe adaptarse a la realidad con la que se encuentra y esta realidad marcará su propio desarrollo e identidad. La marcha y conquista del Oeste en los Estados Unidos no se distinguirá mucho de la posterior marcha hacia fronteras cada vez más lejanas. Más allá de las fronteras que separan a la América Sajona de la América Latina, más allá de los mares para conquistar los mismos enclaves europeos o imponer su propio enclave sobre los vacíos de poder del colonialismo europeo en Asia o África. Rebasando y empujando fronteras que acaban señalando a las estrellas.

Y en este avanzar siempre, regresando sobre sí mismos, para hacer de lo conquistado punto de partida para nuevas conquistas, "El desarrollo social americano —dice Turner— ha estado recomenzando continuamente en la frontera. La frontera americana es distinta de la europea, que es sólo una línea fronteriza fortificada para no dejar entrar a los sobrantes de esas tierras. En América la frontera es siempre abierta a un vacío que no parece terminar. Do-

² Frederick Jackson Turner, *La frontera en la historia americana*, Madrid, Ediciones Castilla, 1961.

minar el vacío implica dominar la propia y peculiar identidad, sometiéndola a ese extraordinario vacío que implica una mayor libertad, pero también la renuncia a lo que se ha sido para poder ser otro, de conformidad con lo que tal vacío promete. Vianna Moog, hablando de la expansión del *bandeirante* brasileño sobre los grandes vacíos de la región dice que el inmigrante “tiene que someterse a sí mismo y someter a su familia a los más drásticos métodos de ruptura con el pasado y renuncia a su cultura de origen... Ahora bien, este repudio del viejo hogar y de la antigua patria no se puede efectuar con ánimo tranquilo”.³ No importa que el emigrante venga huyendo de una tierra y un pasado en el que sale sobrando. Es más, quisiera regresar triunfante de donde ha salido sobrando. Y en este tener que adaptarse a los conflictos de identidad es que se planteaban al libertador Simón Bolívar y al civilizador Domingo Faustino Sarmiento dichos problemas: ¿Qué somos? ¿Indios? ¿Españoles? ¿Africanos? ¿Mestizos?

Ezequiel Martínez Estrada, en su *Radiografía de la Pampa*, habla también del vacío que no puede ser llenado: “La amplitud del horizonte, que parece siempre el mismo cuando avanzamos, o el desplazamiento de toda la llanura acompañándonos, da la impresión de algo ilusorio en la ruda realidad del campo. Todo el campo es extensión y la extensión no parece ser otra cosa que el desdoblamiento de un infinito interior, el coloquio con Dios del viajero. Sólo la conciencia de que se anda, la fatiga y el deseo de llegar, dan la medida de esta latitud que parece no tenerla. Es la pampa; es la tierra en que el hombre está solo como ser abstracto que hubiera de recomenzar la historia de la especie o de concluirla.” Los pioneros, los *bandeirantes*, los colonizadores no son aquí sino los señores de la nada. “El paisaje del llano, si lo es, toma la forma de nuestros sueños, la forma de una quimera y se exterioriza cuando el sueño es ruin”. Ya no es el sueño vacío de Europa, sino el sueño o vacío del mismo americano que ha de llenar con la libertad lo que el europeo trató de llenar con la conquista.

³ Vianna Moog, *Bandeirantes y pioneros*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1965.

3. Vacío para la libertad

Como ya decía Braudel el vacío no sólo es cadena; también es libertad y tentación de libertad. Es la inmensidad del vacío que sólo los sueños de libertad pueden llenar. Por eso, allí donde se estrellaron, tropezaron o frenaron los conquistadores, allí mismo los libertadores llenan el vacío de libertades. Sobre esas llanuras que parecen interminables, sobre esas selvas y pantanos que parecen no tener fin, sobre metales y ríos que espantaban al conquistador y colonizador europeo, avanzarán los hombres empeñados en llenar vacíos de dominio con llenos de libertad.

“El hombre de la América del Sur es Bolívar”, escribía su maestro Simón Rodríguez. Se quiere desacreditar su modelo, “pero ahora no habrá quien quiera imitarlo; y si los directores de las nuevas repúblicas no imitan a Bolívar, la causa de la libertad está perdida”. Los hombres históricos o héroes, de acuerdo con la concepción de Hegel, eran los conquistadores. Los Alejandro, los César y los Napoleón, conquistaban para, por contradicción dialéctica, posibilitar la libertad. Los conquistadores servían al espíritu como libertad, imponiendo paradójicamente su dominio. Sin embargo, si éste fue el escenario de los grandes conquistadores, otro será el de los que, como contrapartida, se designaron en América como libertadores.

¿Se puede comparar el escenario de las hazañas de Alejandro, César y Napoleón con el escenario en el que actuaron libertadores como Simón Bolívar? Los libertadores como Bolívar circulaban a lo ancho y a lo largo de este continente, por las mismas tierras que en América era imposible llenar por la conquista. Cabalgando día a día, muchos traspasaban llanuras, montañas, selvas y pantanos para llenar los vacíos que iba dejando el poder, plenos de libertad. Alejandro, César y Napoleón se estrellarán o regresarán vencidos ante los vacíos de poder con que tropezaron. Bolívar, San Martín, Sucre, O’Higgins, Morelos y otros muchos hicieron de estos vacíos escenarios de libertad, destruyendo los enclaves de dominio y coloniaje. Napoleón, que quiso ser el libertador de Europa frente al viejo despotismo, acabó velando las armas de la realeza que supues-

tamente iba a vencer hasta llegar a ser coronado emperador. “Un general republicano, que pasó el puente de Arcola atravesando una lluvia de balas —dice Simón Rodríguez— para ganar un puesto a los soldados del rey, acabó arrodillado ante las insignias reales. ¡Qué ejemplo tan grande de la pequeñez del hombre!”

Simón Bolívar fue tentado por sus caudillos para coronarse y así repartir prebendas entre sus generales. El Libertador contesta indignado: “Según esos señores, nadie puede ser grande sino a la manera de Alejandro, César y Napoleón... Yo quiero superar a todos en desprendimiento, ya que no puedo igualarlos en hazañas. Mi ejemplo puede servir de algo a mi patria misma.” “¡Liberalismo o muerte! Ni Colombia es Francia ni yo Napoleón... Yo no soy Napoleón ni quiero serlo, tampoco quiero imitar a César.” Tales ejemplos le parecen indignos de su gloria: “El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano... Me ofenden ustedes pidiéndome coronar emperador.”

El problema de los libertadores no es alcanzar la plenitud de la conquista que ningún conquistador ha logrado, sino alcanzar la plenitud de la libertad sobre un gigantesco vacío que parece invitar a su conquista y dominación. De esta América no pueden surgir conquistadores, puesto que ha entrado a la historia bajo el signo de la conquista. De esta región sólo pueden surgir libertadores. Movimientos, filosofías y teologías de liberación. Sólo en la libertad se puede llenar el vacío de América que en vano trataron de llenar las diversas olas de conquistadores y colonizadores europeos.

4. El vacío como crisol

De España llegan a América gentes que no tienen lugar en la Península, dispuestas a realizar en el Nuevo Mundo aquello de que carecen en el Viejo. Traen sus utopías, la expresión de sus ambiciones. El costo de la utopía caerá sobre los indígenas conquistados de los grandes imperios azteca e inca. Pero la ineludible presencia de estos pueblos con sus culturas, hábitos y costumbres irá cambiando la utopía traída de acuerdo con la realidad con la cual habrán de contar. En lugares donde la densidad indígena no es tan grande,

como en el Atlántico, ingleses, franceses y holandeses envían a los desheredados y desechos de una humanidad sobre el continente americano. A esto se agregan los africanos, traídos a la América para hacer el trabajo que los indígenas no podían soportar. Después olas y olas de emigrantes voluntarios u obligados en el siglo XIX se aposentaron al Norte y Sur de América. En el norte, gente que ha de arrancar a los indígenas tierras que no saben hacer producir. Al sur, en regiones donde la mano india no existe, los emigrantes desplazados por la industrialización europea harán la tarea que en el altiplano hacían los indígenas. El gigantesco vacío que van llenando los siempre sobrantes del mundo pletórico europeo. En vano tratarán éstos de repetir en el Nuevo Mundo lo que no tenían en el Viejo. La realidad se va imponiendo, mezclando razas y culturas de diversas regiones de la tierra, como es el caso de los Estados Unidos en cuyas entrañas se van metiendo las gentes de las que se van sirviendo para hacer el trabajo sucio que los *wasps* se niegan a realizar.

En la América que se llamó Latina, el mestizaje se completa rápidamente; el que parecía vacío de Europa se va llenando con hombres de razas y culturas de todas las regiones del mundo, forzados o libremente atraídos por utopías que no acaban de precisar. Así llegamos al siglo XX, cuando el que fuera vacío de Europa se va transformando en un crisol de humanidad. José Vasconcelos habló de este gran crisol en el que se va forjando y realizando la nueva y gran utopía auténticamente americana. Raza Cósmica llama Vasconcelos a esta utopía, situándola en la extraordinaria región de América que es el Brasil, en donde se encuentran y confunden europeos, asiáticos, africanos y americanos. Esta América ayer vacía que ahora cuenta con 500 millones de habitantes que se van acrecentando. Pero un mundo todavía lleno de espacios, en donde pueden aún entrar los sueños y esperanzas de otros muchos hombres de la tierra. Gran crisol que se extiende sobre la otra América que lleva ya dentro de sus entrañas las razas y culturas de los pueblos que en su expansión llevan dentro de sí. Pero ya no es el futuro de Europa al servicio de los europeos u occidentales, sino el futuro de un mundo que va universalizándose al saberse sus componentes pares entre pares, como gente igual entre sí, precisamente por ser

distinta, diversa, personal, individual, pero no tan distinta que se piense que unos hombres son más hombres que otros. Simplemente iguales, empeñados en tareas comunes. Más allá de la brutal relación de dependencia, la relación horizontal de solidaridad.

José Vasconcelos invierte la interpretación de vacío que ha sido y fue América para los europeos, como un vacío que sólo podía ser llenado mediante la conquista por hombres de origen racial y cultural europeo. Dice que mientras en Estados Unidos se trata de levantar el imperio de una sola raza, para afirmar el poderío blanco, “nosotros seguiremos padeciendo en el vasto caos de una estirpe en formación, contagiados de la levadura de todos los tipos, pero seguros del avatar de una estirpe mejor. En esta América ya no repetirá la naturaleza uno de sus ensayos particulares, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que esta vez salga de la olvidada Atlántida; ya no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha por el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal”.⁴

Vasconcelos escribe este profético en 1925. Sesenta y siete años después de escribir *La raza cósmica*, la posibilidad de una raza integral se está discutiendo a lo largo de la tierra. Es que la América llamada Latina se ha extendido sobre la América sajona, de donde se esperaba iba a surgir el imperio de una sola raza. Una América latinizada, múltiple racial y culturalmente se extiende y penetra en la otra América. El vacío de esa América está siendo ahora llenado por razas y culturas latinas, africanas, asiáticas, semitas y eslavas que el mismo mundo occidental ha traído dentro de sí para hacer el trabajo sucio que se niega a hacer la raza *wasp*. La latinoamericanización que se está extendiendo a todos los centros de poder europeos, incluyendo a la misma Europa Occidental.

La Europa Occidental enfrenta también la penetración de la Europa mantenida en sus márgenes con diversas justificaciones. El fin de la guerra fría ha sido también el fin de los muros y murallas

⁴ José Vasconcelos, *La raza cósmica*, México, Asociación Nacional de Libreros, 1983.

que separaban a la Europa sajona, germánica, de la Europa eslava, mongol y asiática. La diversidad de razas y culturas que está unificando al Continente Americano no descubierto hace quinientos años, está ya llenando los vacíos que separaban a los europeos del resto del mundo. Se perfila algo más que una Casa Común Europea, Americana o Asiática: una Casa Común del Hombre, del hombre pleno, con sus diversas y singulares expresiones de identidad, pero no tan diversas que unos puedan considerarse más representativos que otros.

EL NUEVO MUNDO COMO UTOPIA

1. *¿Fin de la utopía?*

Fin de las ideologías y fin de la historia, y con ello fin de la utopía. Drásticos cortes del pasado en abierta relación con los sucesos que en Europa originaron los extraordinarios cambios que ahora vive el Mundo. Sucesos que se hacen expresos en 1989, Bicentenario de la Revolución Francesa, con la inesperada caída del Muro de Berlín y de inmediato la caída de todas las murallas que separaban a la Europa Occidental de la del Este. Caída que inicia también la desarticulación de la Unión Soviética. Fin de una ideología y fin de una utopía y, al parecer, el fin de la historia que se apresura a proclamar en esos días el estadounidense Francis Fukuyama. Fue realmente el fin de la Guerra Fría. Fin de la guerra sucia entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Con igual apresuramiento, el presidente estadounidense George Bush declara a su nación como la única fuerza material y moral, capaz de establecer y mantener el nuevo orden mundial. El mismo orden mundial soñado por los Padres de la Patria estadounidense, vencedora absoluta sobre las fuerzas del mal que por varias décadas había impedido su universalización. La Utopía Americana se hará realidad y al hacerse esto significa el fin de la historia, la imposibilidad de otra utopía.

Frente a esta visión optimista que habla del fin de la historia y la utopía de Francis Fukuyama y George Bush, va surgiendo una visión pesimista de la utopía desde Europa. Europa, origen y sentido de la historia y madre de las utopías. Este es el sentido del libro de Jacques Atalli, *1492* y el de Joachim Fest *El sueño destruido*. Atalli empieza por restar al descubrimiento de América, la importancia que se le ha querido dar. En 1492, dice el analista francés, se dan en Europa acontecimientos más importantes para su historia que el del descubrimiento.

Colón cree que ha descubierto “el paraíso terrenal”, la utopía,

de allí saldrán hombres nuevos, libres de pecado y una sociedad de gente pura y perfecta; pero ello implicó “el sometimiento de los hombres y la destrucción de sociedades preexistentes. La concretización de la utopía provocó alrededor de 60 millones de muertos”. Multitud de gente muerta no sólo por genocidio, sino por agotamiento debido al trabajo forzado y las enfermedades traídas por los conquistadores y colonizadores. También se inicia la devastación de la flora y la fauna, la destrucción de la naturaleza, llegando así en nuestros días a situaciones alarmantes. La utopía ha terminado, Europa se vuelve sobre sí misma para encontrar en ella la posibilidad de su único y más auténtico futuro. Por ello Europa se orienta, dice Atalli, hacia el Este, hacia la Europa recién recuperada del secuestro de que había sido objeto. “Lo que no significa una cancelación de su ruta hacia el Atlántico —agrega. Esta Europa no trata de excluir países como Estados Unidos o Canadá, poblados por descendientes de europeos y ampliamente fundamentados en valores del Viejo Mundo, sino de redescubrirse en su totalidad”.¹

Como una vuelta de Europa a sí misma, a su propia y concreta realidad, ve también la situación el alemán Joachim Fest. La utopía ha muerto, pero ¿era o es necesaria la utopía?, ¿para qué sirve la utopía? “Lo único que afirmo —contestó Fest— es que pretendo dar a entender que sin la utopía se vive mejor, precisamente por la sencilla razón de que la utopía constituye una cierta forma de evasión de la realidad. Lo que tenemos que hacer, es aceptar como punto de partida la realidad y aferrarnos con fuerza a ella, si es que queremos cambiar algo. Mas no recurrir a sueños utópicos”. La utopía no es inherente a la naturaleza humana. “Yo en lo personal, soy de opinión contraria: la gente no necesita de utopías. Existe, si bien es cierto, una aspiración a algo distinto, a la trascendencia, a la espiritualidad, a algo que va más allá de las necesidades existenciales cotidianas. ¿Pero por qué habría de ser eso una utopía? Creo que lo básico es el credo religioso”. Ha habido “dos grandes utopías. Una, la que miraba hacia atrás: el nazismo; la

¹ “Un entretien avec Jaques Atalli”, *Le Monde*, 12 de mayo de 1992.

otra, el comunismo, cuyas raíces son algo más antiguas que las del nazismo”.² Utopías que se quisieron imponer a la gente a la fuerza. Las utopías se han derrumbado sin que sus promesas hayan podido ser realidad. De allí la necesidad de volverse a la realidad. Partir de ella. Y para Europa la realidad es Europa.

2. *Autarquía europea*

¿Por qué la decepción? ¿Por qué la Europa que en 1492 sale de sí misma para imponer sus sueños y esperanzas al mundo, se repliega ahora? ¿Qué es eso de que diversas formas proponen el francés Jacques Atalli y el alemán Joachim Fest dentro del realismo que ha de superar toda utopía? El mundo descubierto, conquistado y colonizado a partir de 1492, aparece ahora como una utopía que sólo ha causado grandes males a la humanidad. El mundo que emergió del vacío a la conciencia de Europa, deberá regresar a ese vacío frente a una Europa que no necesita ya más de él, como tampoco del resto del mundo que el descubrimiento de 1492 puso a su alcance y su dominio: Asia, Africa, Oceanía. América, el Nuevo Continente, fue el enclave a partir del cual Europa impuso su hegemonía al planeta entero.

Pero Europa, dicen ahora muchos analistas europeos, no necesita ya más ni de América, ni del resto de los pueblos del que fuera Tercer Mundo. Ya no necesita de brazos baratos de hombres de diferentes regiones de la tierra que trabajen por la realización de sus sueños. No necesita tampoco de las materias que habrían de transformar esos brazos. Esto hacía Europa mientras los grandes vencedores de la Segunda Guerra, Estados Unidos y la Unión Soviética, se desgastaban en una industria para la guerra, para el mutuo amedrentamiento. La Europa Occidental bajo hegemonía estadounidense, como Japón al otro lado del mundo, se preocuparon por la creación de una industria para la paz, la industria doméstica en la que los brazos salen sobrando, así como materias primas que esta

² “La utopía como evasión de la realidad”, Entrevista de Elizabeth W. Pons, *Forum*, reproducida en *El Nacional*, México, 17 de junio de 1992.

misma industria puede obtener transformando lo que tiene, partiendo de sí misma. No se necesitan brazos ni materias primas, que la nueva ciencia, la nueva técnica puede ahora crear para una Europa que se bastará a sí misma. Se parte de la más extraordinaria anarquía jamás soñada, para la cual lo que era necesario bajo coloniaje resulta ya prescindible. América, y con América las regiones de la tierra que ella misma puso al alcance de sus colonizadores pueden volver al vacío. Europa ya no necesita de ellas.

3. Europa expulsada de la utopía

Hace cerca de un siglo, en 1898 España, de la Europa ibera, derrotada por Estados Unidos, se anticipó al cambio de mentalidad de ahora. La América, el mundo que había hecho su grandeza, el imperio donde nunca se ponía el sol, resultaba ya no solo prescindible, innecesario, y algo peor, resultaba un fatal error histórico. Error haber creído en los sueños utópicos de Cristóbal Colón embarcándose en una aventura que cuatro siglos después terminaba en el más pleno de los vacíos. A cambio de este sueño, España había dado al Nuevo Mundo sangre y cultura. Mundo del que ahora había sido obligada a salir con las manos vacías. Nada había dado al Nuevo Mundo que éste mereciese. De ese mismo Nuevo Mundo salieron las fuerzas que obligaron a España a regresar a sus orígenes. España se tuvo que replegar, volver sobre sí misma. Y ahora busca en sí misma, no ya la utopía, sino la posibilidad real de un nuevo y auténtico futuro. Habrá que regresar a Europa, saltar los Pirineos. Nunca se debió haber salido de Europa.

De esta forma reaccionó España ante la catástrofe que para su vida histórica significaba la Guerra Hispano-Americana, entre España y los Estados Unidos; entre el viejo imperio y el nuevo que surgía en América. Esta América había salido para mostrar a España y con ello a Europa, el error de haber salido de sus fronteras nacionales para hacer realidad en otras regiones de la tierra lo que creía no podía hacer realidad en Europa misma. España, que había descubierto a América, no había sido capaz de descubrirse a sí misma. La catástrofe obligaría a España a hacer lo que no hizo

como imperio, descubrirse en lo que realmente era, una ineludible parte de Europa. “España —escribe Miguel de Unamuno— está por descubrirse y sólo la descubrirán españoles europeizados”.³ Al fin de cuentas, ¿quién derrota a España en América y en las Filipinas? Fue la misma Europa, la Europa moderna encarnada en América y en el más aventajado de sus hijos, Estados Unidos. Esta nación es la que ahora se volvía contra sus educadores para afirmar su propia identidad e imponerla, inclusive sobre quienes tratasen de discutirla. España, para salir del dolor de la derrota, debería volver a sus raíces, las de la Europa de donde provenía.

“Hemos purgado el error —decía otro miembro de la simbólica generación española del 98, Pío Baroja—, de haber descubierto América, de haberla civilizado más generosamente de lo que cuentan los historiadores extranjeros con un criterio protestante e imbécil... España ha sido durante siglos un árbol frondoso, de ramas fuertes, tan lozanas, que quitaban toda la savia al tronco... Se han perdido las colonias; se han podado las últimas ramas y España queda como un tronco negruzco de un árbol desmochado”.⁴ Un siglo después, es la Europa entera la que de forma casi semejante está considerando como error la hazaña de su expansión sobre el resto de la tierra, a partir del descubrimiento de América en 1492.

Igual que España, hace un siglo, la Europa al otro lado de los Pirineos, reconsidera como errática la utopía que le dio impulso. Porque también Europa, como España hace un siglo, ha sido expulsada de todas sus colonias y sobre ellas, como sobre las que fueran colonias españolas, se alza la sombra supuestamente protectora de América. La América que fue prolongación neta de Europa y por serlo trató de imponer, de inmediato, su propia y peculiar hegemonía, de ocupar “los vacíos de poder” del coloniaje europeo para imponer el propio. Europa ya no necesita de esta América, ni del resto, ni de las que fueran sus colonias en el mundo. Ahora Europa es realista, sabe que se basta a sí misma. Libre como quedó después de la segunda guerra, después de participar en la guerra fría que sólo

³ P. Elain Entralgo, *España como problema*, Aguilar, Madrid, 1956.

⁴ P. Elain Entralgo, *Opus cit.*

sirvió para desgastar a sus protagonistas, han sido los triunfadores. Una Europa que no necesita ya de América ni del mundo. Europa se proyecta ahora como la más rica de las potencias de nuestro tiempo, mientras las potencias vencedoras de ayer sufren los efectos de la carrera armamentista. Pero como España ayer, Europa tiene ahora que contraerse para fortalecerse y vencer los últimos obstáculos de la potencia trasatlántica que se considera triunfadora en la guerra fría, aunque sufriendo los estragos que esta guerra hizo en los contendientes.

4. América, vacío de Europa

Pero ¿qué ha sido, qué fue América para Europa? Fernand Braudel lo ha expuesto diciendo: “Ya todos los problemas del mundo se plantean desde el punto de vista del eurocentrismo, y se podría, aunque sea un punto de vista estrecho y abusivo, describir a América como un éxito casi completo de Europa”. “¿Son las Américas una “periferia”, una “corteza”, de Europa?”. “Acaso no se ha descubierto, “inventado”, América y celebrado el viaje de Colón como el mayor acontecimiento de la historia desde la creación?”. “América es el hacer de Europa”.⁵ Y esto ha sido así, porque América, el Nuevo Continente, surgió como un gran “vacío”, vacío de poder, vacío de humanidad. Un vacío para ser llenado por la humanidad por excelencia de Europa. De una Europa ya con poco espacio y con exceso de población. El espacio abierto estaba y nadie lo habría imaginado, en el Continente descubierto por Colón. Otra habría sido la historia de encontrarse Colón con el anhelado Cathay y Cipango y el Mundo descrito por Marco Polo, bajo el reinado de los grandes Khanes y sus feroces mongoles. Nada habría podido hacer Colón en este mundo, como nada pudieron hacer los cruzados europeos al intentar conquistar este mundo pocos siglos antes.

¿América, utopía de Europa? No, Braudel habla de hacer, de invención, de creación, de periferia y corteza de Europa. Europa fue así y seguirá siendo realista y real era el vacío del Nuevo Con-

⁵ Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglo XV-XVIII*, tomo III, El Tiempo del Mundo, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

tinente que sólo Europa podía llenar en su propio y concreto beneficio. Pero ¿qué eran esas gentes con las que se encontró Colón? ¿Bestezuelas o ángeles? Simplemente gente útil para hacer lo que Europa quería se hiciese. América fue un inesperado regalo del cielo para beneficio de quienes se habían encontrado con ella. ¿El paraíso? Esto debería creerlo la gente que debería ser motivada para ir llenando los vacíos encontrados. Colón hablaba de salvar almas, pero se le iba la vista cuando algunos de los portadores de esas almas llevaban también adornos de oro. “Si la América descubierta dio poco a Europa, inmediatamente, —dice Braudel— fue porque ella sólo era parcialmente reconocida y poseída todavía por el hombre blanco. Europa debió pacientemente reconstruirla a su imagen para que empezase a responder a sus deseos”. ¿Qué es lo que allí se descubrió? “El vacío casi absoluto”. “La ‘frontera’, espacio vacío que es necesario someter a la presencia de los hombres, está constantemente en el horizonte de la historia americana, tanto en el este de Perú como en el sur de Chile, como frente a los llanos de Venezuela, o el interminable país canadiense, o a través del *Far West* de Estados Unidos o en la inmensa Argentina en el siglo XIX y todavía en el siglo XX, en el oeste profundo del estado brasileño de San Paulo”.

Esto es lo que había que llenar y llenarlo con la gente que resistiese el trabajo que habrá de ser realizado para satisfacer a las metrópolis europeas, llenarlo con los naturales, los africanos, los asiáticos y, por supuesto con los europeos. Con los europeos que estaban ya fuera de la plena Europa. Fuera de sus privilegios y poco propicia a satisfacer sus necesidades materiales y espirituales. Para estos hombres, el Nuevo Mundo debía de ser Utopía, promesa de futuro, de algo por alcanzar aunque de hecho no se alcance nunca. Lo importante es que esta gente, crea o no en utopías, haga el trabajo necesario para que América satisfaga las ambiciones, cada vez más crecientes, de Europa.

“La América vacía —agrega Fernand Braudel— sólo puede ser si el hombre está sólidamente aferrado a ella, encerrado en su tarea: la servidumbre, la esclavitud, estas antiguas cadenas, renacen por sí solas, como una necesidad o una maldición impuesta por el ex-

ceso del espacio”. “Pero esto es también liberación, tentación”. Así, para Europa no hay utopía, lo que hay es un mundo virgen, vacío, para explotar y conformar de acuerdo con las ambiciones europeas. La utopía es sólo para la gente que ha de ser motivada para llenar tales vacíos. Así sucederá a lo largo de la historia de este Nuevo Continente. Gente insatisfecha que busca satisfacciones; desplazados, hijodalgos, bastardos, mal vivientes, aventureros de toda esa especie que nada tienen que perder y mucho que ganar. Pero eso sí, todos ellos sometidos a la Corona Española o a las Compañías comerciales que contratan servidores. Toda América como una gran finca en la que hay que trabajar hasta deslomarse o perecer. Lo mismo da que sean los aventureros del siglo XVI y XVII, que los emigrantes europeos del siglo XIX, obligados a hacer el trabajo que los indígenas hacen cuando éstos no existen, como en las pampas o llanuras sudamericanas. “Trabajadores blancos, inmigrantes más o menos voluntarios, con un contrato que los ata a un amo raramente benevolente”. Se explota así al indio, al criollo, al mestizo, al inmigrante. Hay que satisfacer los sueños de poder de Europa.

5. El vacío como utopía

Será a partir de esta situación que se empiecen a forjar las utopías de hombres obligados a arraigarse al vacío americano. Pero el vacío no es sólo la esclavitud, también puede ser libertad; la libertad que ofrece el mismo vacío, algo difícil de llenar y también difícil de someter en forma definitiva. Pioneros, bandeirantes, llaneros, gauchos, etcétera, se desplazan libremente por los grandes espacios y toman conciencia de la libertad y con ella del derecho a disponer de lo que conquistan y colonizan. Empiezan a exigir ser tomados en cuenta. Y al expandirse no se sienten conquistadores, sino libertadores. Al enfrentarse a los centros de poder europeos, la idea de libertad tomó la expresión más allá de la utopía. América vista como tierra de libertad y sus hombres como libertadores.

Predominando allí a donde las tropas represivas de las metrópolis eran incapaces de llegar. Allí están Bolívar, San Martín, Morelos

y otros muchos desplazándose, fantásticamente por escenarios plenos de llanuras, pantanos o montañas con rapidez extraordinaria. Los pioneros al norte de América, al tropezar con grupos de nómadas indígenas, tal como los pamperos al sur, tropezaron con gente semejante, pero gente con la que nadie quería mezclarse. En donde los europeos levantaron sus centros de poder sobre los viejos centros de poder de los creadores de las grandes civilizaciones indígenas, aztecas, incas, mayas, etcétera. Aquí se dio fácilmente el mestizaje y con él surgieron los problemas de identidad que afectaron a esta región de América al contrario de la región poblada por la Europa al otro lado de los Pirineos españoles. Españoles, indios, africanos y otras razas y culturas ineludiblemente se fueron mezclando, debido a sus circunstancias y con ello creando, sin pretenderlo, una de las grandes utopías americanas, la de la raza cósmica; que no es raza, sino raza de razas, como cultura de culturas, expresión máxima de libertad.

“América —sigue diciendo Braudel— ha debido recorrer por su cuenta y como ha podido, las largas etapas de la historia de Europa, sin respetar su orden, es verdad, ni sus modelos”. Pretendiendo imitar, estaba creando. Queriendo copiar, sus distorsionados frutos mostraban su incapacidad para imitar, así sin saberlo, estaba creando. En el Norte, los Estados Unidos llevarán hasta sus últimas consecuencias sus raíces europeas, rebasándolas. En la América bajo dominio ibero, la recreación tomó otro camino. Aun queriendo imitar y sobreponer, estaba asimilando y recreando lo supuestamente sobrepuesto. De su incapacidad para imitar correctamente, se culpa a sí misma, a su contradictoria textura étnica y cultural.

No sólo no podía superar los modelos europeos como lo hacían los estadounidenses, ni siquiera podía imitarlos bien. Culpa de todo esto debería de ser su contradictoria identidad. ¿Indio? ¿Español? ¿Africano? ¿Mestizo? En la larga experiencia, para liberarse del dominio impuesto, le llevó a aceptar al terminar el siglo XIX, como identidad propia la diversidad de la que estaba hecha. Era, simplemente todo eso, indio, español, africano, mestizo. Eso y todo lo que le llegase en su relación con otros hombres. Se iba perfilando y afirmando la utopía de la unidad de lo diverso, la utopía de quien

se fortalecía asimilando, haciendo suyas, todas las expresiones de lo humano que el destino le ponía a su alcance. Toma conciencia de que sólo aceptando este peculiar modo de ser, podrá anular el control que le ha venido siendo impuesto de ultramar. “¿Sería razonable —dice Braudel— no ver en eso más que simples reminiscencias, mientras que Europa controla el desarrollo de ultramar y le impone sus reglas?”.

6. *América, utopía de sí misma*

Pero América deberá empezar a realizar su propia y peculiar utopía. Los descendientes de quienes fueron traídos a esta región con el espejismo de las utopías empezarán a luchar por ellas y a exigir su realización. Así se inicia en América la revuelta con la Europa que le había impuesto sus cadenas. Estados Unidos hará de su ancestral experiencia británica, la base de su utopía, la de una sociedad civil que no acepta más señoríos que su propia voluntad. “Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales” —dice la declaración de Independencia estadounidense de 1776. “Que a todos les confiere su creador ciertos derechos inalienables, que para garantizar estos derechos, los hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados”. Nada ni nadie podrá sobreponerse sobre esta voluntad soberana del pueblo. A partir de ello, Europa tendrá que abandonar sus enclaves de dominio. Al sur los pueblos de la América bajo dominio ibero empiezan también su tarea libertaria.

Bolívar se refiere a ese peculiar y aún pequeño género humano que se está formando en la región. Un pequeño género humano que ha de crear asimilando las diversas expresiones de lo humano y con las que ha de seguir encontrándose. “Es una idea grandiosa —dice— pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue esta parte con el todo —agrega Bolívar— ¡Que bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! ¡Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de representantes de las repúblicas, reinos e imperios y tratar de discutir

sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de otras partes del mundo!”.⁶ A partir de aquí, concluye, “Una sola Nación cubriendo el universo”.⁷ A la utopía de la libertad se suma ahora la utopía de la solidaridad, de la comunidad de pueblos y hombres libres.

La libertad, por sí sola, sin compromisos solidarios que impliquen limitaciones a la misma, sólo podrá originar expansiones de dominio como las realizadas por Europa al descubrirse América. Estados Unidos, para asegurar sus libertades, para garantizar sus derechos, expulsará de su territorio, no sólo a sus dominadores británicos, sino de toda la América, a todo europeo que pretenda mantener dominios en este continente. La “América para los americanos”, será entendida como América para los estadounidenses. Estados Unidos, por la libertad, deberá tomar el lugar de Europa en América, pero no para dar libertad a los pueblos de otras regiones, sino para que sigan haciendo lo que hacían por Europa ahora por Estados Unidos. De América habrá que expulsar a todos los españoles, a todos los iberos y luego a todos los europeos, así se empezó en 1898. Habrá que expulsar de sus enclaves de dominio a los restos del colonialismo europeo, francés, inglés, holandés, como antes ibero. Las dos grandes guerras permitirán a Estados Unidos ayudar a expulsar de sus enclaves de dominio al europeo de todas las regiones de la tierra. Estados Unidos se hará ahora cargo de estos enclaves realizando lo que Europa no alcanzó a realizar. Estados Unidos será el líder por excelencia, del Mundo Occidental incluyendo a la Europa occidental.

Pero ahora tendrá que enfrentarse a otro pueblo, a otra nación, que siguiendo un desarrollo semejante, en sentido opuesto, se ha formado en la tierra, la Unión Soviética. Europa inventó a América pero la otra parte, no reconocida y aceptada de sí misma, Rusia, inventará la región al Este de sus fronteras, Siberia. “Si Europa “inventó” a América —dice Fernand Braudel—, Rusia debió inventar “Siberia”. Una y otra fueron desbordadas por la enormidad

⁶ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, Kingston, 6 de septiembre de 1815.

⁷ Simón Bolívar, *Un pensamiento sobre el Congreso de Panamá*, Borrador, 1826, *Obras Completas II*, p. 1214, *Lex*, La Habana, Cuba, 1947.

de su tarea. No obstante, Europa está ya a comienzos del siglo xvi, en un punto más alto de potencia, y América se suelda a ella por caminos privilegiados, los del océano Atlántico. Rusia en el siglo xvi es todavía pobre en hombres y medios, y la vía marítima entre Siberia y Rusia es poco cómoda, es la vía subpolar”. Sin embargo, Rusia poco a poco se va extendiendo hacia el Este como Europa al Oeste hasta encontrarse ambas en el Continente Americano.

Sin embargo, Rusia se sale de América cediendo a Estados Unidos Alaska. La historia sigue beneficiando el desarrollo estadounidense. En 1942, la historia hace que la una y la otra se enfrenten al totalitarismo alemán, al término de la guerra y derrota del mismo, ambos colosos acabarán enfrentándose en la Guerra Fría de la que sólo serán simples campos de batalla los diversos pueblos de la tierra, incluyendo Europa. La Europa Occidental bajo hegemonía estadounidense. La Europa del Este bajo hegemonía soviética. Europa deberá ahora sobrevivir taimadamente, medrando con las circunstancias, para alcanzar la emancipación, pero antes se verá obligada a conceder a sus colonias para no perecer. El fin de la Guerra Fría implicaba la caída de la Unión Soviética, pero esto no implicó el predominio de Estados Unidos sino el predominio de la misma Europa en una zona que sigue considerando como propia, la de la misma Europa.

Europa no necesita ahora ya de colonias, ni de la misma América que trató de crear a su semejanza para ponerla a su servicio. Menos aún necesita de su más avanzado discípulo, Estados Unidos. América y los americanos en general, deberán quedarse en América, como los europeos en Europa. Ahora Europa tiene que enarbolar las banderas de utopías de libertad enarboladas por Estados Unidos en nombre de las cuales le fueron impuestas dependencias. Pero tendrá también que hacer suyos los principios, las utopías de la otra América, la de la solidaridad, la de la integración en una relación horizontal de los pueblos que a lo largo de la historia se han dado encuentro en América y se están dando encuentro en todas las regiones de la tierra, incluyendo a Europa. Esa raza de razas, que no es raza, sino capacidad para entender, conociendo las diversas formas de identidad que

adoptan los hombres a lo largo de la tierra sin discriminación de alguna de ellas.

Multitud de pueblos y culturas que han encontrado en la América Latina por eso su capacidad misma, pero también por ello su capacidad para incluir, no excluir. Inclusión de razas que están ya presentes en la América de ayer supuestamente libre de contaminación racial y cultural alguna. Como se están dando cita en diversas regiones de la tierra, incluyendo a la Europa misma, que la caída de muros y murallas ha hecho patente en su extraordinaria diversidad. Diversidad que anula enfrentando cruelmente sus partes entre sí, pero que habrá de superarse como se fue superando en la América como lo reafirman Bolívar y Vasconcelos.

Coloquio Nuevo Mundo-Otros mundos
Surrealismo y América
París, 1993

LA UTOPIA DEL MESTIZAJE

1. Estado Universal a la altura de los hombres

A quinientos años del descubrimiento del continente bautizado como América, a quinientos años de la universalización de una historia, antes regional o ignorada, se habla de globalización. De un mundo o mundos integrados globalmente. De naciones integradas o por integrar, pero en las que al mismo tiempo se va haciendo patente una realidad que más que afirmar, niega toda posible globalización. Apenas ayer, en 1989, se habló de globalización bajo la conducción moral y material de los Estados Unidos, ante el iniciado derrumbe del socialismo en la Unión Soviética y sus satélites que habían mantenido la bipolaridad mundial. De globalización, bajo hegemonía estadounidense habló entonces un filósofo de ese país, Francis Fukuyama, proclamando el Fin de la Historia. El sistema liberal y democrático como expresión final del Estado Universal profetizado por Hegel, pese a afirmar que la filosofía no hace profecías.

En 1976, por mi parte, siguiendo y contradiciendo a Hegel, hablé de los esfuerzos hechos por los pueblos en Asia, África y América Latina al término de la Segunda Guerra Mundial. Reclamamos de libertad y justicia. ¿No es —me pregunté— esta expresión preparatoria del Estado Universal? ¿Es el fin de la historia del espíritu? Más que el fin —agregué— “el principio de otra de sus grandes etapas”. “La lucha es por la liberación total del hombre.” “El Estado Universal que representa el fin de la historia no puede descansar en una relación de dominación y dependencia. Éste, para serlo plenamente, ha de ser expresión del deseo de todos y cada uno de sus miembros. Acción solidaria nacida en la conciencia de cada uno de ellos. Esto es, precisamente, lo que está en marcha, lo que está dando sentido a una historia que es ya, conscientemente histo-

ria universal. Historia de la que ya se saben partícipes todos y cada uno de los pueblos”¹

En 1989, dieciséis años después, parecían culminar los esfuerzos que el conductor de la Unión Soviética, Mijail Gorbachov, hacía para llevar esa misma libertad a sus propios pueblos para mayor plenitud del Estado Universal. Es entonces que surge el filósofo Francis Fukuyama, reafirmando la interpretación eurocentrista y excluyente de Hegel, ahora expresa en el Mundo Eurooccidental del que los Estados Unidos se consideran conductores y responsables morales y materiales. La inmediata desarticulación de la Unión Soviética y de la Europa bajo su hegemonía rebasó trágicamente los proyectos liberadores y democráticos de Gorbachov. Esto fue presentado como un triunfo del sistema del que era expresión el Mundo formado por Estados Unidos y la Europa Occidental. “Lo que nosotros estamos atestiguando en estos días —escribía Fukuyama—, no es sólo el final de la guerra fría, sino el fin de la historia como tal, es decir, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como forma decisiva de gobierno humano”. Fuera de este fin, del sistema liberal democrático, quedaban los países no occidentales, los del Tercer Mundo con la América al sur de Estados Unidos. Pero, también los pueblos que habían vivido bajo el sistema socialista. El segundo y el tercer mundo están desapareciendo para quedar un solo mundo, un mundo aún enredado en la historia, superada por el Mundo Occidental. El preanunciado Estado Universal hegeliano, el Estado homogéneo universal, “en donde todas las contradicciones fundamentales están resueltas y todas las necesidades humanas satisfechas”. “Podemos resumir -agrega- el contenido del Estado homogéneo Universal”, como democracia liberal en la esfera política combinada con el fácil acceso a las videocaseteras y estéreos en la economía”²

Un Estado Universal excluyente, opuesto al que ya imagina-

¹ Mi libro, *Dialéctica de la conciencia americana*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1976.

² Francis Fukuyama, “The End of History”, *The National Interest*, n. 19 (Summer), 1989.

ba en 1976. Una concepción, por supuesto, más fielmente hegeliana originada en la vieja concepción insular y, por insular mezquina, así como puritana de los Estados Unidos. En la concepción hegeliana, la historia es la exposición del espíritu, de cómo el espíritu trabaja para llegar a saber qué es en sí”. “No hay nada superior al espíritu”. “El fin de la historia universal —dice Hegel— depende de que el espíritu llegue a saber lo que es verdaderamente y haga objetivo este saber, lo realice en un mundo presente y se produzca a sí mismo objetivamente”.

En la medida en que el espíritu tome conciencia de lo que es, se libera de sí mismo rebasando su estado natural. La historia es así lucha de liberación, que todos los hombres y pueblos realizan para que el espíritu tome conciencia de sí mismo y por ende, de su propia libertad. Así va sucediendo desde que el hombre primitivo se enfrentó entre sí para afirmar su libertad y con ello hacer consciente de la misma al espíritu del que es instrumento. Es hasta la Revolución en Francia en 1789 que se hace consciente esta libertad, poniendo en marcha el Estado Universal, del cual es antecedente e instrumento el viejo mundo oriental hasta culminar en la conciencia europea, con su extraordinaria revolución y el Estado que ha de surgir de ella. Historia que Fukuyama hace culminar en el sistema liberal contemporáneo. Pero de esto no habla Hegel, porque el filósofo no hace profecías.

¿Cómo es que el espíritu toma conciencia de sí mismo, liberándose de su estado natural? Pura y simplemente sirviéndose de los hombres. “En la historia universal y mediante las acciones de los hombres, —dice Hegel— surge algo más, algo que no está en lo que hacen, pero que no estaba en su conciencia ni intención, los fines propios del espíritu”. “Por ello —agrega— en la historia universal hay sin duda satisfacción pero eso no es lo que se llama felicidad, pues la satisfacción de aquellos fines está por encima de sus intereses particulares: el Espíritu, lo Divino, Dios, no hace sino utilizar estos limitados fines humanos para realizarse a sí mismo aunque el hombre quede en plena soledad, frustración, y por ello infelicidad.” “El hombre

—había anticipado la Biblia— fue creado para la mayor gloria de Dios”.³

Contradiendo esta interpretación, —por la cual el hombre y los pueblos que éste forma, quedan condenados a una eterna servidumbre al servicio de los individuos, grupos sociales o naciones que el espíritu ha elegido para el logro de su propia y peculiar liberación—, propuse otra dialéctica en la que los esfuerzos concretos de los individuos, de los múltiples individuos que hacen posible la historia, pero no del espíritu, sino la propia a través de ineludibles contradicciones originadas en las pasiones, anhelos, necesidad de todos y cada uno de ellos. Contradicciones de las cuales surgen situaciones que no coinciden con lo que cada hombre deseaba, pero que su acción hizo posible. Pugna de voluntades que nada tienen que ver con voluntad metafísica alguna. Pugna que da origen a situaciones que no están en la voluntad concreta de los mismos.

Ahora bien, tomar conciencia de esta dialéctica es extraordinariamente difícil. Por ello escribí: “Difícilmente el individuo toma conciencia de su relación con los otros y de lo que esta relación significa como ajuste de su voluntad, de sus ambiciones, anhelos y proyectos. Y esta falta de conciencia, la lucha, la pugna por realizar los propios fines, negando si es necesario, los de los otros, es lo que origina que esos fines se desplacen, como resultado de esta lucha de libertades y se presenten como si tuvieran voluntad propia, tomando caminos que no satisfacen a los combatientes”. “Lejos de verse en los resultados de las acciones humanas, el juego de fuerzas e intereses concretos, se verá en ellos la expresión de una voluntad ajena a ese juego, pero que se sirve de él”.⁴

Tomar conciencia de este hecho será desenajenarse y con ello liberarse auténticamente. Ver en los otros a semejantes con los que no hay que luchar sino, por el contrario, convivir. A partir de ese reconocimiento, la búsqueda de metas comunes sin renunciar a la propia identidad. Proyectos que no impliquen el atropello de otras identidades para que no sea atropellada la propia identidad.

³ Hegel, *Lecciones sobre Filosofía de la Historia*, Revista de Occidente, Madrid.

⁴ Cf. mi *Dialéctica*.

Es posible, así, otra relación entre los hombres y los pueblos que no es la que como fatalidad han querido y quieren imponer grupos de poder ayer y hoy. Relación horizontal de solidaridad y no ya la vertical de dependencia en nombre de este o aquel supuesto sobrehumano. Otra forma de llegar al Estado Universal en el que se expresa la múltiple voluntad de quienes lo han de formar.

2. *El Estado Universal, utopía cósmica*

Hace varios años, partiendo de otros supuestos filosóficos, José Vasconcelos, imaginó una utopía de la que podría derivarse un Estado Universal abierto a todos los hombres y sus múltiples expresiones. “En la América española —escribió— ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha del genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal.”⁵ No la raza en sentido biológico, sino como actitud. La actitud del que ha de convivir con otros hombres con independencia de su estirpe y cultura. Raza de razas, raza cósmica, cultura de culturas y, a partir de ella, la Nación de naciones en la que soñaba el libertador Simón Bolívar. No el Estado Universal limitado a individuos o grupos supuestamente predestinados a ser instrumento de una abstracción, que sólo es una forma de justificar intereses concretos, tan concretos como los de los hombres y pueblos a los que se pretende manipular.

¿De dónde surge esta utopía que Vasconcelos, Bolívar, Martí y otros muchos latinoamericanos imaginaban como meta universal? De la historia, de la experiencia histórica de la región que emergió a la historia de la conciencia europea el 12 de octubre de 1492, esto es, hace quinientos años. A partir de esta experiencia, estos ilustres

⁵ José Vasconcelos, *La raza cósmica*, México, 1925.

latinoamericanos, para superar los rencores de la conquista, la colonización y las luchas de liberación, adoptarán el calificativo de latinoamericanos. Es a través de lo latino, dice Vasconcelos, que se asume el pasado, la sangre y la cultura iberas superando todos los rencores. “Los llamados latinos —dice Vasconcelos—, tal vez desde un principio no son propiamente tales latinos, sino un conglomerado de tipos y de razas, que persisten en no tomar muy en cuenta el factor étnico en sus relaciones.” Pero no como sajón que se niega a reconocer estas relaciones por considerar que le rebaja étnica y culturalmente.

¿Por qué latinos? ¿por qué latinidad? Porque fue la latinidad como actitud que permitió a Roma mantener durante siglos un Imperio sobre razas y culturas de pueblos extraordinariamente diversos como los que rodeaban el Mediterráneo, al Norte los de la futura Europa, al Este los asiáticos y al Sur los africanos. Actitud conciliadora expresa en el Panteón Romano en el cual estaban todos los dioses sin discriminación alguna.

Bolívar veía en esta actitud de Roma, un ejemplo a seguir. En el siglo XIX se habla, antes que de latinidad, de romanidad.⁶ España, Iberia, en conjunto, había sido formada dentro de este mismo espíritu abierto a otras sangres y culturas. Es por ello que a través de la latinidad de la América formada bajo dominio español al independizarse se incorporó a España como parte suya. La sangre y cultura iberas integradas en la sangre y culturas indias, africanas y asiáticas se mestizaron. Iberia había sido preparada para el mestizaje que le impuso la historia a lo largo de ocho siglos bajo dominio africano e islámico entre 711 y 1492.

A lo largo de ocho siglos de convivencia con otro pueblo y otra cultura, España se preparó para la más extraordinaria convivencia, la que se realiza en la América descubierta por Colón en 1492. Convivencia que rebasó la violencia de la conquista y el sufrimiento de la colonización originando ese peculiar género humano del que habla en su día Simón Bolívar. Al filo de los quinientos años de historia, más allá de los mismos; más allá de arrogancias

⁶ Arturo Ardao, *Romania y América Latina*, Biblioteca de Marcha, Montevideo, 1991.

y resentimientos, se perfila una extraordinaria comunidad formada por las diversas razas y culturas que se encuentran en la región y por ello abierta a toda expresión de lo humano sin discriminación alguna.

En Europa existen dos pueblos que han sido vistos por otros europeos como extraños por una peculiar identidad: eslavos e iberos. La Europa Eslava y la Europa Ibera. Pueblos que con su resistencia, dieron origen a la peculiar identidad con la que salvaron al resto de Europa de convertirse en prolongación de Asia o África. Los eslavos resistiendo la presión asiática encabezada por los mongoles, tártaros y otros muchos grupos diversos, e Iberia deteniendo en su territorio a los invasores africanos y musulmanes. Pueblos que aprendieron a convivir y a mezclarse con sus agresores y conquistadores. Mestizaje convertido en pretexto para el rechazo hecho por la Europa occidental al otro lado de sus fronteras. Europa termina más acá de los Urales como África en los Pirineos, se decía.

La convivencia que privó en España a lo largo de ocho siglos fue posible por la tolerancia propia del conquistador musulmán, como antes del conquistador romano. Sólo dentro de esta tolerancia se explica el Imperio Romano en las tierras que baña el Mediterráneo y el Musulmán más allá de las tierras del Medio Oriente en que surgió. “El pasado visigótico y romano —escribe Américo Castro— servía para mantener viva la conciencia de no ser moros, pero no servía para oponerse a la musulmía dueña de la mayor extensión del país, una cultura, unos conjuntos de valores, que permitiesen tratar con el enemigo de potencia a potencia.”⁷ Durante “la Edad Media no hubo completa separación geográfica y racial entre cristianos y musulmanes”. “Hubo, además de los llamados “mudejares”, los moros que vivían como vasallos de los reyes cristianos, influidos por la tolerancia de los cuatro primeros siglos del islamismo”. “La España cristiana se hizo mientras incorporaba e injertaba en su vida, lo que su enclave con la musulmía le forzaba a hacer”. Allí se forjó lo bueno y lo malo que permitió a la América que se llamaría latina, llegar a ese peculiar género humano bolivariano.

⁷ Américo Castro, *España en su Historia*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1948.

De esta tolerancia son expresión las mezquitas, templos mozárabes y sinagogas alzadas en las tierras que estuvieron bajo dominio islámico. El Islam mismo es la expresión del sincretismo religioso de su creador, Mahoma. Tratando de conciliar cristianismo y judaísmo empeñado en mantener la relación de convivencia de una religión con otra. “Combate a los no creyentes —dice El Corán— hasta que cese la persecución; y la religión sea sólo para Alá, pero si resisten, entonces no haya hostilidad sino sólo contra los opresores”. El Islam, dicen sus seguidores “no es la expresión de un pueblo elegido, sino el portavoz de la palabra de Dios”. “El árabe no es superior al extranjero ni el extranjero superior al árabe, ni el blanco al negro, o viceversa, sino únicamente por piedad” reza “el Hadith”. “En verdad estoy cerca —reza el Corán— y respondo al que me llama”. No es Dios el que determina la bondad y la maldad castigando o premiando a los hombres. Son los hombres por sus obras los que se acercan a la bondad o la maldad y de ello son absolutos responsables. “No hay violencia en la religión; cierto es que la senda de la verdad se ha hecho claramente distinta del error”.⁸ ¿“Pueden obligar a los hombres a ser creyentes —pregunta el Corán—? Ningún alma cree sino con licencia de Dios”. “Los caminos que llevan a Dios son tan numerosos como las almas de los hombres”. “Es así, nos dice Américo Castro, como los cristianos vivían bajo un horizonte de tolerancia trazado por el Islam, y creaban su vivir en función de aquel horizonte, porque esa era la vida dentro de la cual existían”.

1492 es el año en que Colón se encuentra con América, pero es también el año en que los Reyes Católicos toman Granada. Terminan así ocho siglos de dominio y convivencia. Pero es también el año en que los mismos Reyes Católicos expulsan a los judíos, como después expulsarán a los musulmanes, expresando ahora la intolerancia. Los hombres que parten de España al descubrimiento, conquista y colonización del antes oculto continente, llevan consigo la semilla de la tolerancia como capacidad de convivir y

⁸ Leopoldo Zea, “Sentido y proyección de la cultura latinoamericana y de la árabe”, en *Homenaje a Arturo Andrés Roig*, Universidad de Guadalajara.

mezclarse con otras razas y culturas, pero también la intolerancia y codicia germánica y sajona que antes había impulsado las cruzadas. Es por la tolerancia que los misioneros incorporan masivamente a los pueblos indígenas con los cuales se encuentran; estudian sus hábitos y costumbres para integrar sus creencias con las propias; para mezclar culturas que sólo eran modos de ser del mismo hombre. Pero es la intolerancia la que pone en duda la humanidad de los pueblos encontrados. Enfrentándose en Valladolid y en Salamanca con quienes veían en esos hombres semejantes, a los que sólo hay que ayudar a encontrar la verdad pero sin negar su propia y concreta identidad. Así, a lo largo de tres siglos de coloniaje se irá formando la peculiar identidad por la que se interroga Simón Bolívar. ¿Qué somos? ¿Indios? ¿Americanos? ¿Europeos? Somos todo eso además de africanos cuya sangre y cultura fueron arrancadas de su matriz por la codicia de los colonizadores.

En 1588 da inicio la “Pugna de latinidad contra sajonismo”, dice Vasconcelos. La Armada Invencible de Felipe II es hundida en el Canal que separa a España de Inglaterra. Primer triunfo del insular liberalismo democrático al que se pretende otorgar el triunfo final en 1989 poniendo fin a la historia y creando el Estado Universal propio de tal orden. En 1898 los descendientes de los vencedores de la Armada Invencible, los estadounidenses, dan el último golpe a los restos de la misma hundiéndola en Santiago de Cuba en las Antillas y Manila en el Pacífico. “El conflicto —dice Vasconcelos— está ahora planteado totalmente en el Nuevo Mundo”. Es la lucha entre una concepción excluyente como la sajona y otra la latina dispuesta a asumir como propias las diversas expresiones de lo humano. “Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo, nuestra época”. Hegel ya veía esta lucha como punto de partida de donde saldría el Estado Universal; de esto habla como filósofo, aunque diga que el filósofo no hace profecías. El Estado Universal, no como lo imagina el estadounidense Francis Fukuyama, sino como lo imaginaba Vasconcelos, raza cósmica y a partir de ella una cultura de culturas y una Nación de Naciones. “Entre tanto —dice Vasconcelos—, nosotros seguiremos padeciendo en el vasto caos de una estirpe en formación, contagiados de la

levadura de todos los tipos, pero seguros del avatar de una estirpe mejor”.

En 1989 la España imperial e intolerante deja de serlo golpeada por un nuevo imperialismo. La América que se denomina latina y que ha alcanzado antes su liberación, se reconcilia con la España que también ha sido víctima de intolerancias. Se avisa así el inicio de un posible nuevo Orden Universal que recoja la experiencia de la España bajo el dominio musulmán y la de la España que tolerantemente se mezcló con las razas y culturas de la antes desconocida región del mundo: América. La España de Bartolomé de las Casas, Vitoria, Vives y tantos otros que supieron ver en lo que es distintivo de otros hombres, expresiones de lo que a sí mismo le distingue, su identidad. Allí están las palabras de Mahoma: “Oh Señor, no permitas que mi tumba se vuelva un ídolo”, o las palabras de un árabe de nuestros días, reclamando “el derecho a la diferencia”. Todos iguales entre sí por ser distintos, pero no tan distintos que unos puedan ser más o menos hombres que otros.

VIII Seminario de Historia de la Filosofía
Española o Iberoamericana
Salamanca, octubre de 1992

DOMESTICACIÓN DE LO DESCONOCIDO

La historia de la humanidad está formada en general por el choque violento entre etnias y culturas diversas que al crecer se expanden y tropiezan entre sí. Esto ocurrió en todos los continentes, también en el Viejo Mundo así designado al descubrirse el que será bautizado como América. En Europa la migración de etnias y discursos se realiza en forma extraordinaria, sin embargo, los portadores de esa diversidad acaban asimilándose, constituyendo el continente denominado Europa. A pesar de esta característica europea es de este continente de donde surgen discursos con dificultades de asimilación. Centralmente entre dos grupos europeos que son parte de la historia del viejo continente pero cuya presencia en él mismo, plantea y ha planteado problemas de identidad en relación con el resto de Europa.

Dos grupos, en dos regiones del continente europeo, en los límites del mismo: la Europa Ibera y la Europa Eslava. Existen, por supuesto, otras europas, como la sajona, la germana, la latina y la nórdica. Sin embargo son la Europa ibera y la eslava las que encuentran mayores dificultades para su asimilación con el resto del continente. Dificultades que les vienen de su peculiar situación de frontera con otros continentes y otros mundos. La Ibera, entre los Pirineos, el Atlántico y el Mediterráneo, cuyos pobladores se han visto obligados a resistir el empuje de los pueblos llegados del norte de África. La Eslava, frontera que desde el Báltico hasta el Mediterráneo enfrenta otra migración, la procedente de Asia. Pueblos fronteras en las que será difícil delimitar etnias y culturas al originarse mestizajes que las ponen al margen de Europa. Esta marginación originará las dificultades europeas por domesticar o asimilar etnias y culturas que se consideran extrañas a las propias. Marginación sentida y resentida por los pueblos que la sufren en uno y otro extremo del Viejo Continente. Problemas de identidad, por la conciencia de estar montados entre etnias y culturas distintas

cuya conciliación parece imposible y con ello, la necesidad de optar entre ellas. Entre eslavismo y europeísmo en la Europa eslava; entre el godo y el moro en Iberia. Conciencia de barreras físicas y culturales que hay que rebasar para poder ser parte de Europa. La Europa centrada en el germánico Sacro Imperio Romano que sucedió al del Mediterráneo. De la necesidad de europeizarse se habla en uno y otro extremo del continente entre pueblos que se saben marginados por su peculiar situación geográfica e histórica. Y dentro del mundo eslavo, la Polonia católica y la Rusia ortodoxa tratando de afrontar su discutida presencia en Europa. En el otro extremo, Iberia que pierde en el siglo XVI la batalla contra la Europa Sajona en el Canal de la Mancha: región que luchan porque se le reconozca su identidad de pueblo europeo. Sin embargo, eslavos e iberos son, ineludiblemente parte de la historia y cultura de Europa tanto como lo son los sajones, germanos y nórdicos.

Dificultades que serán llevadas y ampliadas al continente con el que se tropieza Colón el 12 de Octubre de 1492. Será difícil asimilar, conciliar, domesticar y dirigir pueblos y culturas que antes de esa fecha, eran inexistentes en la conciencia europea. Colón creía haberse encontrado con pueblos distintos, pero de muchas formas conocidos por su cercanía y por los relatos de viajeros. Aunque extraños, los pueblos de Asia, se sabía de su existencia, como que golpeaban a sus fronteras. El mundo con el que se tropieza Colón es distinto a los pueblos de los cuales se tenían noticias. Un mundo más simple y primitivo, difícil de situar en su concepción del mundo que esperaba encontrar. ¿Bestias o ángeles? ¿Tierra salvaje o el Paraíso? Mayor será aún el impacto para los navegantes, soldados y evangelizadores que llegan a la tierra firme como Cortés. Absolutamente nada tiene que ver ese mundo con el que creyó encontrar Colón. Las *Cartas de Relación* de Cortés, el *Relato de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo expresan esta extraordinaria diversidad. También los relatos de los evangelizadores desde Sahagún a Las Casas. Para el primero es tierra que el demonio mantuvo oculta para dominar a esa parte de la humanidad. Dominio que termina con el descubrimiento, conquista y colonización de los soldados de Cristo.

El ibero que ha aprendido a convivir, a lo largo de casi ocho siglos, con las razas y culturas llegadas del Africa, encuentra ahora difícil conciliar su mundo con el que se ha encontrado. Surge así el Nuevo Mundo con problemas de identidad que en Europa ya perturban a iberos y eslavos, pero en una mayor dimensión. ¿Cómo conciliar etnias y culturas tan diversas de las europeas? Se creyó encontrar la solución destruyendo, ocultando y enterrando culturas consideradas demoníacas y obligando a sus habitantes a entregar sus almas, junto con su riqueza y trabajo, a sus conquistadores para su redención. Pero hombres que aprendieron a mestizarse en la península con sus conquistadores, lo harán igualmente en América, aunque aquí tratando de resistir las expresiones de una cultura que los misioneros tratarán de conciliar o yuxtaponer a la propia. Esfuerzo inútil, lo que querían ocultar, resurge con fuerza en las artes y costumbres de los hombres que se van formando en esa región de la tierra.

Así ese peculiar género humano que surge en la región se encuentra y siente marginado respecto a sus metrópolis y al mismo mundo de donde ha emergido. Marginado respecto a Europa, pero también respecto al propio y nuevo continente. Los calificativos sobre la inferioridad de los indígenas serán ampliados para todo nacido en el Nuevo Mundo. No son europeos ni americanos. “Americanos por nacimiento y europeos por derecho —escribe Simón Bolívar—, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenerse en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado”.¹ De esta manera los problemas de identidad que se plantean en Europa a iberos y eslavos serán ampliados a los del Nuevo Mundo. Un continente nuevo, el americano, al que se pretende desplazar para reemplazarlo por otro, el europeo.

Otra expansión europea en el siglo XVII, sigue a la ibera, la anglosajona, con otros criterios pero que debe enfrentar una región en América menos complicada culturalmente que la encontrada por la expansión ibera. En el Norte de América no se plantean los

¹ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, Kingston, 6 de septiembre de 1815.

mismos problemas que tiene la colonización ibera. El colonizador anglosajón y puritano no debe conciliar su existencia con la gente vista sólo como parte de fauna y flora de la región. Sólo es algo por desplazar o utilizar, por ello se eliminan y acorralan las poblaciones indígenas de las praderas de Norteamérica. Los valores que traen consigo estos emigrantes no son valores que puedan ser compartidos como hacía la colonización ibera. La nación que surge en la América del Norte, Estados Unidos, se considera a sí misma como la máxima expresión de valores, como el sistema industrial y la democracia planetaria, como expresión de la libertad de sus individuos y el derecho de autodeterminación de su pueblo. Estos valores no pueden ser compartidos, pues ello depende de la capacidad de los individuos y los pueblos para apropiárselos.

En la América bajo coloniaje ibero se planteará algo semejante a lo que se planteó en Europa a los pueblos iberos y eslavos, lo de su marginación del Mundo Occidental, del cual es su gran adelantado Estados Unidos. La América de origen ibero tiene conciencia de una doble marginalización respecto a la América sajona y a la Europa occidental. Para rebasar esta marginalización había no sólo que quitarse los avíos impuestos por el coloniaje ibero, sino también la cultura y la visión del mundo heredada de ella. Para superar el atraso y la marginación habrá que hacer de los pueblos iberoamericanos, pueblos semejantes a los del Mundo Occidental, a los de la Europa al otro lado de los Pirineos y a los Estados Unidos en América: Había que renunciar a la identidad vista como impuesta por tres siglos de coloniaje. Anulan la sangre y cultura iberas, pero también a la sangre y a la cultura indígena y africana y el mestizaje que resulta de todo eso. Lavados de cerebro pero también de sangre, para borrar etnias y culturas que no han mostrado su incapacidad para participar en la marcha del progreso.

¡Ser como Estados Unidos! ¡Ser como Europa! ¡Ser los yanquis del sur! Tal la preocupación de la región al sur de los Estados Unidos en el siglo XIX una vez alcanzada la independencia. Habrá que domesticar, que conciliar una experiencia extraña como fue la experiencia del coloniaje. Por ello se imitó la Constitución de los Estados Unidos y otras instituciones de la misma nación y Europa.

Se hace obligatoria la enseñanza liberal y se buscan emigrantes europeos que hagan por la grandeza de la América Latina, lo que han hecho por los Estados Unidos. Se sustituyen las tiranías de los caciques, por las tiranías para la libertad. Bajo el lema positivista adoptado, se habla de orden para el progreso mediante tiranías honradas.

A la domesticación cultural iberoamericana, hecha a lo largo de tres siglos bajo dominio ibérico se agregará la de Europa Occidental y Estados Unidos. Mundos vistos como contrapuestos. ¡Civilización y barbarie! ¡Progreso y retroceso! ¡Libertad y tiranía! Se quiere ser distinto de lo que se es negándose a sí mismo. Pero, son los mismos pueblos que sirven de modelo los que determinan la posibilidad de esta demanda. Porque se trata de pueblos poco interesados en la universalización de sus propias expresiones, como el sistema industrial basado en la competencia, y el sistema democrático que expresa esa competencia. Algo que sólo está al alcance de los que ya han demostrado su capacidad para su realización. Universalizarlos implicaría menoscabarlos limitando sus posibilidades. Este sistema estaba, obviamente, reñido con las demandas igualitarias hechas por pueblos que habían llegado tarde a la historia del progreso. La universalización de estos valores sólo se hará por la acción y en beneficio del Mundo Occidental y para ello éste tendrá que ocupar el vacío de poder del coloniaje ibero. Esta fue la pretensión de los Estados Unidos al asumir el liderazgo del Mundo Occidental.

El “América para los americanos” del presidente Monroe en 1823 será la explicitación del proyecto estadounidense; proyecto descolonizador respecto a Europa para imponer el propio coloniaje en la región y, posteriormente, a lo largo de la tierra. Así en 1898, España será la primera expulsada por Estados Unidos. Se ocuparán sus últimos enclaves tanto en el Caribe como en el Pacífico en las Filipinas.

En 1898 se da otro sesgo al problema de la identidad cultural de la América de origen ibero. Se renuncia a domesticar lo desconocido a una modernidad, al parecer exclusiva del Mundo Occidental, para afirmar, previamente, la propia identidad de la vieja relación

ibero-americana. En esta relación se hacen patentes valores que lejos de impedir a esta América entrar en la modernidad, le permitirán entrar a ella con mayor fortaleza a partir de propia y peculiar identidad, la formada a lo largo de tres siglos por la presencia ibera. Lo que parecía antes negativo y se quiso borrar, aparece como positivo para un futuro común a diversas expresiones de los humanos. Preocupación expresa en la adopción del nombre de América Latina. De América Latina se venía ya hablando desde mediados del siglo XIX, en contraposición a la América Sajona que inicia su expansión sobre México y Centroamérica. Nada tenía que ver esta latinidad con las pretensiones hegemónicas de Napoleón III. Frente a la América sajona, estaba la latina, que es la expresión de la integración de etnias y culturas; una integración que debería ser global. Frente al exclusivismo sajón la capacidad latina para asimilar las diversas expresiones de lo humano. Lo latino, como el espíritu que había hecho de la antigua Roma centro integrador de las culturas y etnias que bañaba el Mediterráneo: Europa, Asia y África. Ya Bolívar veía en Roma el ejemplo a seguir por pueblos de diversos orígenes como los que se habían dado en América.

En 1898 el imperio donde nunca se ponía el sol llegaba a su fin, derrotado por uno más joven originando con ello el Mundo Occidental. Desaparece la Iberia imperial, pero queda el espíritu que había conciliado etnias y culturas en el Nuevo Mundo. Un mundo crisol de las múltiples expresiones de los Humanos. Pasaba a la historia la Iberia arrogante, cruel y codiciosa. Ahora la América que la había sufrido incorpora su cultura a su propia y peculiar identidad. De esto hablan el uruguayo José Enrique Rodó, y poco antes José Martí de Cuba, a los que siguen los mexicanos José Vasconcelos y Alfonso Reyes, el dominicano Pedro Henríquez Ureña y otros más a lo largo de la América Latina.

Para la América Latina, la derrota de la Iberia imperial su relación con el pasado. Ya Martí había hablado de la guerra cubana de independencia como de guerra civil afirmando una común identidad. Rodó denuncia el fracaso de la “nordomanía”, al querer ser como Estados Unidos en detrimento de un pasado que, a pesar de todo, había dado a la región la capacidad de asimilación de diversas

expresiones de lo humano. Sin la arrogancia imperial podría afirmarse una identidad común al uno y al otro lado del Atlántico.

Este cambio fue más difícil de aceptar y asimilar para la España que sufrió la derrota. La generación española del 98 se dolió de la derrota sufrida y buscó otra relación que no fue, precisamente, la adoptada por la Iberia al otro lado de los mares. Pío Baroja, Miguel de Unamuno y luego Ortega y Gasset hablaron de su identidad europea, considerando la relación con América como una desviación histórica de lo que debió ser la preocupación central de España: Europa. Se había perdido el tiempo, sangre, cultura y esfuerzos en lejanos pueblos, quedándose por ello España al margen de la cultura europea y de la Modernidad. ¡No queremos ser latinos ni africanos! ¡Queremos ser germanos y europeos! El mestizaje expreso en América sólo había originado un sangriento enfrentamiento del Mundo Ibero al uno y al otro lado del Atlántico. Salvador de Madariaga posteriormente escribe: “El mestizo es un español prisionero de un indio y un indio prisionero de un español. Esta situación crea entre las vertientes de su ser una tensión constante. Así se explica, dicho sea de paso, la diferencias con Portugal y con Inglaterra, porque Inglaterra aniquila a los indígenas; y Portugal, por condiciones especiales del Brasil, construye un imperio más mulato que mestizo. Añádase que, en los casos más importantes, los españoles se encuentran con naciones indias más hechas y conscientes que no es el caso de ningún otro pueblo conquistador.”²

Para la América que se autodenomina latina, por no querer ser llamada española, no fue el mestizaje el que origina el enfrentamiento sino la forma como el peninsular calificó al mismo, considerándolo como rebajamiento de lo humano. Interpretación de la que partía el mismo Occidente rechazando las pretensiones de otros pueblos a participar en el desarrollo considerándolo como exclusivo de una raza y una cultura. estos pueblos, hiciesen lo que hiciesen, no podrían dejar de ser lo que eran, esto es, gente extraña al mundo creado

² Salvador de Madariaga, *Presente de Hispanoamérica*, Sudamericana, Buenos Aires, 1974.

por unos determinados pueblos y culturas. Para la América Latina, el mestizaje y la experiencia que lo origina no eran una carga, sino el punto de partida para afirmar lo humano en la diversidad de sus expresiones. Gente igual por ser distinta, pero no tan distinta que por ello deje de ser expresión de lo humano.

José Vasconcelos, miembro de la generación que en América siguió a los Martí y los Rodó, alertó contra las concepciones que anulaban las diversas expresiones de identidad. Esta concepción la escribe en su ensayo, *La Raza Cósmica*. Allí habla de América Latina, y pregunta ¿Por qué latina? ¿Por qué española? Porque con este calificativo se superaba la antinomia entre lo indio y lo español. No se trata de elegir entre lo uno y lo otro sino de asumir las expresiones ineludibles de la misma identidad de la región. Para superar la antinomia había que hablar de lo común a esta América y a España y lo común fue el espíritu latino que antes permitió la integración en el viejo mundo de las razas y culturas que habitaban las tierras que bañaba el Mediterráneo, incluida la Península Ibérica.

“Háblese al más exaltado indianista de la conveniencia de adaptarnos a la latinidad y no opondrá el menor reparo —dice Vasconcelos— dígamele que nuestra cultura es española y en seguida formulará objeciones. Subsiste la huella de la sangre vertida, huella maldita que no borran los siglos, pero que el peligro común debe anular. Y no hay otro recurso. Los mismos indios puros están españolizados, están latinizados, como latinizado está el ambiente”.³ A través de lo latino se recuperó a España; América se reconcilia con ella. Pero ¿cuál es el peligro común? La otra América, la sajona que inicia su expansión en 1898 y amenaza con llevar su peculiar exclusivismo al resto de los pueblos surgidos de la presencia ibera en esta región.

Dos Américas, como expresión de dos mundos, abierta una, discriminadora la otra. La sajona viendo a pueblos marginados como parte de la flora y fauna por explotar. La ibera abierta a todas las expresiones de lo humano, que se ha empeñado incluso en llevar

³ José Vasconcelos, *La Raza cósmica*, México, 1925.

por la fuerza, dentro de sí al desconocido mundo y digerirlo, domesticarlo dentro de su propia y peculiar concepción del mundo. La fuerza fue mala por las consecuencias de esa actitud de la misma para la América Latina. “Pugna de latinidad contra sajonismo —dice Vasconcelos— ha llegado a ser, sigue siendo nuestra época, pugna de instituciones, de propósitos, de ideales”. “Pugna que se inicia con la derrota de la Armada Invencible al empezar el siglo XVIII; se agrava con la derrota de Trafalgar”. Y se continúa en la derrota española en 1898 frente a los Estados Unidos, cuando éste se apodera de Cuba y Filipinas. “El conflicto está ahora planteado totalmente en el Nuevo Mundo”.

¿Qué es lo que hay que preservar de esa experiencia? El singular género humano que surgió de la misma, el cual lleva en sus entrañas al conquistador y al conquistado junto con las diversas expresiones de lo humano. Experiencia vivida por el propio ibero que, a partir del año 711, aprendió a convivir por varios siglos bajo dominio moro y con ello con otras razas y culturas. Experiencia que ha continuado en América y se desborda en nuestro días. La misma América Sajona está ahora latinoamericanizándose, así, desde Alaska a Tierra del Fuego, con las razas y culturas que ya lleva en sus entrañas. Algo semejante está sucediendo en la misma Europa Occidental ante la presencia de etnias y culturas que su propia expansión lleva a sus entrañas.

Frente al anuncio “Del fin de la historia”, en exclusivo beneficio de un sistema, de un mundo, de un grupo de intereses, se deja en el supuesto caos de la historia a pueblos como los latinoamericanos. Frente a esta interpretación están las palabras de José Vasconcelos imaginando una nueva y extraordinaria utopía: “Entre nosotros —escribe—, seguiremos padeciendo en el vasto caos de una estirpe en formación, contagiados de la levadura de todos los tipos, pero seguros del avatar de una estirpe mayor. En la América española ya no repetirá la naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que allí va a salir es la raza definitiva, la raza

síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal”. Raza de razas, cultura de culturas, raza y cultura universales, cósmicas.

XENOFOBIA Y RAZA CÓSMICA

1. Emigración igual a conquista

En 1492, la expedición enviada por los Reyes Católicos de España, a cargo de Cristóbal Colón, tropezó con un desconocido continente bautizado poco después como América. Se inició el más extraordinario movimiento migratorio que conoce la historia. Del ya llamado Viejo Continente, de Europa, a partir de este encuentro saldrían millares y millares hasta convertirse en millones de emigrantes. La ya pletórica Europa se irá así deshaciendo de sobrantes de una población que no encontraba acomodo. Allí, al otro lado del Atlántico estaba el hasta entonces oculto continente, lleno de espacios vacíos. En conjunto un extraordinario vacío que debería ser llenado por los emigrantes salidos de diversas regiones de la Europa, siguiendo la ruta abierta por Colón.

Esta extraordinaria emigración se continuará a lo largo de los quinientos años transcurridos obedeciendo a diversas causas. Centralmente por falta de espacio vital, pero también por motivos políticos, religiosos, económicos y sociales. En el siglo XIX y XX los desocupados de Europa saldrían masivamente hacia ese Continente difícil de llenar que los seguía recibiendo. Pero también a partir de América se extendió la expansión migratoria por otras regiones de la tierra que también parecían inaccesibles. De no haber existido América y no haber llegado Colón al Asia, como él imaginaba, otra habría sido la historia. Difícilmente podía haber cambiado el Almirante el proyecto mercantil por el de conquista, como pudo hacerlo sobre la tierra por él encontrada, ajena a las de los khanes con los que se pretendía comerciar.

Han pasado quinientos años y ahora en Europa se escuchan protestas de diversa especie contra toda forma de emigración, proveniente de otras tierras. Las carabelas que salieron hace quinien-

tos años parecen regresar cargadas de emigrantes de tierras que antes recibieron a los europeos, y que buscan para sí mismos algo de lo mucho que sus pueblos habían dado a Europa y a los europeos. Es frente a esta presencia, llegada de los pueblos que a lo largo de quinientos años han sido conquistados, colonizados y explotados, que se habla paradójicamente de la emigración como conquista y ocupación. Pero fue eso precisamente lo que hizo Europa al expandirse sobre América y sobre el resto de la tierra. Así se pueden leer pintas en Francia, España, Alemania, Inglaterra, Italia y el resto de la Europa Occidental en las que se habla de “emigración = colonización y ocupación”, “¡Fuera emigrantes cuya presencia afecta nuestra identidad y cultura!”. “¡Nada con gente distinta a nosotros, defendamos nuestra identidad!”. Pues ahora en Europa se habla de identidad como antes en los pueblos que sufrieron ocupación de los emigrantes del mundo occidental.

Desgraciadamente la xenofobia desatada en Europa, como se está desatando en el resto del Mundo Occidental, incluidos los Estados Unidos, se está transformando en brutal violencia contra los emigrantes que buscan en Europa algo de lo mucho que a la misma dieron sus antepasados con profundos sacrificios. Así la brutalidad está llevando al asesinato de emigrantes como en Alemania, Turquía. En España contra gente nacida en la misma tierra, Santo Domingo, que tocó Colón al tropezar con América. Los turcos son tan extraños a muchos europeos como los dominicanos a muchos españoles, pese a que aquí se estableció la primera colonia española y europea. La misma violencia se hace presente en Italia, Francia, Inglaterra. Violencia contra gente vista como extraña por su diversidad de origen, cultura, religión y raza. “¡Jódete Lucrecia!” escrito en un muro de Madrid por los asesinos de la dominicana que emigró a España como antes millones de españoles emigraron a Santo Domingo y al resto del llamado Nuevo Mundo.

Esta misma xenofobia y violenta discriminación contra la gente de Europa del Este, antes alentada para que rompiese los muros comunistas de la Europa Occidental. Estos muros de retención han caído y la gente de esa Europa emigró para participar en el modo de vida de esa otra Europa. Polacos, checos, rumanos, húngaros, rusos

y eslavos en general están golpeando los muros que se levantan para no dejar entrar. Pero hay más: dentro de la misma Europa Occidental rebrotan los nacionalismos, los regionalismos, racismos y fundamentalismos que están azotando a la Europa del Este y a la antigua Unión Soviética. La diversidad y la discriminación interna se acentúan en España, Inglaterra, Francia y Bélgica. Enfrentamiento a partir de la diversidad cultural, histórica, étnica y religiosa. En Sassari, Cerdeña, provincia de Italia, se pueden leer pintas como el “Fuera italianos porque Cerdeña es sarda”. Y en Milán se ataca a visitantes jóvenes del sur de Italia.

¿Qué ha sucedido? En 1989, Bicentenario de la Revolución Francesa, Europa Occidental se preparó a hacer realidad el proyecto iniciado en 1979 para su integración, hecho que, sin decirlo, apuntaba a aflojar y romper los lazos que los Estados Unidos le venían imponiendo como pago por el costo que implicaba su defensa frente a la Unión Soviética. Se trata de formar una gran comunidad de los países de la Europa Occidental cuya meta será crear un gran mercado sin fronteras. Para el logro de esta meta caerá como regalo del cielo el proceso iniciado en la Unión Soviética hacia un extraordinario cambio, alentado por su nuevo líder, Mijail Gorbachov. Cambio que hará innecesaria la presencia hegemónica en Europa de los Estados Unidos en relación con la guerra fría. Gorbachov ha decidido salirse de una guerra cuyo costo impedía el desarrollo de su pueblo. Habla de un socialismo de rostro humano y dentro de éste preparar al pueblo mismo para que se haga cargo de su propia conducción, se democratice. Democratizándose, este pueblo podrá también participar en ese gran mercado sin fronteras del que se habla en Europa.

Los pueblos de la Europa del Este bajo hegemonía soviética son los primeros en reclamar este cambio. Salen a las calles exigiendo se respeten sus libertades como individuos y su autonomía como pueblos. Consecuente con su política, el gobierno soviético no envía, en esta ocasión, tropas y tanques que repriman las demandas. Así caerán los muros que separaban a una Europa de la otra. Era el principio del fin de la guerra fría y con ella de las ocupaciones que sobre Europa imponían en el Este la Unión Soviética y en el Oeste

los Estados Unidos. Soviéticos y estadounidenses deberán regresar sus tropas a sus cuarteles.

Esto beneficia el proyecto de integración europea, aunque no se contempla la posibilidad de inclusión de la otra Europa. Lo que era simple retórica se transforma en realidad. Pero lo central, lo importante, será el término de la guerra fría, que implica no sólo el fin de la doble hegemonía y ocupación de Europa. La Europa Occidental podrá ya hacer realidad la integración buscada diez años antes. Aunque también será una buena oportunidad para todo el Mundo Occidental, incluyendo los Estados Unidos, de poner fin al peligro que implicaba para éste la existencia de un poder paralelo, la Unión Soviética.

Para hacer realidad el proyecto de un socialismo de rostro humano y su participación en la economía de un mercado sin fronteras, la Unión Soviética necesitará del apoyo financiero de esa vieja Europa y de los Estados Unidos. No sólo podría formarse una gran comunidad europea, sino también occidental y mundial, al poder conciliarse los intereses de las potencias ayer enemigas. Pero éste no es el proyecto de la Europa Occidental ni de los Estados Unidos. La Unión Soviética, que ha puesto fin a su hegemonía sobre la Europa del Este, deberá también aceptar las demandas que dentro de sus propias fronteras hacen pueblos como los bálticos que también quieren ser independientes como la Europa del Este. La aceptación de la independencia de los países bálticos será el punto de partida de la desintegración de la misma Unión Soviética. Cada una de sus naciones reclamará una independencia semejante. Este es el fin de uno de los grandes contrincantes de la guerra fría.

¿Es éste el triunfo total del Mundo Occidental? ¿El triunfo de la Europa Occidental que ahora ha de integrarse? ¿Triunfo del sistema capitalista, de la economía de mercado, del liberalismo? Estados Unidos es el primero en hacer suyo este triunfo, y con él su derecho a la hegemonía mundial total, lo cual implica que no regresarán sus tropas en Europa a sus cuarteles en América. El filósofo estadounidense Francis Fukuyama habla del *Fin de la historia* como expresión del triunfo absoluto del sistema liberal, bajo la conducción estadounidense. Estados Unidos, al terminar

este año crucial de 1989, hace patente esta hegemonía apoyada en su poderío militar, bombardeando y ocupando Panamá. Terminó el peligro comunista, pero hay otros peligros que amenazan al mundo libre, frente a los cuales se hace necesaria la presencia armada de Estados Unidos. En 1991, el Presidente Bush inicia la guerra contra Irak con la obligada participación de la Europa Occidental. El presidente estadounidense reclama para Estados Unidos la conducción moral y material del mundo libre. La oportunidad que para Europa Occidental significaba la retirada y luego disolución de la hegemonía soviética parece convertirse en humo. Estados Unidos no está dispuesto a hacer que la Unión Soviética no renuncie a una hegemonía que ahora amplía al resto de Europa y de la tierra. Ya no será fácil una Comunidad Europea sin la presencia hegemónica estadounidense.

Caen las murallas que partían a Europa; se desmorona el imperio soviético. Dentro de este horizonte Alemania Occidental compra la otra Alemania y la integración hecha está. Estimula en Yugoslavia el nacionalismo que se ha desatado en la que fuera Unión Soviética. Se trata de poner bajo su hegemonía una región que había estado bajo el imperio austro-húngaro, esto es, alemán. Empieza así la guerra civil en Yugoslavia, ya no por diferencias raciales sino históricas. Los países balcánicos, en el pasado, habían quedado bajo dominio austriaco en el occidente y bajo dominio turco en el oriente. Así eslovenios, bosnios, croatas, se enfrentarán a los serbios empezando una brutal guerra que parece no tener fin. Nada siente haber ganado Alemania con su pretensión de extender su hegemonía a este territorio como tampoco la Europa Occidental. El problema es ahora cómo poner fin a una guerra que amenaza con extenderse a la Europa Occidental. Los Estados Unidos pueden, pues tienen la capacidad militar para ello. Pero los Estados Unidos no están dispuestos a entrar en una guerra que consideran es de incumbencia europea y ajena a sus intereses.

Desaparece el peligro comunista; cayeron los muros que separaban a una Europa de la otra. Pero lo que era simple retórica para la Europa Occidental al hacerse realidad se va convirtiendo en pesadilla. Ya sin los muros de retención, millares y millares de

personas de la otra Europa y la que fuera la Unión Soviética atraviesan las que fueran fronteras de la otra Europa. Esta gente quiere lo que esta Europa ha alcanzado y ha enarbolado como propaganda para enfrentar el comunismo. Pero esa gente sólo lleva su miseria y con ella los males que sin control se han desatado en la Europa del Este y en la que fuera Unión Soviética. Toda esta dificultad, los proyectó aun más para la integración eurooccidental.

¿Quién puede ahora mantener el orden frente al desorden que amenaza a la Europa y al mismo Mundo Occidental? Sólo los Estados Unidos, cuyos conductores reclaman este privilegio. Los Estados Unidos son la única gran potencia armada, no sólo de Occidente, sino de toda la tierra. Del poder de sus armas han dado ya muestra en Panamá y en Irak. Sin embargo, mantener esta hegemonía es algo caro, muy caro. Así, si Europa quiere protección, tendrá que pagarla. En la guerra del Golfo Pérsico, los Estados Unidos actuaron en nombre del Mundo Libre y Occidental. Pero también exigieron la colaboración de Europa y de Japón. Los Estados Unidos ¿venden protección como los mercenarios del Renacimiento del siglo XVI, como los gangsters del siglo XX? Eso se preguntan varios europeos. Lo cierto es que el poder ser la potencia mejor armada de la tierra resulta caro y todos tendrán que colaborar en su costo si se quiere su protección. ¿Pero realmente Europa necesita ahora esta protección? Los sucesos de Yugoslavia hacen pensar que sí; pero los Estados Unidos no parecen estar muy dispuestos a mantener este papel de protectores en algo que corresponde en sentido destructor a los europeos que se están beneficiando con la desintegración de la Unión Soviética y han provocado el desmoronamiento de Yugoslavia.

Pero hay algo más que limita a los Estados Unidos. En el supuesto mundo liberal, triunfante, la economía de mercado, de gran Mercado sin fronteras que quiere la Europa Occidental -- mercado que su filósofo Francis Fukuyama ha presentado como un triunfo de Estados Unidos, líder de ese Mundo— Estados Unidos ha sido rebasado por otras naciones de ese mismo Mundo Libre, centralmente por los dos grandes perdedores de la Segunda Guerra, Alemania y Japón. Naciones que no han tenido que fabricar armas de guerra, como Estados Unidos y la Unión Soviética. Prohibición

que les ha permitido desarrollar una extraordinaria tecnología de paz, doméstica, de aquello que el hombre puede consumir para su mayor confort. Empeñados por la guerra fría Estados Unidos y la Unión Soviética en fabricar armas cada vez más sofisticadas, para amedrentarse entre sí, al terminar la guerra fría estas armas resultan anacrónicas y con ellas la capacitación para una economía de guerra desde una economía de paz.

La Unión Soviética se ha disgregado. Los Estados Unidos entran también en crisis dentro de una economía de mercado, que depende de la capacidad de los comerciantes para fabricar los objetos de esa economía. En este sentido ya no se habla, después de la caída del socialismo, de un mundo unipolar. En el campo económico está pujante Europa y se ha afirmado Asia bajo Japón. Estados Unidos mantiene su poder armado pero ahora inútil en una economía que lo está desplazando del Atlántico y del Pacífico. Para compensar sus posibilidades Estados Unidos deberá integrar un gran mercado en el Continente Americano que incluya a Estados Unidos, Canadá y la América Latina a partir de México.

La obligada competencia de una Economía de libre mercado, de un supuesto mercado sin fronteras irá prolongando las relaciones de Europa con los Estados Unidos, el Gatt plantea problemas que lo agudizan. Pero también se van provocando graves diferencias y distanciamientos dentro de la misma proyectada integración europea. Inglaterra con Margaret Thatcher plantea un problema de identidad. La integración económica de su nación o la Comunidad Europea. Esto afectaría la identidad de La Gran Bretaña. Dinamarca dice No a esta integración porque también afecta su identidad e intereses. El Tratado de Maastricht entra en crisis en este 1992, en que se suponía se realizaría la plena integración europea. Francia se enfrenta a Estados Unidos por el Gatt, pero también a la Comunidad Europea por haber cedido en un arreglo que afecta a Francia en el campo agrícola con los Estados Unidos. Muchos de los proyectos de integración de Europa se van así aplazando.

En 1989, parteaguas de la historia universal, la Unión Soviética decidió por voluntad de su conductor, Mijail Gorbachov, salir de la Guerra Fría y no ser más el mal en la cosmogonía creada por el

Mundo Occidental que se ve a sí mismo como el Bien por excelencia. Ese día el Bien, ya sin enemigo que lo justifique, parece que se va a desintegrar como se desintegró el supuesto Mal. Se añora así al enemigo; las murallas que éste había creado. Sin él la estabilidad y el progreso de Europa han entrado en crisis, pero también en Estados Unidos. “La era de estabilidad más larga de Europa de este siglo concluyó hace tres años —dice Craig Whitney del New York Times— cuando cayó el Muro de Berlín y comenzó el derrumbe del comunismo en el resto de la Europa Occidental. Hasta entonces, los europeos fuertemente protegidos de la amenaza de la agresión soviética por el sistema de seguridad estadounidense, construyeron una comunidad de Estados ricos y prósperos”. “La paz —se dijo en la catedral de San Pablo en Londres— no es el orden natural de las cosas. Es un acto de voluntad política.”

¡Voluntad política contraria al orden natural! Esto es, capacidad para convivir, voluntad para respetar y hacerse respetar. Solidaridad y no hegemonía. El Estado Universal del que habló Hegel y repite el estadounidense Francis Fukuyama no surge del triunfo de los más fuertes sobre los más débiles en una competencia propia del mundo natural. Es la capacidad para reconocer en el otro al semejante, no por lo que tenga de igual como si fuera una copia, sino por lo que tiene de diferente, de distinto, de persona. Esto es, precisamente, lo que ha fallado en la oportunidad que la historia ofreció en ese año de 1989.

El Mal ya no lo encarna una potencia. El Mal está ahora diseminado en las múltiples divisiones que se plantean en diversas identidades, diversas expresiones de lo humano, que los unos a los otros se niegan a reconocer, atomizando la posibilidad de ese auténtico Estado Universal, formado en la convivencia racional humana. No en las formas diversas de dominio, de dependencia o hegemonía impuesta. La gente de la Europa del Este y de la que fuera la Unión Soviética se siente frustrada frente a la discolpa Europa Occidental que los rechaza porque ponen en peligro sus logrados privilegios. En uno y otro lado surgen diversas formas de protesta frente a las que se quiere alzar en relación con lo que no se quiere perder. Los nacionalismos, la xenofobia, los racismos y

fundamentalismos se expanden en anarquías, reclamo de identidades que exigen su reconocimiento. Los muros que separaban a una Europa de la otra han caído pero se están levantando muros que no son de piedra, sino de prejuicios e intolerancia en la que cada uno ve al otro como extraño.

Y en este 1992, quinientos años después del descubrimiento de América y de la masiva emigración europea mantenida a lo largo del tiempo sobre América y otras regiones de la tierra, otra gente que viene de la misma Europa a la que se suma la gente traída por esta Europa para hacer el trabajo sucio que el europeo no quiere hacer, invadió Europa. Gente del Tercer Mundo que resultaba tan extraña a Europa como las de la otra Europa. Gente a la que se quiere parar, detener, expulsar porque ahora afecta la identidad, la cultura e intereses de Europa. Renacen así formas de brutal discriminación y genocidio como las que dieron origen a la Segunda Guerra Mundial y que se expanden tanto en las regiones hasta ayer bajo hegemonía occidental como oriental, como respuesta a gente que hasta ayer sufrió el impacto europeo y occidental. En América, Estados Unidos ve como fruto de sus entrañas un mundo de gentes que reclama el respeto a su identidad, como se presentan en Europa. Gente también originaria de otras regiones de la tierra con la cual hay que convivir. Allí está la violencia en Los Angeles, California en este 1992. Como brotes también violentos, como respuesta de gente que quiere ser tomada en cuenta. Europa está ahora obligada a convivir con gente de la otra Europa —dentro de sí, como ésta ha convivido por la fuerza con la gente que vive en Europa desde 1492.

La inteligencia europea se está mostrando altamente sensible a este hecho y lo enfrenta con valentía. Pone ya en entredicho la universalidad de su cultura y la pretensión de ser expresión del hombre por excelencia. Así los problemas de identidad, que parecían ser propios de pueblos marginales, se plantean ahora a los europeos. ¿Qué soy? ¿Qué somos? ¿Si no somos la expresión del hombre y la cultura por excelencia, qué somos entonces los europeos? Saben ya, lo están afirmando, que sólo son una expresión concreta de lo humano y su cultura, en este sentido se igualan con

el resto de los hombres. Por ello la filosofía ha dejado de ser una abstracción sobre abstracciones, no un puro preguntar sobre métodos y sistemas. Filosofía es preguntar ¿de dónde viene Europa? ¿a dónde va Europa? Así se preguntan en una importante reunión de filósofos celebrada en Estrasburgo sobre la identidad del continente. En Madrid, se reunieron también diversos filósofos europeos y se plantearon también problemas de identidad, de la misma en relación con la de los hombres de pueblos de otras regiones de la tierra. En Barcelona, Edgar Morín y Karl Otto Apel proponen que la unidad europea potencie las diferencias. “Europa debe ser provincia planetaria abierta a todas las culturas”, dice Edgar Morín de Francia. Apel critica la universalización de los valores de la cultura europea como forma de justificar la dominación europea sobre otras regiones de la tierra. En la UNESCO se discute sobre si la Cultura Europea es la cultura por excelencia. Allí participan filósofos europeos, africanos, asiáticos y latinoamericanos.

Dentro de este horizonte en Europa, también se atiende a las experiencias latinoamericanas en este campo. América es donde diversidad de razas y culturas que se dieron extraordinario encuentro a un filosofar o pensamiento ajeno a una Europa segura de la universalidad de su humanidad y cultura. Ahora pregunta ¿cómo han podido convivir razas y culturas tan diferentes como las que se encuentran en América? Problema que está enfrentando Europa, por lo que es importante la experiencia latinoamericana. Una experiencia que se expande a la otra América, la sajona, también tan segura de su universalidad como los europeos. Una América que tiene ya dentro de sí la misma y extraordinaria diversidad de razas y culturas de la América Latina. Por ello se habla de la latinoamericanización de Estados Unidos. Las últimas elecciones han dado fe de la fuerza de esta latinoamericanización. Gente marginada por la diversidad de su raza y cultura ha hecho valer su voto contra la política discriminatoria existente y apoyado una política de signo contrario. La reciente votación en los Estados Unidos puede ser tan importante como lo fue la caída del Muro de Berlín, porque pueden caer los muros de intransigencia que hacían pensar a esta gente discriminada de la imposibilidad e invalidez de su voto. No saben

qué hará el presidente electo Bill Clinton. Lo importante, ahora, sigue siendo el aplastante triunfo por el cambio que ha de producir en Estados Unidos.

Experiencia importante para Europa. Allí están como experiencias la obra y pensamiento de un Simón Bolívar. Las obras de pensadores y filósofos latinoamericanos, entre ellas algunos como José Martí y José Vasconcelos. Este último está siendo traducido al italiano, al francés y también al polaco. *La Raza Cósmica* de José Vasconcelos marca el inicio de esta publicación. En torno a ésta se discutió ampliamente en Sassari, Italia. Se habló de “Raza Cósmica” como punto de partida respecto al respeto que han de guardar entre sí las diversas identidades en que se expresa el hombre en su concesión.

2. *Vasconcelos y la utopía de la Raza Cósmica*

“En la América española ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color con rasgos particulares, la que esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal.” Con estas palabras José Vasconcelos resume y proyecta una de las más extraordinarias utopías que ha dado la humanidad: la de una raza que no es raza, sino expresión de una actitud de respeto y asunción de las diversas razas y culturas que forman la humanidad. Raza síntesis, raza integral que rebasa las diferencias que han azotado y dividido a la humanidad. Raza de razas, pero también cultura de culturas que dan sentido de la misma como preámbulo al ideal de otro gran latinoamericano, Simón Bolívar, la Nación de naciones. Una Nación de naciones “que abarque al universo entero”, diría Bolívar, a partir de la experiencia de un continente en el que múltiples razas y culturas se han encontrado e integrado.

“Es una idea grandiosa —escribe Bolívar— pretender formar

de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse”.¹ Las diversas razas que se han dado encuentro en América, integradas por la cultura que permite reconocer lo universal en la más extraordinaria diversidad. Será a partir del reconocimiento de esta ineludible unidad que se podrá integrar toda la América, lo mismo la que se llama a sí misma latina, como la llamada sajona; regiones diversas por su origen racial pero no tan diversas que no sean, cada una de ellas, expresión concreta de lo humano. Diversas, pero no tanto que sus hombres puedan ser considerados más o menos hombres que otros. La conciencia de esta raza de razas y cultura de culturas hará posible la Nación de naciones, de pueblos ligados entre sí, ya no por dominios, por dependencia, sino por la obligada solidaridad que han de mantener entre iguales.

Vasconcelos lleva a sus últimas consecuencias la utopía bolivariana. Utopía de extraordinaria importancia en este fin de siglo y de milenio en que se intentan globalizaciones que, a partir de regiones, puedan abarcar al mundo entero. Pero también, como contraste, demandas de reconocimiento de identidades raciales, culturales, idiomáticas, religiosas, que amenazan atomizar la que debería ser integrada humanidad. Lo que en América se planteó en el pasado buscando la integración solidaria de sus diversas y también encontradas expresiones humanas, se perfila ahora en el Viejo Mundo, y como totalidad en el llamado Mundo Occidental, como problema a enfrentar a partir de la brutal presencia de una humanidad en sus diversas expresiones reclamando atención y reconocimiento. Demandas de reconocimiento de identidades raciales, religiosas y culturales que al no ser reconocidas se expresan con brutal encono.

Sin embargo, fue en el Viejo Mundo, en Europa, que tuvo su origen el espíritu, la actitud que permitió y aún puede permitir el reco-

¹ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, Kingston, 6 de setiembre de 1815.

nocimiento de lo universal sin anulación de la ineludible diversidad de lo humano de la que debe ser concreta expresión. Latino se llamó a este espíritu, latinidad a la actitud que se originó en la América bajo dependencia colonial. El espíritu que permitió a Roma mantener al más grande imperio de la antigüedad sobre las diversas zonas de la tierra entonces conocida. Las diversas zonas bañadas por el Mediterráneo, que servía de puente a la extraordinaria diversidad del imperio. Al norte están los pueblos que formarán Europa, pueblos a los que Roma, como expresión de ese espíritu, dará hueso, común raíz y unidad. De esta Roma y su espíritu ya habla Bolívar al escribir: “Al desprenderse la América de la Monarquía Española, se ha encontrado semejante al Imperio Romano, cuando aquella enorme masa cayó dispersa en medio del antiguo mundo. Cada desmembración formó entonces una nación independiente conforme a su situación o sus intereses; pero con la diferencia de que aquellos miembros volvían a restablecer sus primeras asociaciones”. Los diversos pueblos sometidos por Roma mantuvieron sus propias identidades pero sin destruir el espíritu que las había integrado. En lugar de Roma surgieron los pueblos con los que se formaron las diversas naciones europeas sin olvido de sus raíces comunes, que el espíritu latino impuso a las múltiples expresiones de su cultura, centralmente sus lenguas, cuya unidad la daba la lengua latina, asunción, a su vez, de la lengua de la antigua Grecia.

¿Qué pasó con esta región de América, una vez concluido el coloniaje ibero? ¿Recuperaron los pueblos sus orígenes sin olvido de su integración? “Nosotros —escribe Bolívar— ni aun conservamos los vestigios de lo que fue otro tiempo; no somos europeos, no somos indios, sino una especial media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así, nuestro caso es el más extraordinario y complicado”. En otro lugar agrega: “Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, más bien es un compuesto de África y de América que una emanación

de la Europa, pues hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano y éste con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente de la epidermis; esta semejanza trae un reto de la mayor trascendencia.”² España, al decir de Bolívar, no fue capaz de incautarse los antiguos orígenes de los pueblos al desvanecerse como imperio, tampoco mantuvo la unidad colonial que a lo largo de tres siglos se impuso sobre esta región de América. Desaparecido el coloniaje, se hizo patente la *orfandad* de que habla patéticamente Bolívar. ¿Qué es entonces lo que puede permitir recuperar los vestigios de identidad de los pueblos que al encontrarse forman esta región de América? ¿Qué podrá sustituir, en la libertad, la integración que España impuso en la dependencia?

3. *De la Romania a la latinidad*

Sentimiento de orfandad que parece sufrir ahora el Viejo Mundo, Europa, al entrar en crisis ideológicas y otras formas de subordinación, de dependencia, que se han aniquilado o se están aniquilando: por un lado, el socialismo real, por el otro, el capitalismo no menos real. Ideologías que dieron sentido o formas de convivencia que ambos sistemas impusieron para mantener su integridad, enfrentadas en la guerra fría que al terminar ha originado una situación que se asemeja a la que siguió al fin del Imperio ibero sobre América. Por cerca de un siglo América, en el pasado siglo XIX, trató de rehacer la identidad y la unidad perdidas calcando modelos de identidad ajenos a ella, como lo fueron los de la Europa Occidental y los Estados Unidos. ¡Ser como Francia o Inglaterra!, o ¡ser como Estados Unidos!, para de esta forma abandonar lo que ya no se quería seguir siendo: expresión del pasado. Pero vanos serían los

² Simón Bolívar, *Oración Inaugural, Congreso de Angostura*, 15 de febrero de 1819.

esfuerzos de los hombres y pueblos de esta región por ser otros de los que eran: para terminar aceptando, como lo hizo ya el Libertador Simón Bolívar, al decir: “Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil”.³

Quienes siguieron a Bolívar en su afán por integrarse, por dar hueso, textura a ese peculiar y múltiple género humano, los Bilbao, Martí, Rodó y Vasconcelos, encontrarán en la latinidad el espíritu que habría de orientar ese empeño. No la latinidad preconizada por Napoleón III de Francia, sino la latinidad que ya se hace expresa en Simón Bolívar. De esto nos habló el uruguayo Arturo Ardao en su reciente estudio *Romania y América Latina*, de la romanidad. Pasado común a Europa y a esta región de América, al cual se une la experiencia ibera de su obligado mestizaje con el Africa árabe, dando origen a una expresión de humanidad abierta a todas las expresiones de los hombres, más allá de la arrogancia, la codicia y la crueldad de la conquista y la colonización. “Romania — escribe Ardao — no fue un nombre surgido para designar al Imperio Romano como entidad política existente como tal desde el siglo I a.C., sino la comunidad de civilización constituida por él. Fue sólo hacia el siglo II que esa comunidad alcanzó su plenitud, precisamente en virtud de su llegada a varios topes del mundo bárbaro, con sus consiguientes resistencias, a la vez que reacciones y avances.” Más que el imperio material, el imperio de una idea de convivencia que había permitido a Roma establecerse a lo largo de varios siglos en zonas diversas del mundo entonces conocido. Cita las palabras de Agustín de Hipona: “¿Quién podrá conocer quiénes son las gentes que constituyen el Imperio Romano, del momento que todas se han vuelto romanas y todas se llaman romanas?”. Cita también al filósofo e historiador francés Gaston Paris, quien dice que en los inicios del Imperio, las diversas provincias guardaban su ancestral nombre; pero después “la vecindad amenazante de los Bárbaros, que presionaban al Imperio desde varios lados, volvió pronto más general el

³ Simón Bolívar, *Carta*.

término *Romano* para designar a los habitantes del Imperio por oposición a los pueblos extranjeros que lo rodeaban y que ya comenzaban a franquear sus fronteras. Los escritores de los siglos IV y V hablan con orgullo de esta nueva nacionalidad romana y de esta fusión de las razas en una nueva patria”. Este espíritu se hará patente en las diversas lenguas europeas a las que dio unidad el latín y en expresiones religiosas como el Panteón Romano en el que los dioses de los pueblos de la tierra conocida podrían allí contar con su propio y peculiar culto sin menoscabo de los otros dioses.

Alejandro de Humboldt escribe en 1825: “Hoy la parte continental del Nuevo Mundo se encuentra como repartida entre tres pueblos de origen europeo: uno, y más poderoso, es de raza germánica; los otros dos pertenecen por su lengua, su literatura y sus costumbres a la Europa Latina”.⁴ Es en esta América en la que se han encontrado múltiples razas y culturas llegadas de diversas partes de la tierra: las razas autóctonas de este mismo continente, las europeas llegadas del Este, las africanas, traídas por los europeos para hacer el trabajo sucio y pesado, y las que se irán agregando, las de Asia. En la otra América, la del Norte, las razas germánicas y sajonas, las del Sacro Imperio Romano, lejos de recoger la herencia latina del Imperio en el Mediterráneo, buscan imponer su peculiar identidad a la identidad de los pueblos bajo su hegemonía. La Europa germánica y sajona, discriminadora de razas y culturas, imponiendo la propia tanto en Europa como en el Nuevo Continente Americano. El conflicto entre estas dos actitudes se va a plantear en América, como antes se planteó en Europa. De ello habló el colombiano José María Torres Caicedo al decir: “La raza de la América Latina al frente tiene a la sajona raza.”⁵

4. *Las dos Américas*

¿Cuál ha sido la función de la Europa Occidental que se prolonga en América como la otra América? ¿Cuáles y ha sido el papel de

⁴ Arturo Ardao, *Romania y América Latina*, Biblioteca Marcha, Montevideo, 1991.

⁵ José Torres Caicedo, *Las dos Américas*, Bogotá, 1857.

los pueblos de una raza que hace gala de pureza, opuesta a todo mestizaje que es visto como degradación? ¿Cuál ha sido y es la función del hombre blanco por excelencia? José Vasconcelos escribe: el blanco “después de organizarse en Europa, se ha convertido en invasor del Mundo, y se ha creído llamado a predominar”. “Es claro que el predominio del blanco será siempre temporal, pero su misión es diferente de la de sus predecesores; su misión es servir de puente. El blanco ha puesto al mundo en situación de que todos los tipos y todas las culturas puedan fundirse. La civilización conquistada por los blancos, organizada por nuestra época, ha puesto las bases materiales y morales para la unión de todos los hombres en una quinta raza universal, fruto de las anteriores y superación de todo pasado”.⁶ Hegel hablaba de los héroes propios de esta civilización llamados conquistadores, ya que es por la conquista que han de integrar lo conquistado por la espada. Por ello, Bolívar, se niega a ser llamado conquistador. De esta América conquistada e integrada por la espada, no pueden ya surgir conquistadores, sino libertadores que hagan también por la espada, lo contrario a lo que los conquistadores hacían con la misma. Así, frente a la integración impuesta por la conquista, surge el dominio de la raza, la integración en la libertad y por la libertad.

De Europa para América saldrán las razas de pueblos, de pueblos y actitudes en distinta relación con el mundo que va a quedar bajo su respectiva hegemonía. “Desde los primeros tiempos —dice Vasconcelos—, desde el descubrimiento y la conquista, fueron castellanos y británicos, o latinos y sajones, los que consumaron la tarea de iniciar un nuevo periodo de la Historia, conquistando y poblando el hemisferio nuevo.” Con arrogancia y empuje se impondrán en diversas regiones del Nuevo Continente. España y Portugal, en un lugar, Inglaterra y los países de la Europa Occidental en otro. Pronto se desatará la vieja disputa iniciada en el Viejo Mundo entre el Imperio de España de Felipe II y el de Inglaterra de Isabel I. “Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser —dice Vasconcelos— sigue siendo, nuestra época; pugna de insti-

⁶ José Vasconcelos, *La raza cósmica*, México, 1925.

tuciones, de propósitos y de ideales. Crisis, crisis de una lucha secular que se inicia con el desastre de la Armada Invencible y se agrava con la derrota de Trafalgar. El conflicto se desplaza y se traslada al continente nuevo, donde tuvo todavía episodios fatales. Las derrotas de Santiago de Cuba y de Cavite y Manila son ecos distantes, pero lógicos de las catástrofes de la Invencible y Trafalgar. Y el conflicto está ahora planteado totalmente en el Nuevo Mundo.”

Los pueblos germanos y sajones, herederos del Imperio Romano pero sin el espíritu latino, se prolongarán desde Europa y las Islas Británicas hacia el Nuevo Mundo, animados por su peculiar y excluyente espíritu. En Europa misma, se excluye a los pueblos de razas y culturas consideradas impuras por su mestizaje como lo eran las iberas y las eslavas. Impuras debido a su mestizaje con pueblos ante los cuales sirvieron de valladares; frente a africanos y asiáticos. Desplazados de Europa por la resistencia germánica tanto la Europa ibera como la eslava marcharán en sentido opuesto sobre el resto del mundo. Iberia hacia el occidente, más allá de los mares Atlánticos, para imponerse en América; la otra, la Europa eslava marchando hacia el Este sobre Asia hasta el Pacífico para encontrarse las dos en América.

En América continúa la vieja pugna. Ahora desde la América Sajona que eliminando del Continente la expansión eslava se expande sobre la América ibera y latina. Así, los pioneros sajones que avanzaron sobre las llanuras del *Far West* americano animados por el espíritu puritano de los peregrinos del *Mayflower*, se expandirán hacia el oeste y sobre el sur del nuevo continente, disputando la hegemonía ibera en el mismo. Asentados en su triunfo, saldrán de aquí para volverse sobre el mismo continente del que eran originarios: Europa. Empeñados ahora en ocupar el vacío de poder del coloniaje europeo en el mundo, incluyendo a la misma Europa. Pugna intercontinental, que se inicia con la guerra Hispano-Americana en 1898.⁷ Pugna que origina las reflexiones de José Vasconcelos y su utopía de la raza cósmica.

⁷ Cf. mi libro *Discurso desde la marginación y la barbarie*, traducción italiana, Bulzoni Editore, Roma, 1988.

5. *La utopía de la latinidad*

Así surgen y se enfrentan dos Américas, la América de Simón Bolívar para crear una Nación de naciones que ha de abarcar al continente entero. Y la América de los padres de la nación estadounidense, los Washington, Jefferson, Adams, Monroe y otros más, en actitud defensiva, excluyente de todo lo extraño a su peculiar identidad. “Bondadosamente apartados por la naturaleza y ancho océano, del exterminador caos de la cuarta parte del globo; de espíritu demasiado elevado para soportar la degradación de los demás”,⁸ dice Thomas Jefferson. Se consideran a sí mismos señores de una ínsula de libertad, democracia y prosperidad que ha de ser defendida de las amenazas del exterior. Bolívar habló también de un mundo apartado, distinto, de un pequeño género humano, pero no cerrado, sino abierto a todas las expresiones de lo humano. George Washington dice: “Contra las artes insidiosas de la influencia extraña debe estar constantemente alerta el celo de un pueblo libre, puesto que la historia y la experiencia demuestran que la influencia extraña es uno de los enemigos más funestos del gobierno republicano.”⁹ Partiendo de aquí, el presidente James Monroe lanza la doctrina que lleva su nombre resumida en el lema “América para los americanos”, pero no para todos los habitantes del Nuevo Continente, sino exclusivamente para los habitantes de la ínsula de libertad, democracia y prosperidad que se ha alzado al norte del Continente. En defensa de esta ínsula los estadounidenses empujan sus fronteras para no dejar entrar sobre el Caribe, al Pacífico y al resto de la América Latina y a partir de aquí sobre el mundo entero, incluyendo su matriz, Europa. Se enfrentan al colonialismo europeo, pero para imponer el propio en supuesta defensa y beneficio de sus intereses. Latinoamericanismo contra sajonismo. Bolívarismo, dice Vasconcelos, contra monroísmo.

En la pugna, sin embargo, el latinoamericanismo se irá imponiendo para posibilitar una etapa más de la historia de la Humanidad.

⁸ Thomas Jefferson, *Discurso en su primera toma de posesión*, 4 de marzo de 1801.

⁹ George Washington, *Discurso de despedida*, 17 de septiembre de 1796.

dad, la última de una raza de razas, una cultura de culturas y una nación de naciones. Otras razas y otras culturas, otros imperios han pasado ya a la historia. Ahora es el blanco el que predomina, pero su predominio está en relación con la función que le ha sido asignada en la historia, la de unir por la fuerza, por el coloniaje, lo que ha de terminar unido en la libertad por el espíritu abierto a todas las expresiones del hombre, el latinoamericanismo. “En la historia no hay retornos —dice Vasconcelos—, porque toda ella es transformación y novedad. Ninguna raza vuelve, cada una plantea su misión, la cumple y se va. Así fue con las anteriores razas que cumplida su misión desaparecieron y sus restos se sumaron a sus vencedores. Los días de los blancos puros, los vencedores de hoy están contados como lo estuvieron sus antecesores. Ellos mismos han puesto, sin saberlo, las bases de un periodo nuevo, el periodo de la fusión y la mezcla de todos los pueblos. El indio no tiene otra puerta hacia el porvenir que el camino ya desbrozado de la civilización latina.” El blanco tendrá que aceptar esta situación y sumarse al rico mundo del futuro. El inglés, el blanco, ha tratado de exterminar a las razas de color o mestizadas. Algo inútil, porque al hacerlo está estimulando la gigantesca fusión de la mismas y su cultura.

Los pueblos que se han encontrado en América están contribuyendo, aun sin saberlo y contra sus peculiares propósitos, a hacer de esta región, la cuna del nuevo mundo que ha de surgir a lo largo del continente. “El objeto del continente nuevo y antiguo es mucho más importante —agrega Vasconcelos. Su predestinación obedece al designio de constituir la cuna de una raza; la raza quinta en la que se fundirán todos los pueblos para reemplazar a las cuatro que aisladamente han venido forjando la historia. Los pueblos llamados latinos, por haber sido más fieles a su misión divina en América, son los llamados a consumarla. Y tal fidelidad al oculto designio es la garantía de nuestro triunfo.”

Dentro de lo latino caben, así, todas las expresiones concretas de lo humano, sin discriminación alguna: blancos, negros, rojos, amarillos y, por supuesto, mestizos. “Los llamados latinos, tal vez porque desde un principio no son propiamente tales latinos, sino un conglomerado de tipos y razas, persisten en no tomar muy en cuenta

el factor étnico para sus relaciones sexuales. Sean cuales fueren las opiniones que a este respecto se emitan, y aun la repugnancia que el prejuicio nos causa, lo cierto es que se ha producido y se sigue produciendo la mezcla de sangre. Y en esta fusión de estirpes es donde se deberá buscar el rasgo fundamental de la idiosincrasia latinoamericana.” Así fue porque los iberos que llegaron a América estaban ya latinizados bajo la dependencia de la antigua Roma; a esto se suma la larga dependencia de los mismos bajo otra raza y cultura como la que por ocho siglos le impuso en la Península el dominio musulmán africano.

Ahora bien, en el campo científico y técnico ¿cuál será el aporte de esta quinta raza al mundo, a la civilización universal? El blanco, dice Vasconcelos, domina el frío, a la raza latina le corresponde dominar el calor, el trópico. Otras razas, en ámbitos tropicales, como los egipcios, pudieron hacerlo, pero no lo hicieron. La quinta raza está inmersa en el trópico y su misión será aportar a la humanidad el dominio de los trópicos para mejor servir al hombre. “La conquista del trópico transforma todos los aspectos de la vida — dice Vasconcelos—; la arquitectura abandonará la ojiva, la bóveda y, en general, la techumbre que responde a la necesidad de buscar abrigo.” El paisaje pleno de colores y ritmos comunicará su riqueza en la emoción; la realidad será como la fantasía. Una civilización refinada e intensa responderá a los esplendores de una Naturaleza henchida de potencias, generosa de hábito, luciente de claridades.” Será centralmente el Brasil, con sus extraordinarias bellezas tropicales y su rico mundo el que habrá de aportar la nueva raza.

“La nueva raza comenzará a cumplir su destino en la medida que se inventen los nuevos medios de combatir el calor en lo que tiene de hostil para el hombre, pero dejándole todo su poderío benéfico para la producción de la vida. Supuesta, pues, la conquista del trópico por medio de los recursos científicos, resulta que vendrá un periodo en el cual la humanidad entera se establecerá en las regiones cálidas del planeta. La tierra de promisión estará entonces en la zona que hoy comprende el Brasil entero, más Colombia, Venezuela, Ecuador, parte del Perú, parte de Bolivia y la región superior de la Argentina. Con recursos de semejante zona, la más

rica del globo en tesoros de todo género, la raza síntesis podrá consolidar su cultura. El mundo futuro será de quien conquiste la región amazónica, cerca del río se levantará Universópolis.” Mundo y cultura que no serán excluyentes; a la misma se incorporará el hombre blanco, “la quinta raza no pretenderá excluir a los blancos, como no se propone excluir a ninguno de los demás pueblos. La quinta raza no excluye, acapara vida; por eso la exclusión del yanqui, como la exclusión de cualquier otro tipo humano, equivaldría a mutilación anticipada. No queremos excluir ni a las razas que pudieran ser consideradas como inferiores, muchos menos cuerdo sería apartar de nuestra empresa a una raza llena de empuje y de firmes virtudes sociales.”

“Lo cierto es que ninguna raza se basta a sí sola y que la Humanidad perdería, pierde, cada vez que una raza desaparece por medios violentos. Enhorabuena —dice Vasconcelos— que cada una se transforme según su arbitrio, pero dentro de su propia visión de belleza y sin romper el desarrollo armónico de los elementos humanos.” En América, fue la influencia humillante de conquistadores y colonizadores lo que hizo “creer en la inferioridad del mestizo, en la irredención del indio, en la condenación del negro, en la decadencia irreparable del oriental”. Pero no es así, todas estas razas integradas entre sí pueden originar el fabuloso mundo profetizado para esta América.

No nos consideramos tampoco un país elegido, y una raza especial, sino la conjugación de todas las razas posibles y por ello plena de posibilidades. Posibilidades que aporta cada raza en concreto, sumadas a las de las otras en una cadena de la que surgirá esa extraordinaria raza que las resume, las integre entre sí. Alegóricamente Vasconcelos había levantado en el edificio de la Secretaría de Educación, de la que fue titular, las diversas alegorías de las que había de derivarse esta raza síntesis. Cuatro “Grandes estatuas de piedra de las cuatro grandes razas contemporáneas —describe él mismo—: la blanca, la roja, la negra y la amarilla, para indicar que la América es el hogar de todas y de todas necesita. Finalmente, en el centro deberá erigirse un monumento que en alguna forma simbolice la ley de los tres

estados: el material, el intelectual y el estético. Todo parece indicar que mediante el ejercicio de la triple ley llegaremos en América, antes que en parte alguna del globo, a la creación de una raza hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica”.¹⁰

6. *Europa y la utopía vasconceliana*

Esta peculiar y generosa utopía, imaginada al terminar la primera cuarta parte del siglo XX, en 1925, resulta extraordinariamente importante ahora en una época en la que dolorosamente se va forjando esa raza síntesis. La raza que a partir del crisol americano ha de extenderse al planeta entero. Gestación dolorosa porque la resistencia a esta integración está originando reacciones de violencia no imaginadas, tanto en Europa como en Estados Unidos y en algunos lugares de Asia, con independencia de lo cotidiano en África, en donde una raza, la negra, ha sido sometida por otra raza, la blanca, originando respuestas violentas. En América, la integración racial origina situaciones que se están generalizando. La América Latina, a lo largo de casi dos siglos, ha vencido resistencias y se va alzando como un gran modelo a seguir por pueblos que aún se resisten a integrarse en otros pueblos.

Estados Unidos, la otra América, la Sajona, la excluyente, se va latinoamericanizando al haber llevado dentro de sus entrañas a gente diversa; la expansión de la poderosa nación va incorporando lo que quería apartar. Los muros y murallas para no dejar entrar, en la medida en que se ha extendido para defender esa peculiar ínsula de libertad, democracia y prosperidad, ha llevado dentro de sí a los mismos pueblos que, en vano, trató de discriminar. Las diversas formas de discriminación para impedir que etnias y culturas consideradas extrañas la contaminasen han fracasado, formando ahora parte de su identidad. Identidad diversa, múltiple, enfrentada entre sí, como antes se enfrentaron las etnias y culturas que formaron la América Latina. Formas diversas de discriminación que han ido

¹⁰ José Vasconcelos, *Opus cit.*

cayendo en Estados Unidos a lo largo de su historia. Las acciones para defenderse del exterior han fracasado internamente.

La gente que lleva dentro de sí, por inercia o para que hiciese el trabajo sucio que los *Wasp* se negaban a realizar, está ahora provocando situaciones que sólo el reconocimiento abierto, sin evasión de las mismas, viéndolas como parte propia e ineludible de la realidad estadounidense, acabará por poner fin a innecesarias violencias. La presencia, cada vez más activa, militante, de gente que es ya parte de la poderosa nación reclamando su reconocimiento como parte de la misma y ante la resistencia, está originando situaciones de violencia, en sus grandes urbes que alarman al resto del mundo que lleva ya dentro de sí el mismo e ineludible problema. Se trata de gente de origen diverso, de esa multitud de razas de las que habla Vasconcelos, que reclama su reconocimiento como parte de la Humanidad. Como parte concreta de la misma y, por lo mismo, diversa entre sí, como lo es todo individuo, toda persona, pero no tan diversa que deje por ello de ser humana; ni subhumana, ni superhumana, pura y simplemente humana.

En Europa, en la Europa Occidental, como en Estados Unidos, la presencia de otras razas y culturas traídas a sus entrañas para hacer el trabajo sucio en las que fueran sus colonias en el Tercer Mundo, se ha hecho extremadamente patente a partir de 1989, el año en que cayeron los muros y murallas que separaban a esta Europa de la Europa del Este. La Europa bajo la hegemonía soviética, opuesta a lo que estaba bajo la hegemonía estadounidense. La Europa del Este, vista como una región europea que había que rescatar del secuestro de que había sido objeto al terminar la Segunda Guerra Mundial. Caídos los muros la presencia de la gente de esa otra Europa, ya en contacto directo, está llevando al desconocimiento de la misma. Se le ve como una Europa distinta, racial, cultural e ideológicamente. Con hábitos y costumbres que aún se mantienen pese a haber terminado el secuestro. Centralmente vieja la Europa eslava mestizada con los pueblos asiáticos que con su resistencia al imperio se expandió sobre el resto de Europa.

La Europa del Este y, con ella, los pueblos que formaban la

Unión Soviética ahora enredados en grandes conflictos de identidad que recuerdan a los de los pueblos de la América Latina. Vivo ya el viejo conflicto de la antigua Rusia, entre eslavismo y europeísmo. Conflicto que se agranda en toda la región con lo que ha sido llamada la plaga del fin de siglo, la de los nacionalismos que dividen y subdividen a toda esa Europa incluyendo a la Unión Soviética. Conflictos de identidad racial, religiosa, ideológica, regional, que están mostrando su peligrosidad en la región como la que formaba Yugoslavia. Conflictos que amenazan extenderse a la Europa Occidental frente a viejos reclamos igualmente nacionalistas, de origen racial y cultural en esa misma Europa.

La presencia ya amenazante de la Europa del Este en la Europa Occidental está destacando sus extraordinarias diferencias, lo cual ha patentizado con fuerza inusitada la presencia de la otra gente que esta Europa trajo a sus entrañas para hacer el trabajo sucio que se negaba a hacer el europeo. Gente diversa, traída de Asia, Africa, la América Latina y el Medio Oriente que ya está haciendo reclamos semejantes a los que gente semejante está haciendo en Estados Unidos a la cada vez más reducida gente Wasp (blanca, anglosajona y protestante). Los sucesos en ciudades estadounidenses como Los Angeles y New York y otras preocupan aún más a la Europa Occidental asediada en sus fronteras e internamente. En Asia, un pueblo como el japonés que a lo largo de varios siglos se defendió de la presencia de gente que le era extraña, en la posguerra, después de su derrota, y dado su crecimiento económico, está viéndose obligado a traer e incorporar gente de otras razas y culturas para que también haga el trabajo sucio que el japonés se niega a seguir haciendo. Conflictos no sólo con gente ajena a ellos, también con gente de origen japonés que regresa y se encuentra en el mundo de sus antepasados como cualquier extraño.

El problema está en hacer que gente, incorporada de diversas formas a la entraña del Mundo Occidental, Estados Unidos y Europa, no se sienta fuera. Gente discriminada por su particular y por ello concreta identidad. Por ser simplemente distinta de la gente nativa de ese mundo. Como si ésta, a su vez, no fuese igualmente distinta de otros pueblos. Distinción, concreción, por lo que se

igualarán hombres y pueblos distintos entre sí. Esta supuesta plaga de fin de siglo es, precisamente, el resultado de negarse a reconocer en otros hombres y pueblos con su propia y concreta identidad, gente semejante a la de sus discriminadores. Resultado del fatal empeño por imponer a otros la propia y concreta identidad, haciendo de ella, piedra de toque, modelo ineludible de lo humano por excelencia y modelo de los frutos de esa misma humanidad.

Es dentro de este horizonte de fin de siglo y de milenio frente a un futuro que es, al mismo tiempo prometedor, lleno de esperanza, pero también amenazante, que la experiencia latinoamericana, en el sentido en que esto da a lo latino, puede servir a otros pueblos. La utopía vasconceliana de la Raza Cósmica como posibilidad de integración de lo diverso, sin negar esta ineludible diversidad, sino, por el contrario, afrontándola en una relación horizontal de solidaridad y no ya más de dependencia. En estos últimos tiempos en Europa se viene atendiendo a esta experiencia. Buscando dentro de sí como en Latinoamérica la que puede ser raíz unificadora de pueblos tan diversos como los europeos. Y este lazo de unión se está, también, buscando en el espíritu latino que en el lejano pasado integró la diversidad de pueblos, culturas y razas más allá del Imperio del que fue punto de partida el romano. Más allá de este extraordinario imperio las raíces quedan en la lengua, la cultura y la idiosincrasia que mantienen pese a toda Europa como la totalidad de ella. Se podría así hablar no sólo de la latinoamericanización de Estados Unidos, sino también de la latinización de Europa y del resto de los pueblos del orbe en nuestros días, ligado a ello por su expansión a partir de 1492.

Universidad de Sassari, Italia
Noviembre de 1992

ENCUBRIMIENTO Y AUTODESCUBRIMIENTO

CRISTÓBAL COLÓN, UNIVERSALIZADOR DE LA HISTORIA

Paolo Emilio Taviani, conocedor pleno del hombre Colón, del mundo y la historia en que se formó y de la historia a la que dio origen con su hazaña, en diversas y nutridas obras, nos habló de este extraordinario italiano de Génova. De los sueños que anticiparon a la hazaña colombina; del mundo en el que se forjaron tales sueños, y los propios sueños de Colón, adelantándose a su tiempo. ¿Quién fue este hombre? Taviani, cancelando dudas respecto a su origen, tratando de hacer de su gloria parte de la gloria de otras regiones, dice: “Cristóbal Colón es genovés.” “En Génova comienza a navegar. En Génova desarrolla, desde su niñez, aquel sentido del mar, que hará de él uno de los más grandes navegantes que hayan existido jamás. En Génova hereda por tradición de los hermanos Vivaldi, el instinto del reto a lo desconocido que hizo de él el más grande descubridor de todos los tiempos.”

Con el caudal histórico, cultural y científico de su tiempo, Cristóbal Colón, con su terca imaginación lo trasciende. Toscanelli, por un lado, Marco Polo por el otro, alientan su fantasía y se lanza a la búsqueda de “un no hay lugar”, de la utopía que, desde antes de Séneca, se venía esbozando. Motivado por tal fantasía y el severo saber de su propia ciencia, el 12 de octubre de 1492 este hombre tropieza con un mundo que aún no tenía lugar en esa su propia imaginación. Espera encontrarse con la milenaria y fantástica China, Cathay, la extraña isla de Cipango, que ha desafiado la furia de los Khanes, según relató Marco Polo. Se tropieza con un mundo extraño y por ello virgen. ¿Qué son estas gentes? ¿Bestezuelas? ¿Ángeles del perdido paraíso? Es gente desnuda y bella como debieron serlo Adán y Eva en el Paraíso. Pero también llena de miedos y al mismo tiempo dispuesta a entregarse ignorante de su propia identidad y riquezas. ¿Qué es esta gente? ¿Gente del Gran

Khan?, pero ¿Dónde están entonces los feroces tártaros o mongoles? ¿A esta gente debe entregar Colón la misiva de sus señores en España que han hecho posible la marcha hacia la realización de sus sueños? ¿En dónde está el señor de las islas descubiertas allí, no está el Gran Khan? ¿A quién entregar entonces la misiva de los Reyes Católicos que buscan las mercancías del Oriente por vías distintas a las seguidas por los Polo? Frente a la isla de Cuba, en su fantasía geográfica la ve como a Cipango. Surgen interrogantes: ¿Dónde están los feroces isleños que nada tienen que ver con los espantados isleños ante los ruidos del arcabuz? Colón hará otros viajes que sólo van aumentando su extrañeza, pero siempre seguro de estar en las Indias Orientales a las que sólo se podía llegar por los difíciles caminos terrestres de Marco Polo y su familia.

Colón había sido arrullado por otras muchas leyendas, incluyendo la historia de las Cruzadas. El mismo se sentía un cruzado, y como los cruzados esperaba llegar al Santo Sepulcro para liberarlo de la reconquista de Saladino. En el extremo oriente esperaba encontrar al master Juan, o Khan, que ya había ayudado a los cristianos en su lucha contra los paganos del Islam. Los Reyes Católicos, en la misiva que portaba Colón para el Gran Señor de esas Tierras le ofrecían no sólo mercancías, también ricas telas de seda y brocado, especias y otras muchas maravillas. Pero le ofrecían también la asistencia de sacerdotes cristianos para encaminar a un pueblo que no tenía un dios como los islámicos. Todo eso estaba bien, pero lo cierto es que el mundo con el que había tropezado Colón no era el mundo que esperaban encontrar ni él ni los europeos que le seguían. Sin proponérselo, Cristóbal Colón iniciaba la universalización de la historia. Nada tenían ya que ver las historias locales conocidas, como la historia que con su hazaña estaba originando.

Más que descubrir un Nuevo Mundo, lo que Colón estaba descubriendo era la naturaleza universal de lo humano. Lo humano en sus múltiples expresiones. Concretas y múltiples formas de identidad. Obligando al europeo, como nunca antes, a cotejar su propia y concreta humanidad con la humanidad de otros pueblos. ¿Esa gente tan distinta de la suya era humana? ¿Bestezuelas o ángeles

desterrados? De cualquier manera, gente distinta de la humanidad de los hombres que Colón comandaba. Colón empezó, pero después de él, todo europeo que siguiera sus huellas se preguntaba: ¿Hombres? ¿Subhombres? ¿Homúnculos? ¿Algo menos que hombres? No se aceptaba o no se quería aceptar que gente tan distinta pudiera ser uno de ellos. “Hagas lo que hagas, decía el Próspero de Shakespeare a Calibán, nunca serás uno de nosotros.” Tenían noticias de que los mongoles eran distintos, pero eran respetables porque sabían cómo hacerse respetar. Los musulmanes también eran distintos, aunque también respetables, así fueron las guerras entre moros y cristianos, entre musulmanes y cruzados. En cambio la gente con la que se tropezaba Colón era sencilla, buenos salvajes, tímida llegando a la cobardía con lo desconocido, el mismo Colón, hombre distinto y barbudo que llegaba de lejanos mares.

Sin proponérselo, Colón obligaría a los europeos a cotejarse con esos extraños entes con los que tropezaba. Quiérase que no, el europeo era obligado a romper su eurocentricidad para dar un lugar a esa gente con su extraño mundo. Tercamente, sin embargo, el europeo se negará a abandonar su visión eurocentrista. “Hagan lo que hagan nunca serán como nosotros, esa gente no es gente nuestra.” Se universalizaba la estrecha concepción del hombre que para ver en otros semejantes debería someterse a su propia y peculiar imagen. Angeles, demonios, hombrecillos, homúnculos, todo, menos propiamente hombres porque ello limitaría la propia concepción de lo humano. “Todos somos iguales por la razón o el ingenio”, diría poco después Descartes; pero distintos por nuestra peculiar identidad. Y era esta peculiaridad, como lo era el color de la carne, el tamaño del cráneo, el color de los ojos, así como la historia, la educación y religión recibida lo que los distingue. Nadie era igual a otro; la auténtica semejanza, la igualdad, sólo la establecía el hombre por excelencia que se había accidentalmente encontrado a esos otros hombres. Todos los hombres tienen la razón, pero se distinguen entre sí debido a sus accidentes, unos saben usarla bien, y otros no saben cómo usarla. Lo circunstancial marcaba así la universalidad de la conciencia. El hombre es un ente universal, pero distinto por accidentes de la historia que éste hace. La univer-

salidad se le da por su capacidad para dar sentido a la totalidad. Y esta capacidad está sólo al alcance del hombre por excelencia; blanco, occidental y cristiano. Los otros, al final de cuentas, serán vistos como parte de la flora y fauna por dominar o por desbrozar.

Colón ponía en marcha la universalidad de la historia, obligando a los filósofos de la historia a encontrar el sentido de la totalidad, pero se hará dentro de las limitaciones del ente que calificaba: del descubridor, del conquistador y del colonizador. Colón, precisamente da inicio a este doloroso camino porque por él ha de transitar la gente que para ser supuestamente humana ha de someterse por la cultura, religión o civilización considerada como de excelencia. Colón, buscando al gran Khan, con el que esperaba negociar, se encontró con gente que no tenía dueño y al parecer de fácil dominio.

“Esta gente —dice— es muy simple y sin armas.” Se hacen guerras unos a otros, “aunque son muy simples y muy lindos cuerpos de hombres”. Gente también limpia, tienen “muy barridas y limpias sus casas”. Son “gente, muy sin mal ni guerra, desnudos todos, hombres y mujeres, como sus madres los parió. Verdad es que las mujeres traen una cosa de algodón solamente, tan grande que les cobija su natural y no más. Y son ellas de muy buen acatamiento”. Gente cobarde, al primer disparo salen despavoridos. Traen el oro como adorno. El Almirante pregunta insistentemente por el origen de ese oro y también por el lugar donde se encuentra el gran señor que anda buscando. La lujuria y la codicia campean entre los descubridores de gente tan extraña pero inocente y hermosa. Para Colón, a veces le parecen bestezuelas, y otras ángeles. ¿Es tierra primitiva o el paraíso?

Sin embargo, esas tierras debían tener dueño, al menos así lo han expresado los viajeros que, como Marco Polo, han llegado hasta ellas. ¿Dónde está el Gran Khan? ¿Dónde está el señor o señores de esta buena gente? Nadie sabe, nadie se lo puede decir. Le hablan de otra gente extraña que a veces los ataca y toma prisioneros para después devorarlos, los caníbales. Canibal y Caribe se llamará la región, pero ¿no tendrá esto algo que ver con el Gran Khan? ¿Can, canibal? Piensa Colón que secuestran a los isleños para infundirles miedo y que obedezcan; y éstos piensan que los

secuestrados han sido devorados. Toda esa gente, escribe Colón, vive con miedo a los caníbales. Aunque “Caníbal no es otra cosa sino gente del Gran Khan que debe estar aquí muy vecino, tiene navíos y los captura y, como no vuelven, creen que se los ha comido”. Lo que sea, lo cierto es que han sido vanos los esfuerzos de Colón por encontrar a ese poderoso señor y entregarle la misiva.

Ante la ausencia del gran señor, ante el “vacío de poder”, como dirían los imperialistas de nuestro tiempo, lo importante será el llenar tal “vacío”. Tierras, gente, mujeres y oro, que esperan tener dueño si éste, como parece, no existe. No puede haber gente mejor ni más mansa, por lo que vuestras altezas, escribe Colón a sus reyes, “deben tomar gran alegría, porque podrán hacer de ellos buenos cristianos, les habrá enseñado buenas costumbres”. Es mucha gente y mucha tierra, “existe en tan gran cantidad que ni sé cómo describirlo aún hablando en superlativo”. Su dominio será fácil, son gente a la cual diez hombres pueden hacer huir a diez mil, “tan cobardes y medrosos son, que ni traen armas, salvo unas varas y al cabo de ellas un palillo agudo tostado”. Gente que además cree que “venimos del cielo por lo que darán fácilmente lo que se les pida, especiería y oro si lo tienen”. ¿No será éste un mejor negocio que el que se esperaba lograr si se encontrase al Gran Khan? A partir de esta consideración, Cristóbal Colón, en nombre de sus señores y de Cristo va tomando posesión de la tierra y la gente. Se empieza la universalización de la historia por la conquista. Colón cambia el proyecto mercantil por el proyecto de la conquista, de la colonización que originará mayor riqueza. La conquista, y con la conquista, la colonización a nivel mundial, son puestas en marcha. Hegel, en su momento, hará la apología de la universalización de la historia por esta acción, una historia en la que todos los pueblos de la tierra quedarán involucrados. Pero ¿cómo habría sido la historia de encontrarse Colón con el Gran Khan y con los aguerridos habitantes de Cipango? Porque nada tenía que ver esta gente con la que Colón se encontraba y parecía clamar por la dominación.

A España siguió su vecina Portugal y a éstas las nuevas naciones europeas al otro lado de los Pirineos y del Canal de la Mancha, Francia, Holanda e Inglaterra. Estas últimas se apoderan del norte

del nuevo continente y disputan a España el dominio de los mares. España se expande desde América por el Pacífico hacia las Filipinas, y Portugal a algunas costas del extremo de Asia. Francia, Holanda e Inglaterra se reparten Asia, Africa y Oceanía. En el Caribe, punto de partida de la conquista ecuménica, se darán cita aventureros de todas las regiones de Europa para disputar a España el dominio de los mares y los frutos de la riqueza extraída del nuevo continente. Así a los enclaves españoles en el Caribe se agregarán enclaves ingleses, franceses y holandeses. Corsarios, piratas y filibusteros llenarán de sangre y leyenda la región. Para suplir la débil fuerza de los aborígenes para el trabajo rudo, España y Portugal que se han dividido América, importan esclavos africanos. A la sangre y cultura indígenas e iberas se agregarán también la sangre y cultura africanas.

En el norte de América, en tierras pobladas por pueblos nómadas, la colonización española se amplió, pero sin la fortaleza con que se aposentó en las cabeceras de los imperios Azteca e Inca. Ingleses, franceses y holandeses se hicieron del norte de América y de Canadá, parte de lo que sería posteriormente Estados Unidos. La pugna por la hegemonía de Norteamérica, entre Inglaterra y Francia, se decidió en el Canadá en el siglo XVIII. Los habitantes de las primeras colonias inglesas en Norteamérica reclamarán de inmediato su independencia de la metrópoli británica. Los colonos habían sido parte importante en el triunfo de Inglaterra sobre Francia; ahora los colonos exigían su independencia, la cual se inicia un 4 de julio de 1776. Poco tiempo después de la Revolución anticolonial iniciada por los Estados Unidos se suma la Revolución en Francia iniciada el 14 de julio de 1789. Ambas revoluciones en América y Francia, reclamarán la libertad en la igualdad de los hombres y los derechos a que como tales se hacían acreedores. La revolución estadounidense reclamará además el derecho de autodeterminación de los pueblos. En la América meridional bajo dominio ibero se venían ya realizando movimientos de liberación en este mismo y doble sentido. Pero la revolución estadounidense de 1776 y la de Francia de 1789 darán mayor sentido e impulso a los movimientos iniciados en la América Ibero. La hazaña de la conquista iniciada

por Colón en 1492 encontraba su contrapartida en el siglo XVIII en Norteamérica y en el XIX en la América Española e Ibero. Daba inicio otra hazaña, la de la liberación que enfrentará brutalmente a los españoles del continente americano, con los españoles de la Península Ibérica. Se ponía en marcha otra forma de universalizar la historia, la liberación opuesta a la conquista sostenida por Hegel.

La revolución estadounidense en 1776 y la Revolución francesa en 1789 estimularán los esfuerzos de los pueblos que en el continente se venían haciendo para romper el brutal encubrimiento colonial que la expansión ibero había impuesto. Allí estaba la revolución estadounidense reclamando el derecho de autodeterminación de los pueblos. “Sostenemos como verdades evidentes —dice la Declaración de Independencia estadounidense— que todos los hombres nacen iguales y a todos les confiere su creador ciertos derechos y que para garantizar esos derechos, los hombres instituyen gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados.” Por ello es el mismo pueblo el que tiene así “el derecho a reformar, abolir o instituir gobiernos, y a organizar sus poderes en aquella forma que a su juicio garantice su seguridad y felicidad”. La revolución francesa, por su lado, sostendrá que “todos los hombres son iguales por naturaleza y por ley”. Derecho a la libertad de todos los hombres y derecho a la autodeterminación de los pueblos que estos hombres forman.

Sin embargo, los portadores de esas mismas banderas empiezan a preguntarse, ¿tendrán iguales derechos pueblos formados por hombres cuyas etnias y culturas no se asemejan a las de los proclamadores de los mismos? ¿No se ha discutido ya sobre la bestialidad o angelical inocencia de los nacidos en esta región, que de una u otra forma parecen estar al margen de lo propiamente humano? Descartes había ya sostenido la igualdad de todos los hombres por la razón; pero también había hablado de las ineludibles diferencias que establece entre los hombres el buen o mal uso de esa razón. Pues es de este buen o mal uso de la razón que depende la posibilidad de la igualdad reclamada, y frente a la desigualdad que se había hecho patente en la marcha de la civilización. Unos hombres han alcanzado la civilización, mientras

otros se mantienen aún en la barbarie o el salvajismo. Existe ciertamente un equitativo reparto de la razón, pero el buen uso de ella dependía a su vez del cuerpo, del tipo de cráneo, piel o etnia en que encarnaba. Depende también del tipo de circunstancias geográficas, físicas y morales.

Pero de esta región en América, poblada por indios, criollos, mestizos, africanos y mulatos y de otras regiones de la tierra saldrán los reclamos de derechos que no podían ser exclusivos de los hombres y pueblos que los habían proclamado: en Haití, Coro, Cariaco entre 1791 y 1798 se agitan los esclavos negros, los criollos y mestizos. En Haití, Toussaint Louverture da origen con su insurrección a la Constitución de 1801. En la Nueva Granada Nariño traduce los derechos del Hombre de la Revolución Francesa y a partir de ello se inician los reclamos de la región, tales derechos para los que a sí mismos se llaman ya americanos. Los esclavos negros de la región ponen en práctica lo que llaman “la ley de los franceses”. En 1804, en el Archipiélago caribeño en Haití surge la primera acta y proclama de Independencia dictada por Jean Jacques Dessalines. En la región del Caribe, en donde se inició la conquista y el coloniaje de América y del resto de la tierra, surge también la primera proclama de libertad y declaración de igualdad entre pueblos que parecían ser ajenos a ellos, por sus etnias, costumbres y cultura. También de la región de donde partieron conquistadores y colonizadores sobre el continente partirán ejércitos de libertadores para poner fin a la conquista y colonización sufrida.

Napoleón Bonaparte enarbolando las banderas de la Revolución Francesa había impuesto su hegemonía imperial en Europa. En 1808 se lanzará sobre los reinos de la Península Ibérica: España y Portugal, para imponerles su dominio. Los pueblos colonizados por España al otro lado del Atlántico, afirmando una hermandad que no existía, se solidarizaron con los pueblos de la metrópoli, revelándose ajenos a los problemas de la Metrópoli con el imperialismo francés. De esta forma una revolución que apoyaba a su Metrópoli se vio obligada a enfrentar la represión ordenada por ésta. De guerra civil se pasó a guerra entre naciones, al proclamarse independientes cada una de las regiones en América bajo dominio

hispano. Fue distinto en el Brasil, donde el rey de Portugal encontró refugio. Las guerras de independencia iniciadas en el Archipiélago de Haití, se extendieron a todo el continente. En esta lucha se destacarán los libertadores como Francisco de Miranda y Simón Bolívar. La rebelión se había extendido a todo el Continente, de México al Río de la Plata. Rebelión que fue sofocada en diversos lugares, así se veía obligado Simón Bolívar a refugiarse en 1815 en Kingston, Jamaica, en donde escribió la Carta en la que quedó establecido el alcance de la peculiar emancipación de la región, al uno y al otro lado del Caribe. De Jamaica Bolívar se dirige a la ya independiente región de la zona, a Haití en donde, en 1806 recibe extraordinaria ayuda del presidente Alejandro Petión para que reinicie la lucha por la independencia del continente que culminará en la Batalla de Ayacucho en 1824. Allí tropas integradas por hombres de todas las regiones de la América bajo dominio español, a los que se agregan brasileños; hombres de diversas etnias, hábitos y costumbres, se enfrentan al colonizador y lo derrotan y expulsan definitivamente de la región. Se inicia la hora de América, mestiza racial y culturalmente. Bolívar convoca en 1826 en el mismo Panamá, al Congreso Anfictiónico por el que pueblos hasta ayer integrados por la dominación del coloniaje, se integran en la libertad y así alcanzan los derechos que otros pueblos reclaman para sí como de su exclusividad.

En menos de dos años, desde el triunfo de Ayacucho, los pueblos que habían luchado juntos para alcanzar su independencia, estaban ya divididos. Divididos por los intereses de sus mismos caudillos ahora sólo interesados en ocupar el vacío de poder dejado por el coloniaje español en América. Sólo el caudillo de caudillos, Simón Bolívar, insistirá, aunque inútilmente, en una América Unida, cuyo eje lo fuese Panamá; allí se uniría el Oriente con el Occidente, el Atlántico con el Pacífico. Un mundo total integrado en la libertad, sin menoscabo de las peculiaridades de hombres y pueblos. Pero las ambiciones se impondrán y el mismo libertador sería expulsado de las tierras por él liberadas, muriendo a punto de abandonar estas tierras. Además, surgió un nuevo protagonista en la región, los Estados Unidos, que nada querían saber de integracio-

nes como las propuestas por Simón Bolívar. Invitados por el Presidente Santander de Colombia, Henry Clay instruía a sus representantes para impedir tal integración en nombre de la soberanía de las naciones participantes. Igualmente impedir la realización del proyecto de México y la Gran Colombia para liberar las últimas posesiones de España en el Caribe. Los Estados Unidos esperaban el momento oportuno de desplazar a España y tomar su lugar.

El primer acto de la nueva tragedia de pueblos que se liberan para caer en nuevas formas de dependencia, se escenifica en México, bañado por las aguas del Caribe. Los Estados Unidos, seguros ya de lo que consideraban su “destino manifiesto” se lanzan en 1847, contra México y en guerra relámpago le cercenarán más de la mitad de su territorio. Los Estados Unidos se extienden así hacia el Oeste sobre tierras de nómadas indígenas y hacia el Sur ya sobre tierras mestizas haciendo de cada frontera punto de partida para nuevas fronteras. En 1856 el filibustero estadounidense William Walker se asienta en Centro América, en tierras de Nicaragua y Costa Rica; en el delgado territorio que al abrirse podía permitir a los Estados Unidos el paso de sus naves de un océano a otro océano. Fueron estas acciones las que originaron la reacción del Continente entero que se empezará a designar a sí mismo latinoamericano en contraposición con lo sajón de la otra agresiva América. Fueron el chileno Francisco Bilbao y el colombiano José María Caicedo, en esos años, seguidos a fines del siglo por José Martí y José Enrique Rodó, los que acuñan el calificativo de Latinoamérica para la región. Un calificativo que hará suyo la inteligencia de la región a lo largo del siglo xx. Una adjetivación cultural, defensiva, no racial, dice José Vasconcelos. Porque una era la América de mentalidad insular, blanca, anglosajona y puritana y otra la América asuntiva, abierta a todas las razas y culturas de la tierra.

El archipiélago del Caribe, donde se había iniciado la conquista y la colonización sería el último lugar de esta América que se liberase del coloniaje impuesto, una vez frustrados los proyectos México-Gran colombianos para su liberación. Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo habían hecho varios esfuerzos para liberarse. En 1898 se haría un nuevo intento coincidente con el que se realizaba en el

Pacífico en Filipinas. Los Estados Unidos no se opondrán ya a este nuevo intento, simplemente se prepararán para ocupar el vacío de poder que dejaría el coloniaje español en el Caribe y en el Pacífico. Los Estados Unidos declararon la guerra a España y en acción relámpago destruirán su vieja flota en el Caribe y el Pacífico. El Caribe se convertirá en el Mare Nostrum del naciente poderío estadounidense. Una vez más, los pueblos que en el archipiélago caribeño habían sufrido el primer impacto de la conquista y el coloniaje y que habían iniciado la emancipación de la región al liberarse del coloniaje español caerán bajo un nuevo coloniaje.

El 9 de julio de 1898, se inició la destrucción de la flota española frente a Santiago de Cuba en el Caribe y frente a Manila en las Filipinas, terminaba así la pugna por el reparto del mundo. La pugna que Colón había desatado al iniciar la Conquista del Caribe. Culminación, también, de la lucha iniciada en el Canal de la Mancha en 1588, cuando la Armada Invencible de Felipe II había sido derrotada en el Canal de la Mancha por los ligeros barcos de Isabel I de Inglaterra y los elementos naturales. Los herederos de Isabel Tudor triunfaban en América para ocupar el “vacío de poder” a que se veía obligada España. Los Estados Unidos harán de este triunfo el punto de partida para su hegemonía en América y el resto del mundo y la eliminación de otros imperios. Para la América ibera, que ya se denominaba latina, sería éste el inicio de otra universalización de la historia que no era ya la de la conquista y la colonización: el de la integración racial y cultural, de todos los hombres y pueblos sin discriminación alguna. El mestizaje al que la misma España había dado inicio en la Península se había continuado en América. Y de esta América se expandirá al resto de la tierra, alcanzando así su plena y auténtica universalización. En esta nuestra historia universal, se hará patente la participación en ella de todos los hombres y culturas existentes y por existir.

La universalización de la historia será ahora reivindicada por hombres y pueblos que habían sufrido el impacto de la conquista y la colonización. Una América, decíamos, que se calificaba a sí misma de latina en contraposición con la América Sajona, agresiva y discriminatoria; frente a una América que enarbolaba y reclamaba

derechos válidos tan sólo para sí misma. Ahora surgirá otra interpretación no racial, sino ideal por la que se daba sentido a la integración de las diversas razas y culturas de la tierra. Por la latinidad que Iberia había heredado de Roma, es por la que América recupera a España. Se rechazaba a la España imperial que había terminado y se asume como propia a la España que había sabido antes integrarse a sí misma asimilando las razas y culturas que se dieron encuentro en la Península.

Fue por el espíritu latino, que España había heredado de Roma, que ésta pudo integrar dentro de sí a los pueblos que por la vía de la conquista se encontraron en la península. Aquí el germano o godo se integró al semita o moro. Esto se inició en el año 711 cuando el moro Tarik y sus capitanes harían en la Península Ibérica lo que Cortés y Pizarro harían en el Continente Americano. En 1492 terminaba la integración impuesta por Tarik a lo largo de cerca de ocho siglos en la península; pero daba inicio la que en este mismo año comenzaba Colón en América. ¿Por qué no se celebra este año de 711 como se celebra el año 1492, que fue el punto de partida de la universalización que acabará rebasando las limitaciones impuestas por la conquista? Auténtica universalización de la historia en la que se conciliaba lo hecho por todos los hombres y culturas de la tierra sin discriminación alguna.

Es desde este punto de partida que la inteligencia latinoamericana ve el ataque a España por los Estados Unidos en 1898, como una agresión a la totalidad de los pueblos latinoamericanos. Dentro de este punto de vista, las luchas de liberación frente al dominio español, serán sólo luchas intestinas, civiles, fratricidas. La agresión a España era ahora la culminación de la agresión a México en 1847 y a Centroamérica en 1856. José Gaos, miembro de la España Peregrina, habla de otro encuentro, que es ya el de la violencia de la Conquista. Habla de la estrecha relación que guarda en esta doble historia la de España en América o la España en la Península con lo que en 1898 encuentra su reconciliación. Las luchas libertarias y democratizadoras de España son vistas como expresión de las propias luchas en América por el logro de las mismas metas.

El mestizaje racial y cultural que el espíritu latino español había

hecho posible en América, había sido puesto en entredicho por la arrogancia española. Arrogancia que hacía de los frutos del encuentro, expresión de degradación racial y cultural. Fue esta arrogancia la que planteó a Bolívar las interrogantes sobre la identidad de ese género humano que se había formado en América.

¿Qué somos? preguntaba Bolívar. ¿Españoles? ¿Indios? ¿Americanos? ¿Europeos? ¿Acaso no somos producto del mismo mestizaje europeo y africano en Iberia? El argentino Domingo Sarmiento planteaba la misma disyuntiva respecto a adoptar una identidad a cambio del sacrificio de la otra. La asunción del pluralismo racial y cultural fue lo que puso fin a las interrogantes y disyuntivas ¿qué somos? Hombres como todos los hombres y por lo mismo individuos concretos y al serlo diversos de otros hombres, pero no tan diversos que unos dejaran de ser hombres. Se asume la diversidad como expresión concreta de lo humano. Este género humano del que habló Bolívar, surgió en América como el singular resultado del encuentro de pueblos igualmente singulares. ¿Qué somos entonces? Somos americanos, latinoamericanos, hombres concretos en una circunstancia igualmente concreta. La asunción de esta realidad expresada como diversidad e integrada como mestizaje racial y cultural hacía de los hombres de esta misma región, individuos extraordinariamente ricos, abiertos a la asunción de todas las expresiones de lo humano que se vienen dando cita en el continente americano.

Se trata de un continente surgido de la dominación en el que no tienen sentido la conquista y la colonización, sino todo lo que sea su negación. Simón Bolívar, replicando a Hegel que hacía de los grandes hombres de la conquista el resorte y universalización de la historia, decía: ¡Yo no quiero ser Alejandro, ni César, ni Napoleón! ¡Yo no quiero ser conquistador! ¡Yo quiero ser libertador! Era ésta otra forma de universalización del espíritu en la historia en la que todos los hombres podrían ser protagonistas en la marcha de una historia auténticamente universal. De esta forma la universalización de la historia iniciada en 711 en la Península Ibérica y continuada en 1492 en América se extendía al resto del orbe pero a partir de otra acción que no podía ya ser la

de la conquista y la dominación; sino en la relación solidaria que han de guardar entre sí los hombres y los pueblos iguales entre sí. Nación de naciones, raza de razas.

México, 1992

DE LA CONQUISTA A LA RECONCILIACIÓN

1. 1492 La Reconquista

El año de 1492 fue un año crucial para la historia de España. Es el año en que España da término a la Reconquista, la liberación de la Península del dominio árabe impuesto a lo largo de casi ocho siglos. Es el año en que Cristóbal Colón sale y descubre, sin proponérselo, un Mundo Nuevo. El 2 de enero de ese año los Reyes Católicos que sitian el último reducto del dominio moro, Granada, se encuentran con el último señor moro, Boadbil que les entrega las llaves del Alcázar de Granada. La reconquista ha terminado. En ese mismo lugar, en Santa Fe, Cristóbal Colón convence a los Reyes Católicos de extender la cristianización a los lejanos pueblos del oriente de los que hablaba Marco Polo. Se pueden hacer realidad los designios universales de Cristo, llevando su doctrina hasta el último rincón del orbe. Esto también implica la obtención de los bienes materiales propios del comercio con la lejana región. La evangelización no estaba reñida con una buena acción mercantil.

Terminaba el largo cautiverio de la península ibérica que, a partir de un día de abril del año 711, iniciaron los moros al invadirla a través del estrecho que se recordará con su nombre, el del guerrero que puso en marcha la hazaña, Tarik. Rencillas internas entre los iberos justificarán y posibilitarán la conquista como varios siglos después las rencillas entre los habitantes del continente descubierta por Colón ayudarán a los Cortés, Pizarro y otros muchos capitanes.

Los españoles, concluida la reconquista harán de inmediato gala de intransigencia religiosa y cultural persiguiendo a moros y judíos, sacrificándolos y expulsándolos si no renunciaban a sus creencias. La persecución fue religiosa y cultural, pero no racial, porque era difícil para los españoles del siglo XVI afirmar la pureza de sangre como podían hacerlo en lo religioso. En los siglos bajo

dominio árabe, los iberos habían aprendido a convivir con otras razas, y a mestizarse con ellas. Mestizaje que también originaba el inevitable aunque inaceptable mestizaje cultural para una mentalidad que trataba de afirmarse presentándose como campeona de Cristo. Eran estos cruzados los que lograban en la Península lo que en vano intentaron los cruzados en Tierra Santa. Lo que no quisieron aprender, de su obligado contacto con la cultura de sus conquistadores, fue la tolerancia. Tolerancia de la cual daban fe los diversos ritos que era posible practicar bajo dominio moro. Sinagogas judías y templos cristianos podían establecerse al lado de las mezquitas islámicas, siempre y cuando no pretendieran imponerse unas a las otras.

En el Corán se dice: “Oh Señor, no permitas que mi tumba se vuelva un ídolo.” Cada hombre y cada pueblo ha de realizar su propio y peculiar modo de ser y esto obliga a la tolerancia. También se dice que “Dios es único, absoluto, eterno, infinito, incomparable, inefable, creador del universo.” Sin embargo, para llegar a él existen muchas vías que ha de encontrar el hombre en su interior. “En verdad estoy cerca —dice el Corán— y respondo al que llama desde que me llama.” No es un Dios el que determina sobre la bondad y la maldad premiándolo o castigándolo. Son los hombres, con sus obras, los que hacen posible la bondad o la maldad, pero de ello son absolutos responsables. El musulmán filipino César Abid Majul explica: “El estímulo dado por el Islam a la tolerancia para las creencias ajenas había llegado a establecer un diálogo de culturas que provocaba un intenso florecimiento espiritual e intelectual en un vasto escenario abierto en todas direcciones a partir de Arabia.” “Es evidente que no puede existir hermandad verdadera mientras haya explotación entre los hombres, tiranía, arrogancia e ignorancia”.¹

El libanés Salah Stetie habla del reclamo de los árabes a la diferencia. Todos los hombres tienen derecho a ser diferentes, individuales; ningún hombre tiene derecho a imponer a otro su identidad. Un reclamo que se vuelve a hacer en este fin del siglo xx;

¹ *Culturas*, vol. VII, núm. 4, UNESCO, París, 1980.

hecho ya desde los lejanos días en que el Corán se presentaba como opción religiosa. “El Islam, sociedad política completa encarnada en la umma, se considera, en su origen, suficientemente fuerte y flexible como para acoger en sus fronteras ideológicas y morales a aquellos que piensan como él, aquellos que incluso a menudo lo combaten.” Esta tolerancia no es una forma de superioridad, sino la disposición de aceptar como propio al prójimo. En el Hadith se dice que todos los hombres tienen el mismo origen, por lo cual “el árabe no se considera superior al extranjero, ni el extranjero superior al árabe, ni el blanco al negro, o viceversa, sino únicamente por la piedad”. Esta tolerancia fue la que facilitó ese peculiar género humano que surgió en la Península ibérica y se expandió, por una región del Nuevo Mundo.

Américo Castro nos habla de cómo se fue gestando este peculiar género humano “Ni en Occidente ni en Oriente hay nada análogo a España y sus valores (sin que nos interese decir si son superiores o inferiores a otros) son sin duda muy altos y únicos en su especie.” “No cabía, en efecto, ni decir que lo español era lo europeo ni que era lo oriental, y hubo por tanto que idear una especial categoría, la de la hispanidad, para hacer el problema inteligible.” “La idea servía, Santiago apareció de golpe como anti-Mahoma; el Archipreste de Hita, como un mudejar adaptador de Ibn Hazm; la Inquisición judaica; la ausencia de poesía lírica entre los siglos XI y XIII, como una reacción defensiva contra la sensualidad musulmana; Castilla, Cataluña y Galicia se colocaron en su sitio, y aparecieron haciendo lo que era de esperar.”² La presencia mora en la Península cambió su historia, la apartó de la que se hacía en la Europa al otro lado de los Pirineos. “España sucumbió, o más exactamente, fue apartada del curso seguido por los demás pueblos occidentales” dice Américo Castro. Apartamiento que se hace expreso en el *Poema del Cid*, en el que se confunde el mundo de moros y cristianos. ¿Quiénes son los moros? ¿Moros aliados con cristianos y cristianos con moros? ¡Alá es Alá y Mahoma su Profeta! ¡Dios es Dios y Santiago su campeón! Esta relación hizo de España fortaleza e Iberia siguió otro

² Américo Castro, *España en su Historia*, Losada, Buenos Aires, 1948.

destino. “Sin tal fermento —dice Américo Castro—, la Península hubiera seguido el destino del Norte de África o hubiera sido ocupada por los europeos del Norte.” Los iberos reconquistaron sus tierras de los moros, pero también detuvieron en Roncesvalles a los francos de Carlo Magno. Estaba sellado el peculiar destino de la Península, que en mucho se asemeja a la de Europa, al Este del continente, la Europa eslava que enfrentó a los conquistadores de la lejana Asia y de esta forma fue involucrada racial y culturalmente con sus conquistadores.

2. 1492 *La Conquista*

Terminada la Reconquista la realización de los sueños de Cristóbal Colón será posible. Saldría ahora en busca del Gran Khan de Catay de cuyas glorias y riquezas había hablado el veneciano Marco Polo. Existía un camino más corto que el tomado por los mercaderes europeos para llegar a las sedas y especies del lejano Oriente, el mar. Camino más corto que el que intentaron los cruzados en el siglo XI para conquistar esas tierras con la espada. Colón salió en ese mismo año en la búsqueda de mercancías, y de ser posible para convencer al Gran Señor de esas tierras de aceptar el cristianismo. Misión mercantil, no de conquista.

Marchando hacia el occidente esperaba Colón encontrar en poco tiempo las tierras a las que con dificultad se podía llegar marchando por tierra hacia el oriente. El 12 de octubre de 1492 Colón tropezó con un trozo de tierra que poco coincidía con las descripciones de Marco Polo y de los geógrafos de la época. Sus habitantes parecían gente distinta a sus descubridores, pero no era la gente de la que hablaba el viajero veneciano. Gente bella, pero desnuda que huía como gacelas ante cualquier ruido extraño. Gente amable, casi sin vello, que regalaba a sus descubridores todo lo que tenía incluyendo los adornos de un metal tanpreciado en Europa, el oro. “Esta gente es muy mansa,—dice Colón— y muy temerosa y desnuda, como tengo dicho, sin armas y sin ley. Estas tierras son muy fértiles.” “Son gente sin mal, no de guerra, desnudos todos, hombres y mujeres, como sus madres les parió.” Gente temerosa que huye fácilmente.

Gente que tiene oro “que traen en el pescuezo y las orejas, los brazos y las piernas”. Debe haber mucho oro. “Gente cobarde que no tiene armas, buenos a hacer lo que les mandan.”³ Es gente fácil de dominar, rica y desprendida y, al parecer, sin señor. Y por ello fácil de cristianizar. ¿Qué hacer con ella? Esta descripción no coincide con la hecha de los pueblos que relata Marco Polo. De haberse encontrado a los feroces guerreros del gran Khan, que han llegado hasta la misma Europa, y con los guerreros de Cipango que resistieron la invasión de los mongoles, otra sería la historia. Gente que tendría que tener algún señor. Pero ¿Qué es todo esto? ¿El Paraíso? y esa gente ¿ángeles? o, simplemente ¿son pobres bestezuelas?

Pero ¿a dónde está su Señor? Este sería el gran Khan al cual llevaba Colón una misiva de sus reyes. Pero ¿dónde está? Pregunta a los indígenas, nadie sabe. Le hablan de los caníbales que incursionan y se llevan gente para comérsela. ¡Caníbal! ¡Caníbal! ¡Caníbal! ¡Can! ¡Can! ¿No será este el Gran Khan que anda buscando? Colón dice, “el caníbal no es otra cosa que gente del Gran Khan, que debe estar cerca, manda naves a capturar a los isleños y como no vuelven creen que se los ha comido”: De allí su gran miedo. ¿Pero en dónde está? Mientras queda claro, Colón empieza a tomar posesión de las tierras y gente con la que se encuentra en nombre de sus señores de España y en nombre de Cristo. “Es gente buena que hace buenos cristianos.” La misión mercantil se torna en misión de conquista y colonización. Algo que no habría sido posible si Colón acierta y se encuentra con Catay y Cipango.

Se conquista y coloniza el Caribe y a partir de aquí la tierra firme, aunque nunca estuvo seguro de lo encontrado. Para él es Asia, las Indias. Pero nada había que lo confirmase y lo desengañase. Será otro navegante, Américo Vesputio, que dé su nombre a la nueva región. Pero allí no está el Gran Khan, ni señor alguno cuya gente no puede ser conquistada. Muchos otros navegantes marchan hacia el occidente conquistando tierras y hombres. Los encubrimientos serán otros, ya no se confunde a esa gente con la que describió Marco Polo. Gente extraña y maravillosa, aunque no tan

³ Cristóbal Colón, “Diario del Primer Viaje”, *Textos y Documentos completos*, Alianza Universidad, Madrid, 1984.

desarmada como la que encontró Colón. Gente capaz de resistir, pero dividida por sus diversos pueblos, como fácil de conquistar Europa en esos tiempos. Gente supersticiosa, que al igual que los europeos cree en sus propios presagios los cuales tienden a su sometimiento.

Se inicia una expansión nunca soñada, la expansión de Europa sobre las tierras descubiertas por Colón, y con ellas sobre las que estaban al occidente en Asia, sobre Catay, la India, el Japón y también toda el África. Se universaliza la historia en la conquista y colonización. Los adelantados serán los pueblos iberos, España y Portugal. Los que llegando al estrecho que llaman de Magallanes entran a otros mares, los del Pacífico y con ellos a las mismas tierras buscadas por Colón. Las tierras que no en vano habían tratado de conquistar los viejos cruzados. Tierras ahora al alcance de los navegantes. Portugal y España se lanzan los primeros a la conquista y colonización de esas tierras, Catay y Cipango. pero tropiezan pronto con la resistencia de los mismos. Le siguen los navegantes ingleses, franceses y holandeses. Conquista aún más fácil, porque no pretende la salvación de sus almas como los iberos. Bastan los brazos para trabajar y explotar las riquezas de ese mundo. Asia y Africa pueden quedarse con sus almas y culturas. En Norteamérica donde llega la misma expansión, nada se quiere saber con regiones densamente pobladas como las que conquistó y colonizó España. Sólo tierras desiertas, fértiles y con poca gente en estado natural que pueda ser fácilmente anulada, acorralada o exterminada. Nada con gente que haga peligrar los exclusivos valores del Mundo Occidental.

El conquistador y colonizador iberos llevan juntas la tolerancia musulmana y la intolerancia del cruzado que expulsó a moros y judíos. Salvo que no se siente naturalmente molesto junto a gente de otra raza, y está dispuesto a integrarla si es necesario por la fuerza, así lo hizo en la Península. Es la supuesta superioridad de su fe y cultura que los lleva a rechazar al otro como un semejante. Coinciden en este sentido con la intolerancia de otros colonizadores, como el puritanismo sajón. Salvo que este último se defiende de toda posible contaminación con gente distinta a su cultura y

religión. No así el ibero, empeñado como estaba en imponer al conquistado su cultura y religión, para salvarlo de las garras de Satán. Pero el conquistador al mezclarse con el conquistado se convierte en inferior al metropolitano, pasando también a ser gente marginal, y por ello condenada a la servidumbre.

Ya en el siglo XVI se pone a discusión la extraña identidad de los indígenas con los cuales se han encontrado. ¿Hombres? ¿Bestias? ¿Gente de razón? ¿Irracionales? Los teólogos y misioneros en Salamanca y Valladolid discuten sobre la naturaleza de los mismos. Fray Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda son claves en la discusión. Para el primero son gente de razón y por ende capaces de decidir sobre sí mismos. Para el segundo *homúnculos*, *hombrecillos*, menos que hombres que por ello han de quedar bajo la encomienda de sus conquistadores y colonizadores. Para salvar sus almas deberán pagar a sus salvadores con la propia servidumbre. Esto será también válido para todo nacido en este continente, indio, criollo, africano, mulato, mestizo y los mismos conquistadores involucrados con sus conquistas. En 1810, al iniciarse la emancipación de las colonias de la América bajo dominio español, los metropolitanos usaron los mismos argumentos discriminatorios para justificar su dominio, como lo hiciera la expansión occidental. Se trata de gente inferior por naturaleza.

Sin embargo, en forma natural, sin arrogancias, el conquistador y el colonizador se mezclan con las indígenas. No ven en ello contaminación alguna como lo consideró la expansión sajona. Así como los moros gustaban de las mozas españolas y los españoles de las musulmanas, igualmente los españoles gustan en América de las mozas indias. Así se va dando la mestización racial que acabará asimilando la misma intolerancia cultural de los iberos. José Vasconcelos al explicar el por qué de la adopción del calificativo de latina para esta América dice: “Los llamados latinos, tal vez porque desde el principio no son propiamente latinos, sino un conglomerado de tipos y razas, persisten en no tomar muy en cuenta el factor étnico para sus relaciones sexuales. Sean cuales fueran las opiniones que a este respecto se imitan, y aún la repugnancia que el prejuicio nos causa, lo cierto es que se ha producido y se sigue consu-

mando la mezcla de sangres. Y es en esta fusión de estirpes que debemos buscar el rasgo fundamental de la idiosincrasia iberoamericana”.⁴ La fusión alcanzada en la Península, se realizará también en el Nuevo Mundo.

Sin embargo, esto originará los graves problemas de identidad que desvelarán a los hombres de la región. Los que se plantea Bolívar el libertador y Sarmiento el civilizador. El uno para liberarse del pasado, el otro para entrar a la modernidad. ¿Indios? ¿Españoles? ¿Africanos? ¿Americanos? ¿Europeos? y de allí la tajante disyuntiva entre “civilización y barbarie”, progreso y retroceso.

3. 1810 La Liberación

Al iniciarse el siglo XIX la América bajo dominio ibero pone en marcha su propia reconquista o liberación contra el dominio impuesto. En la lucha por la independencia dice Andrés Bello “lo que lo ha hecho prevalecer en ella es cabalmente el elemento ibérico. La nativa constancia española se ha estrellado contra sí misma en la ingénita constancia de los hijos de España. El instinto de patria reveló su existencia a los pueblos americanos, y reprodujo los prodigios de Numancia y de Zaragoza. Los capitanes y las legiones veteranas de la Iberia transatlántica fueron vencidos y humillados por los caudillos y los ejércitos improvisados de la otra Iberia joven, que, abjurando el nombre conservaba el aliento indomable de la antigua en defensa de sus hogares”.⁵ Para la reconquista no se necesitan conquistadores sino libertadores. Simón Bolívar, hablando de esta hazaña dice: “Según esos señores nadie puede ser grande, sino a la manera de Alejandro, César y Napoleón. Yo no quiero ser ninguno de ellos, yo no quiero ser conquistador; yo quiero superarlos a todos en desprendimiento ya que no puedo igualarlos en hazañas.” “Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título

⁴ José Vasconcelos, *La raza cósmica*, México, 1925.

⁵ Andrés Bello, “Investigaciones sobre la influencia de la conquista”, 1844, *Antología del pensamiento de lengua española en la Edad Contemporánea*, Editorial Séneca, México, 1945.

de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano.”⁶

A la altiva constancia del cruzado español se sumaba la tolerancia islámica. Para que los hombres pudiesen convivir como pares entre pares, en una relación horizontal de solidaridad, no eran necesarios los conquistadores. Pero la conciliación de estirpes y cultura tropieza siempre con la arrogancia metropolitana para mantener su hegemonía. De allí las palabras de Bolívar: “Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores.” “Tan negativo era nuestro estado que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de las edades y la política de todas las naciones.” “La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido por siglos puramente pasiva: su existencia política era nula.” Esta “América no sólo estaba privada de su libertad sino también de la tiranía activa y dominante.”⁷ Nuestras tiranías no servían al pueblo de los tiranos, sino a intereses ajenos a ellos. Esto había que cambiarlo.

¿Quiénes son o qué son los hombres que luchan para liberarse de un pasado infamante? “No somos ni indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles —dice Bolívar— en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado.” Se plantea la más difícil de las tareas, la de dejar de ser lo que se es, para ser algo distinto, ajeno a toda la experiencia histórica que forma a los pueblos. Bello explica lo que sucedía en la situación planteada: “Para la emancipación política estaban mucho mejor preparados los americanos, que para la libertad del hogar doméstico. Se efectuaban dos movimientos a un tiempo: el uno espontáneo, el otro imitativo y exótico; embarazándose a menudo el uno al otro,

⁶ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, Kingston, 6 de septiembre de 1815.

⁷ Andrés Bello, *Opus cit.*

en vez de auxiliarse. El principio extraño producía progresos; el elemento nativo dictaduras.”

Los libertadores que se negaban a ser conquistadores tuvieron que acabar siendo dictadores. Había que alcanzar por la fuerza lo que la experiencia histórica no daba. Y de allí nuevas subordinaciones, ahora a la de los pueblos vistos como modelos a realizar, a los protagonistas de la otra expansión, los pueblos de la Europa Occidental con los Estados Unidos del Norte de América al frente. ¡Civilización o barbarie! Dictaduras para la libertad, tiranías honradas y orden para el progreso. La integración que el dominio español había impuesto en el continente estaba hecha añicos con la emancipación alcanzada. “Y ya que la raza española —dice Bello— se ha mezclado con otras razas en América, ¿no sería posible explicar hasta cierto punto por la diversidad de la mezcla las diversidades que presenta el carácter de los hombres y de la revolución en las varias provincias americanas?”

Había entonces que anular y limpiar todo lo recibido, partir de cero en la recepción de lo extraño. Un necesario lavado de cerebro y de sangre. Esfuerzos que resultarán inútiles, no se podía ser distinto de lo que se era. ¡Seamos los Estados Unidos de la América del Sur! ¡Seamos los yanquis de Sudamérica! Sin embargo, ya lo decían las palabras de Próspero a Calibán en el drama de Shakespeare, *La tempestad*: “Aunque aprendas, la bajeza de tu origen te impedirá ser uno de nosotros.” La civilización occidental era ajena al espíritu que animó a la expansión ibérica. El Occidente no tenía interés en que otros pueblos aprendiesen sus técnicas y ciencias ni la práctica de la democracia. Esto era algo innato a los hombres que habían creado la civilización occidental y no podía ser compartido. Dentro del progreso estos hombres no podían tener otro lugar que aquél que Bolívar denunciaba frente al coloniaje español. Un puro y simple cambio de señor en que los Estados Unidos, Francia o Inglaterra buscaban la manera de ocupar los vacíos de poder dejados por el coloniaje ibero en América.

4. 1892 *La reconciliación*

En la segunda mitad del siglo XIX alcanzada la emancipación de los pueblos bajo dominio ibero en América y ante la resistencia del coloniaje occidental a las pretensiones de los pueblos recién liberados para ser parte de ese mundo, se empieza a gestar el calificativo para América de Latina. Designación ajena a las pretensiones hegemónicas de la Francia de Napoleón III. Lo latino estaba ligado a un pasado de tolerancias, integrador de razas y culturas que se pretende asimilar. Antes se habla de una Nueva Romanía, en recuerdo de la Roma que al desaparecer como imperio dejó naciones libres relacionadas entre sí por la cultura de culturas que supo mantener Roma dentro del Mediterráneo. Roma cuyo espíritu había dado hueso y unidad a la diversidad de estirpes y culturas que formaban su imperio, este espíritu fue el latino.

Fueron el chileno Francisco Bilbao y el Colombiano José María Torres Caicedo los que reaccionando contra la agresión de los Estados Unidos a México en 1847, a la Centroamérica en 1856, y a la agresión a México de Napoleón Bonaparte en 1861, usarian el calificativo de latina. Frente a la América Sajona y la Europa Occidental exclusivista y agresora se alzaba la otra América, la latina, que heredaba el espíritu de tolerancia latina y la capacidad para integrar en su seno estirpes y culturas diversas. Lo latino más que un calificativo racial es una calificación cultural, la del espíritu capaz de conciliar la diversidad de lo humano. Ustedes, dice Bilbao a los estadounidenses, son grandes, han dominado a la naturaleza y creado su peculiar pero exclusiva grandeza y libertad. Pero en cambio “No abolieron la esclavitud de sus estados, no conservaron las razas heroicas de sus indios, ni se han constituido en campeones de la causa universal, sino del interés americano, del individualismo sajón”. Nosotros hemos hecho todo lo contrario, pese a nuestras limitaciones. El colombiano Torres Caicedo escribe en un poema: “La raza de la América Latina, al frente tiene la sajona raza, enemiga mortal que ya amenaza su libertad destruir y su pendón”. Poco a poco el calificativo de latina se generaliza para esta América.

El proyecto liberal de los civilizadores y positivistas en la lla-

mada América Latina, fracasaba. Inútiles habían sido los esfuerzos para que los pueblos de la región dejaran de ser lo que eran para ser otra cosa distinta. Inútil fue la “nordomanía” dice el uruguayo José Enrique Rodó al finalizar el siglo XIX. Pero poco antes, en 1898 un fuerte cañonazo despertaría la conciencia latinoamericana, la derrota española en el Caribe y en el Pacífico, ante el repentino y violento ataque de la nación que estaba asumiendo el liderazgo del mundo occidental, los Estados Unidos. Era éste el triunfo del mundo sajón sobre el mundo latino. José Martí, ya preveía este golpe como algo ajeno a lo que era en Cuba una guerra intestina por su libertad entre pueblos iberos y latinos. Rodó lo ve como una agresión del materialista Caliban al espíritu latino de Ariel.

Posteriormente, José Vasconcelos expresaba “Las derrotas de Santiago de Cuba y de Cavite y Manila son ecos distantes, pero lógicos, de las catástrofes de la Invencible. El conflicto está ahora planteado totalmente en el Nuevo Mundo. Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo, nuestra época; pugna de instituciones, de propósitos y de ideales.” Terminaba el imperio nacido en 1492, lo cual hacía posible la reconciliación entre América Latina y la Europa Ibera. A través de lo latino se recuperaba a España. “Háblese —dice Vasconcelos— al más exaltado indianista de la conveniencia de adaptarnos a la latinidad y no pondrá el menor reparo; dígasele que nuestra cultura es española y en seguida formulará objeciones. Subsiste la huella de la sangre vertida, huella maldita que no borran los siglos, pero que el peligro común debe anular”. ¿Qué peligro? El que representa el nuevo imperialismo agresor de la América Latina y de la Europa Ibera.

Esta reconciliación alcanzará su plenitud con la presencia en Latinoamérica de la España peregrina que luchaba, como la América Latina, contra el absolutismo español buscando su emancipación. La derrotada República en la guerra civil iniciada en 1936, será vista como la derrota que antes también habían sufrido los pueblos latinoamericanos por alcanzar su independencia. José Gaos, de la España Peregrina en América habla de la historia común de los pueblos iberos al uno y al otro lado del Atlántico diciendo: “Al iniciarse el movimiento de independencia en Hispanoamérica, pese

a la arrogancia imperial e, inclusive algunos españoles de los residentes en España comprendieron simplemente con mayor sagacidad histórica, la solidaridad de una nueva España con la conversión de las colonias en naciones. En cambio no comprendió la suya con esta conversión la Primera República”.⁸ Tampoco la comprendieron los representantes españoles en las Cortes de Cádiz, negándose en 1810 a reconocer la igualdad de los pueblos en esta América con los pueblos de los reinos de la Península. Se dudó de la capacidad de los mismos para el autogobierno aduciendo, inclusive, el origen racial que la misma España había propiciado extendiendo la experiencia en la Península. Pese a ello “en el siglo XVIII se inicia la independencia espiritual de la metrópoli respecto de sí misma; se consuma la de las colonias respecto de la metrópoli al iniciarse el siglo XIX”. La mayoría de las naciones del continente americano lograron su independencia, incluyendo las insulares, al finalizar el siglo XIX con la intromisión estadounidense para ocupar su lugar. Pero quedaba la propia España, la España de la Península en Europa. “España —dice José Gaos— es la última colonia de sí misma, la única nación hispano-americana que del común pasado imperial queda por hacerse independiente. No sólo espiritual, sino también políticamente”. Gaos no alcanzó a vivir la relación de esta independencia frente al absolutismo franquista, expresión del absolutismo que había dominado a las naciones en la América Latina. La América Latina se solidarizó con la España reprimida. “Los constituyentes de la Nueva Hispano-América en América, muy en primer lugar México, han comprendido la suya con la Segunda República española, ayudándola combatiente y acogiéndola derrotada y desterrada, reemplazando un anti-hispanismo que seguía siendo reacción contra la vieja España por un hispanismo que promete ser percepción definitiva de la nueva y adopción relativamente a España de una actitud pareja a la adoptada por las naciones hispano-americanas ya independientes”.

1898 fue clave en este cambio, es el de la conciliación de España al uno y al otro lado del Atlántico. Este 98, dice Gaos, “correspon-

⁸ José Gaos, *Pensamiento en lengua española*, México, Stylo, 1945.

de a un acontecimiento de importancia máxima en la historia de España y de la América Española”, la aventura imperial iniciada en 1492 llegaba a su fin. El ya viejo imperio español pasa a la historia substituido por otro nuevo y pujante imperio, el de los Estados Unidos, forjado en el espíritu de la civilización occidental. “En el 98 —dice Gaos— al hacerse independiente de la metrópoli la última colonia, no sólo se hacía independiente a ella de la metrópoli: *ipso facto* hacía independiente sucesivamente consigo a las antes también colonias y a la metrópoli misma del pasado común terminando con el imperio en la misma forma en las colonias y en la metrópoli”.

La América Latina no sólo no asumía así el pasado español sino también al espíritu forjado en la Península junto con pueblos islámicos que le había permitido la integración de razas y culturas en una gran unidad, que se proyecta al Continente Americano, y de aquí al mundo entero. Gracias a este espíritu, dice José Vasconcelos, “En la América española ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un sólo color, de rasgos particulares, la que esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal”.⁹ La otra América, la sajona está ahora también latinoamericanizándose con la activa presencia de las razas y culturas que ella misma ha llevado a sus entrañas para hacer el trabajo sucio del imperio. Y lo mismo está sucediendo en otros grandes centros de poder del Mundo Occidental.

Madrid, 1992

⁹ José Vasconcelos, *Opus cit.*

AUTODESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

1. *Descubrir encubriendo*

El 12 de octubre de 1492, Cristóbal Colón se encuentra o tropieza con tierras que imagina encontrar, pero que le resultaban ser absolutamente desconocidas. Este encuentro cambiará la historia universalizándola. Las historias regionales hasta ayer relativamente conocidas de Europa, África y Asia se universalizan con el encuentro, planteando problemas hasta entonces inexistentes. Humboldt en su obra *Cosmos* resume así el sentido de este encuentro diciendo: “El aspecto de un continente que aparecía en las vastas soledades del Océano, aislado del resto de la creación, la curiosidad impaciente de los primeros viajeros y de los que recogían sus narraciones, originó desde luego la mayor parte de las graves cuestiones que aún en nuestros días preocupan. Se interrogará acerca de la unidad de la raza humana, y sobre las alteraciones que ha sufrido el tipo común y originario; sobre las emigraciones de los pueblos y las afinidades de las lenguas más desemejantes en sus radicales como en reflexiones y formas gramaticales”.¹ “Jamás se sintió con tanta vehemencia la necesidad de observar la Naturaleza en sus múltiples y diversas expresiones”.

Colón y quienes le acompañaban siguen posteriormente ampliando su ruta y vieron esa nueva y extraña realidad en relación con sus propios y peculiares puntos de vista originados en sus propias circunstancias. La vieron partiendo de su propia y peculiar identidad calificándola de acuerdo con su propio horizonte y limitaciones. Más que descubrimiento se inicia un extraordinario y universal encubrimiento. La naturaleza, el mundo y el cosmos surgidos de ella, vistos en relación con la naturaleza, el mundo y cosmos de

¹ Alejandro de Humboldt, *Cosmos*, Imprenta de Gaspar y Roig, Madrid, 1874.

sus supuestos descubridores. Será a partir de este peculiar enfoque amplificado por la propia identidad y circunstancias que se inicia el dominio, la conquista, de quien supuestamente conoce en relación con lo conocido. El peculiar punto de vista del conocedor encontrará justificación para su predominio sobre el mundo así encontrado, incluyendo en él a sus extraños habitantes. No es esto algo nuevo, esto es algo tan viejo como la historia del hombre, lo que será distinto será la magnitud del enfoque y sus consecuencias. La diversidad de sus expresiones será sometida al peculiar punto de vista de su supuesto descubridor.

Cristóbal Colón inicia el viaje en busca del Gran Khan del que hablaría Marco Polo para comerciar y, de ser posible, hacerle conocer la verdadera religión, pero acabará tomando posesión en nombre de sus patrocinadores, los Reyes de España, de las tierras y hombres encontrados cuya identidad le es difícil de definir y que, por lo mismo, han de atenerse a los juicios y prejuicios que sobre ellos hagan sus descubridores. La original misión mercantil se transforma en misión de conquista; la cual abarcará al Mundo conocido y por conocer. La amplitud de este hecho, la universalización del mismo, será lo que le distinga de otros semejantes. Se estudia la naturaleza en sus múltiples expresiones, así como al hombre del que en ella es parte pero dentro de un horizonte total y totalitario del hombre que estudia, dicta y dictamina sobre tal realidad. Colón, que no sabe dónde colocar a ese extraño mundo y sus criaturas que parecen distintos del que parece ser el hombre por excelencia, pregunta si son ¿Ángeles o bestezuelas? en un lugar que debe ser salvaje o simplemente el Paraíso. Colón buscaba al gran señor en Asia y a sus extraordinarios súbditos, encontrándose con gente desnuda, tímida, sumisa y cobarde que nada tenía que ver con los feroces guerreros de Catay ni de Cipango.

Los misioneros que acompañan y siguen a Colón para llevar el evangelio a los pueblos con los cuales se encontraron se preguntan también ¿son hombres? ¿bestias? Son raza malvada, dice Fray Bernardino de Sahagún, a la que Satán ha secuestrado a lo largo de los siglos y que el descubrimiento manifestó para su urgente rescate. “¿Qué es esto Señor Dios —dice Sahagún— que habéis permi-

tido tanto tiempo que el enemigo del género humano tan a gusto se enseñorease de esta tierra y desesperada nación, sin que nadie le resistiese, donde con tanta libertad derramó toda su ponzoña y todas sus tinieblas?”² Porque es “Dios que ha tenido ocultada esta media parte del mundo hasta nuestros tiempos”, pero la Iglesia puede ahora rescatarla poniendo fin a la perversidad impuesta por el Malo. Por ello “la nueva tierra es reino y propiedad de Dios; por lo tanto de su Iglesia. Pero “¿qué es entonces esa gente? ¿son hombres o bestias? En Salamanca y Alcalá se discute sobre la identidad de estas extrañas criaturas a las que Juan Ginés de Sepúlveda califica de “Homúnculos”, hombrecillos. Para su salvación han llegado los hombres por excelencia que con sus virtudes les rescatarán de Satán. Hombres de gran ingenio, magnanimidad, templanza, humildad y religión que en nada son comparables con las que tienen esos hombrecillos; porque “qué templanza ni qué mansedumbre se va a esperar de hombres entregados a todo género de intemperancias y de nefandas liviandades”. Para su salvación tendrán que someterse al hombre por excelencia, a su conquistador y colonizador y pagar por su salvación con el trabajo y las improductivas riquezas que poseen. Porque “Qué mejor cosa pudo suceder a estos bárbaros más conveniente que el quedar sometidos a su imperio?” Para su salvación este hombrecillo deberá compensar a su salvador con su trabajo. La “filosofía cristiana —dice Sepúlveda— no prohíbe tener siervos, ni abusar moderadamente del trabajo de los siervos”, sólo impide la avaricia y “hace intolerable la servidumbre”.³

Por esos tiempos se expresan otras ideas, filosofías, contrarias a la concepción absolutista y dominante, el racionalismo. El racionalismo que Fray Bartolomé de las Casas enfrentó al absolutismo de Sepúlveda. El racionalismo que alcanza su máxima expresión en el filósofo francés Renato Descartes. “Todos los hombres —dice— son iguales por la razón o el ingenio”.⁴ “Todos los hombres poseen

² Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, México, 1946.

³ Juan Ginés de Sepúlveda, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941.

⁴ Renato Descartes, *Discurso del Método*, París, 1637.

como algo esencial a ésa su humanidad, la razón. Es esta razón la que iguala a unos hombres con otros”. Sólo existe algo que los distingue, algo circunstancial, accidental. Existe diversidad de opiniones, “las cuales no provienen de que unos hombres sean más razonables que otros, sino tan sólo de que dirigen sus pensamientos por caminos diferentes y no consideran las mismas cosas”. Accidentes como la educación, situación social y varias formas de relación con los otros hombres: hábitos, costumbres y cultura, pero también raza y sexo. Todo eso originó las diferencias y el buen o mal uso de la razón. Pues no basta tener la razón, lo importante será el saber usarla bien. Todos los hombres son así iguales por la razón, que es lo esencial al hombre, pero distintos por accidente. Accidentes de los que dependerá el buen o mal uso de lo que es esencial al hombre y lo iguala a otros, la razón.

Así todos los hombres son iguales entre sí, el europeo es igual al hotentote, al indígena americano y a cualquier otro hombre. Lo que le diferencia es el buen uso de la razón. Un uso que se puede ver limitado por sus hábitos, costumbres, educación, etnia y sexo. De aquí que lo accidental acabe determinando la plena posibilidad de lo esencial. De la discriminación cultural de la antigüedad se pasa a la discriminación por naturaleza. Todos los hombres son iguales por la razón pero ineludiblemente distintos por el modo concreto de ser de cada uno. Un Cosmos en el que lo inferior está ineludiblemente sometido a lo superior originado en esos accidentes. La expansión, conquista y colonización ibera del siglo XV será seguida por la expansión, conquista y colonización de la Europa al otro lado de los Pirineos, Inglaterra, Francia y Holanda. Ya no se va a cristianizar, se va a civilizar. Se enseñará a otros hombres el buen uso de la razón para que superen sus incidentes y sus deficiencias. Habrá entonces que subordinarse a los que mejor saben del uso de la razón en compensación a sus civilizadores, ofreciéndoles sus incultivadas riquezas naturales y el trabajo que les haga dar frutos.

La ciencia sustituye a la religión, los civilizadores a los evangelizadores. Ya no se trata de arrancar a esos pueblos de las garras del demonio, sino de la ignorancia, la barbarie o el salvajis-

mo. El americano deja de ser un “homúnculo” por lo limitado de su razón, ahora lo será por el color de la piel, hábitos, costumbres, que le impiden el buen uso de la razón. Tendrán que subordinarse al que conoce del buen uso de la razón. El siglo XVIII será el inicio de la expansión del llamado Mundo Occidental tanto sobre África, como sobre Asia y Oceanía y sobre el Nuevo Mundo desplazando a españoles y portugueses del mismo por sus limitaciones congénitas. El francés Buffon y el holandés De Pauw encabezan la campaña para demostrar la inferioridad de todo lo vivo en el Nuevo Continente. La fauna y la flora de esa región y de todo lo que vive, incluyendo al hombre. De todo nacido en ella, indígena, criollo y mestizo. A la campaña se agregan las reflexiones de Voltaire, Hume, Raynal y otros muchos. América es inferior, pero dejará de serlo cuando sea poblada, conquistada y colonizada por los virtuosos puritanos, los protestantes y los industriosos hombres de la Europa al otro lado de los Pirineos. “Al cabo de trescientos años —escribe De Pauw— América se parecerá tan poco a lo que es hoy día, cuanto hoy se parece poco a lo que era en el momento del descubrimiento”. De esas tierras inhóspitas, pantanosas, de espesa floresta y animales degenerados los europeos harán algo más que los españoles y portugueses. Son hombres que trabajan por sí mismos y para sí mismos, no descansando en mano esclava o servil. Estos hombres —agrega— “roturarán el terreno, purificarán el aire, darán salida a las aguas cenagosas”.⁵ Los europeos no se contagiarán como los españoles de la pereza de los indígenas. Estos hombres, como dirá décadas más tarde Arnold Toynbee, sólo verán en esos hombrecillos, en los indígenas, parte de la fauna y flora sólo para dominar o destruir.

2. *Descubriendo al hombre*

Dentro de esta supuesta ciencia que justificará la expansión y dominación del Mundo Occidental sobre el resto de la tierra, surge

⁵ Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

una voz distinta, discrepante apoyada en la misma ciencia de la ilustración: Alejandro Humbolt. “Si hemos de mantener el principio de la unidad de la especie humana, necesariamente habremos de desechar como lógica consecuencia la desoladora distinción de las razas en superiores e inferiores. Indudablemente hay familias de pueblos más susceptibles de cultura, más civilizadas, más ilustradas que otras; pero nunca más nobles, porque han nacido igualmente para la libertad, para esa libertad, que si bien en un estado social poco asentado no pertenece más que al individuo, es en las naciones llamadas al goce de verdaderas instituciones políticas el derecho de toda la comunidad”. Humboldt insiste en varios lugares en la unidad de la humanidad a pesar de las ineludibles diferencias entre los individuos que la forman. “Las razas humanas, son las formas de una especie única que se ayudan permaneciendo fecundas, y se perpetúan por la generación; y en ninguna forma especies diversas de un mismo género, porque si lo fueran, al cruzarse se tornarían estériles. La cuestión es saber si las razas humanas existentes descienden de uno o de muchos hombres primitivos”.⁶

Humboldt se opone a toda forma de racismo mediante el cual un determinado grupo humano trate de imponer su hegemonía a otros. Dice simplemente, “La humanidad se distribuye en simples variedades que suelen designarse con la palabra un tanto indeterminada de razas”. Se puede adoptar cualquier clasificación racial, pero lo cierto es “que ninguna diferencia racial y típica, ningún principio de división natural y riguroso rige tales grupos, en los cuales no se ha hecho más que apartar lo que al parecer constituye los extremos de la figura y del color, sin cuidarse de las familias, de pueblos que escapan a esas grandes clases”. Lo racial es sólo expresión de lo que hace del hombre en abstracto un hombre concreto, sin que esta concreción le califique como superior o inferior. Igual sucede con el lenguaje que se concretiza, que relaciona al hombre con su entorno natural y social, sin que esta diferenciación anule la ineludible igualdad que, por su concreción, guardan entre sí todos los hombres y los pueblos. El mundo natural, en su diversidad, el cielo, la tierra,

⁶ A. de Humboldt, *Opus cit.*

la orgánica, afecta al hombre y lo concretiza, pero esto sucede con todos los hombres sin excepción. Allí está el mar, los mares, que son expresiones de la naturaleza que han sido fuente para reconocer otras identidades, naturalezas, hombres y pueblos como en la propia identidad que se tiene como individuo y como pueblo. “El contacto del mar —dice— ejerce indudablemente una influencia saludable en la moralidad y en el progreso intelectual de gran número de pueblos, pues multiplica y estrecha los lazos que deben unir un día a todos los miembros de la humanidad en un solo haz. En este sentido ha sido extraordinariamente positiva la hazaña de Cristóbal Colón. El conocimiento de los hombres y pueblos entre sí se generalizó.” “Desde la época en que Cristóbal Colón fue enviado a librar el Océano de sus cadenas, el hombre ha podido lanzarse a regiones ignotas, desligado ya su espíritu de toda traba”.

Alejandro Humboldt elabora así una filosofía de la historia que, si bien parte de los mismos principios del racionalismo del XVIII, se aparta de él en la forma como encadena los hechos de la historia quedando así en la antípoda de su contemporáneo Hegel. Para Hegel, el espíritu al ir tomando conciencia de sí mismo por la razón hace de los hombres históricos instrumento de esa su racionalidad que ha de universalizarse por la conquista. Los grandes hombres de la historia son los instrumentos de la universalización del espíritu o razón, son los conquistadores, conquistadores como Alejandro, César y Napoleón. Cada uno de ellos servirá a una etapa de la toma de conciencia del espíritu, de la racionalización hacia la universalidad. Racionalización que alcanzará su máxima expresión en el siglo XVIII de la que es expresión la propia filosofía de Hegel. En esta racionalización o toma de conciencia, Asia representó lo que fue y que por haber sido no debe seguir siendo; América, y más aún África, en lo que será y que por no serlo, la razón nada puede expresar. Europa es el presente, lo que tiene que seguir siendo al continuarse con el futuro. Europa es la expresión de la razón por excelencia, del Espíritu realizado e indiscutido del que habla Hegel. Por la conquista, la dominación, la razón se universaliza sirviéndose de los hombres y pueblos, es lo que pura y simplemente es.

Otra será la concepción filosófica de Humboldt, los pueblos

como los hombres son diversos, múltiples, distintos entre sí. Una distinción que va disminuyendo por el conocimiento que unos hombres y pueblos tienen de otros hombres y otros pueblos. No son los conquistadores sino los viajeros que en su expansión sobre la tierra van ampliando, universalizando la conciencia que de sí mismos tienen hombres y pueblos al encontrarse con otros hombres y pueblos. El hombre viaja, se traslada, motivado por diversas necesidades, algunas tan naturales como el hambre, la codicia y el afán de poder. Motivaciones que permiten que los hombres y pueblos vayan tomando conciencia de otros hombres y pueblos. Lo hicieron los fenicios en su afán por intercambiar sus mercancías. Así lo hizo también Alejandro de Macedonia, motivado por el afán de dominio pero también por ampliar los conocimientos que le había imbuido su maestro Aristóteles. Lo mismo César, traspasando los Alpes; Colón y los navegantes que le anticiparon y siguieron. Lo importante aquí no es tanto el afán de poder como la curiosidad, sino el afán de saber de otros mundos y otros hombres. “Ciudadanos del mundo —escribe Humboldt—, el hombre, en todo lugar, acaba familiarizándose con todo cuanto le rodea”. Y al familiarizarse haciéndolo parte de sí mismo. Todo eso tiene un lugar en la conciencia, en el *Cosmos* u orden dentro de ella establecido. Pero existen sabios, critica Humboldt, como Buffón y otros, que “no supieron encontrar la relación armoniosa que guardan entre sí las diversas expresiones de la naturaleza y el sentimiento que ellas engendran”.

Hay que conocer, ahondar más en las relaciones armoniosas que el hombre guarda con su naturaleza y sus semejantes. Conocer y ahondar también en las diferencias que no lo son tanto que no forman parte concreta de la misma naturaleza. Un extraordinario instrumento de esta universalización, de esta integración en el Cosmos, es el lenguaje. Hablando de las diversas lenguas dice Humboldt: “Si las comparamos unas con otras, si observamos su organización inferior y los diversos grados de afinidad que las unen, penetramos más profundamente en la historia de la Humanidad”.

“El deseo de unión por un lazo común de todos los elementos

esparcidos y las relaciones que guardan entre sí los diversos aspectos de la naturaleza se manifiestan de manera importante en expediciones como la de Alejandro y sus esfuerzos por unir el Oriente con el Occidente”. Como César traspasando los Alpes. Así todos los navegantes y conquistadores asimilando conocimientos propios y extraños. No es sólo el afán de dominio, sino el insaciable conocimiento de lo ignoto, lo que motivó a unos y otros. Esa fue la edad en que dio inicio Colón, descubriendo lo que se ignoraba. Humboldt habla de los conquistadores que siguieron a Colón diciendo: “Es un error creer que los conquistadores fueron únicamente guiados por el amor al oro y por el fanatismo religioso”. En esa época “todos los espíritus estaban poseídos del vértigo de los descubrimientos por tierra y por mar, uniéndose circunstancias que a pesar de la falta de libertad política favorecieron el desarrollo de los caracteres individuales y ayudaban a algunos hombres superiores al cumplimiento de esas grandes ideas cuya fuente reside en las profundidades del alma”.

Coincide con Hegel, pero se distingue de él cuando dice: “La naturaleza es el reino de la libertad”, el cual se va realizando mediante su dominio o conquista, pero más que todo por su conocimiento. Por esta vía el hombre conoce a la naturaleza y conoce a los otros hombres, y al conocerlos el hombre se conoce a sí mismo. Conocer y conocerse es identificarse con lo conocido, saberse parte de algo que es también propio. Es concretizarse al reconocerse, pese a las ineludibles diferencias, como semejante. Se conoce descubriendo y conquistando. Los conquistadores conocen al dominar, viajeros como Humboldt simplemente viendo, conociendo, explicando y explicándose. El descubrimiento de América, en este sentido, ha ampliado el conocimiento del hombre por el hombre y a partir de él de sí mismo. “Aproximado a Europa desde medio siglo, por las relaciones comerciales de la navegación —escribe— el Nuevo Mundo ha ejercido influencias considerables en las instituciones políticas, en las ideas y las tendencias de los pueblos colocados en el límite oriental de aquel valle del Océano Atlántico que parece estrecharse más de día en día”. Es bajo esta tendencia que Humboldt redescubre a América.

3. *América se autodescubre*

Dentro del Cosmos del hombre que hace de la razón instrumento de simple conocimiento y no de dominio, los americanos que parecían condenados a servir a otros para poder entrar en la Cristiandad o en la Civilización, tomarán conciencia de sí mismos iniciando su propio descubrimiento. Descubrimiento, porque sabrán con certeza cuál es su lugar en la humanidad formada por hombres y pueblos diversos, pero no tan diversos que dejen de ser expresiones de esta humanidad. Su lugar también en una tarea común, solidaria, no impuesta, para el logro de metas comunes y satisfacciones igualmente comunes. Así los hombres de esta América entran en contacto con el insaciable viajero empeñado en conocer para ampliar su extraordinario Cosmos. “El Barón de Humboldt —decía el Libertador Simón Bolívar— ha hecho más bien a la América que todos sus conquistadores”.⁷

Alejandro Von Humboldt entra, sin saberlo, en contacto con los hombres que poco tiempo después habrán de convertirse en guerreros y mártires de la Revolución de Independencia hispanoamericana. No imaginó que entre aquellos hombres que recorrían los más apartados lugares de la geografía en Hispanoamérica, los hombres que con sus manos recortaban la flora de estas tierras y cuyos ojos escudriñaban el valor de la misma, iban a salir los hombres que, poco tiempo después, empuñarían las armas para alcanzar la libertad en esas mismas tierras. Humboldt, que desembarca en tierras americanas en julio de 1799 y viaja por llanuras, selvas y ríos hasta 1804, recuerda más tarde una de sus despedidas, la que hizo en Caracas de varios de sus nuevos amigos. Amigos a los que no volverá a ver porque su sangre abonará la tierra en la que han de surgir las nuevas repúblicas independientes de Hispanoamérica. “El recuerdo de esa despedida —dice— es hoy más doloroso que no lo fue años atrás. Nuestros amigos han perecido en las sangrientas luchas, que poco a poco han dado libertad a esas lejanas regiones. La casa que nosotros habíamos habitado no es más que un

⁷ Varios, *Ensayos sobre Humboldt*, UNAM, México, 1962.

montón de escombros”. Muchos de esos amigos han caído acribillados por las balas realistas españolas en esa misma Caracas. Amigos que eran verdaderos sabios. Hombres que habían descubierto en la naturaleza investigada la razón que les había llevado hasta el sacrificio para emanciparla.

¿Qué hizo Humboldt por estos hombres? Simple y puramente acrecentar su fe en la obra a que se habían entregado y que tomaría cauces quizá no sospechados por ellos mismos. Humboldt no sólo dio fe de la capacidad de estos hombres y de las posibilidades que encerraban estas tierras, sino que se sirvió de sus trabajos e investigaciones para realizar los suyos y dar a conocer al mundo, a la Europa occidental centro de este mundo, la verdad sobre la calumniada América. Los americanos de ayer, como los de hoy, necesitaban del reconocimiento de Europa, de la Europa que había originado la nueva ciencia y cultura. Este reconocimiento se lo dio Humboldt, el más extraordinario sabio de aquel siglo de las luces. Los sabios que en América se habían entregado con tesón a aplicar las nuevas ciencias, en el reconocimiento y descubrimiento de esta América, se encontraron avalados con la gran autoridad de Humboldt. Muchas de las dudas, muchos de los temores de que no hiciesen otra cosa que “descubrir el Mediterráneo”, desaparecieron ante el reconocimiento que a su obra prestó Humboldt. El mundo que descubrían era el mismo mundo descubierto por el sabio alemán. El buen prusiano Humboldt corregía las calumnias del mal holandés De Pauw. La América y sus hombres no eran ni mejores ni peores que cualquier otro Continente y cualquier otro tipo de hombres. Simplemente eran distintos, pero no inferiores. Esto lo habían descubierto en su contacto con la realidad que les había tocado en suerte; pero ahora era un gran sabio europeo el que daba fe de la verdad de este descubrimiento.

De todo esto debió hablar Humboldt con los sabios próceres de la independencia de la futura gran Colombia; como habló también en México con hombres en los que empezaba a incubarse la idea de emancipar a los pueblos de esta América y como hablará, a su regreso de América, con el joven Simón Bolívar

que, en París, frecuentara las reuniones del sabio alemán. Sus ideas, también, fueron seguidas por otros hombres que encontraban en ellas la justificación de sus esfuerzos por independizar a sus pueblos. Allí está, entre otros, José Cecilio del Valle, redactor de la Declaración de Independencia de la América Central. “Hubo escritores, dice, como De Pauw, que escandalizaron al mundo diciendo que son improductivas las tierras más fértiles que ha creado el poder de Dios. De Pauw, calumniador de América, hombre de sistemas y jamás de razón, osó afirmar que es estéril nuestro suelo”. Pero allí está “Humboldt, el más ilustre y moderno de los grandes naturalistas, que no se cansa de admirar la majestad y el soberbio vigor de la naturaleza americana”. Y en Unánue, del Perú, sabio en el que también se origina el ansia que luego va a dar lugar a las luchas por la emancipación de esta parte de América, también está la referencia a Humboldt contra las calumnias que denigraban a esta América. En fin, otros muchos sabios y amantes de la emancipación de esta América, encontrarán en Humboldt los argumentos que, sumados a sus propias investigaciones, les permitan enfrentarse a toda tesis que hable de la inferioridad de sus tierras y hombres, para pasar, de aquí, a afirmar la necesidad de hacer de estas tierras cuna de libertades.

El gran sabio alemán escribe al Libertador: “Señor Presidente: la amistad con la cual el general Bolívar se dignó honrarme después de mi regreso de México, en una época en que hacíamos votos por la independencia y libertad del Nuevo Continente, me hace esperar que, en medio de los triunfos, coronados por una gloria fundada por grandes y penosos trabajos, el Presidente de la República de Colombia recibirá todavía con interés el homenaje de mi admiración y de mi decisión afectuosa. Me atrevo a recomendar a la grande bondad de Vuestra Excelencia los portadores de estas líneas, dos jóvenes sabios cuya suerte y éxito me interesan mucho; el señor Rivero, natural de Arequipa y el señor Bousingault, educado en París, pertenecientes ambos al reducido número de personas privilegiadas, cuyos talentos y sólida instrucción llaman la atención pública, a la edad en que

otros no se han ocupado todavía sino en el desarrollo lento de sus facultades. ⁸

“Fundador de la libertad y de la independencia de vuestra bella patria, vais a aumentar vuestra gloria haciendo florecer las artes de la paz. Inmensos recursos van a ofrecerse por todas partes a la actividad nacional. Esta paz que vuestros ejércitos han conquistado, no puede desaparecer, pues no tenéis enemigos exteriores y sí bellas instituciones sociales, sabia legislación que preservarán la República de la mayor de las calamidades, las disensiones políticas. Reitero mis votos por la grandeza de los pueblos de América, por el afianzamiento de una sabia libertad y por la felicidad de aquel que ha mostrado noble moderación en medio del prestigio de los sucesos.

Soy con los sentimientos de la más elevada y respetuosa consideración.

Alejandro de Humboldt”

Seminario sobre A. Humboldt
Laccum, Alemania
Mayo de 1992

⁸ Charles Minguet, *Alejandro de Humboldt, historiador y geógrafo de la América Española*, UNAM, México, 1985. Varios, *Ensayos sobre Humboldt*, UNAM, México, 1962.

MÁS ALLÁ DE LOS 500 AÑOS

HISPANO-AMÉRICA. RUPTURA Y REENCUENTRO

José Gaos, ese extraordinario transterrado español en el que se conjuga España con la América a la que la aventura de 1492 dio origen, sostenía que “El movimiento iniciado en el siglo XVIII en España y en la América española se presenta como un movimiento único, de independencia espiritual y política, con respecto a una vieja Hispano-América imperial y una, de una plural Hispano-América nueva, con una constitutiva ideología ochonoventista, democrática, liberal y republicana, antiimperialista”. Todo el siglo XIX escenificó esta lucha por cambiar una identidad que a lo largo de tres siglos había sido impuesta a uno y otro lado del Atlántico. La aventura colombina del 12 de octubre de 1492, por la que España se convirtió en la primera gran potencia colonial e imperial que pasara a la historia a partir, más o menos, de 1810, culminó en 1898, año en que otra nueva y pujante potencia hacía suyo el derecho a ocupar el “vacío de poder” que dejaban, en primer lugar España y posteriormente la Europa imperial al término de la Segunda Guerra Mundial en 1945. Parejas y graves crisis de identidad se plantean a los pueblos en la Península Ibérica y en el subcontinente hispanoamericano. La crisis de una España que se siente fuera de una historia cuyo liderazgo está, ya hace tiempo, al otro lado de los Pirineos y del Canal de la Mancha; crisis de una Hispano-América que se siente al margen de esta misma historia cuya conducción vienen reclamando ya los Estados Unidos de la América del Norte al otro lado del Río Bravo.

Al iniciarse el movimiento de independencia en Hispano-América, pese a la arrogancia de la España imperial, “muchos de los españoles residentes en la América española —dice Gaos—, e inclusive algunos de los residentes en España comprendieron simplemente con mayor o menor sagacidad histórica, la solidaridad de una nueva España con la conversión de las colonias en naciones. En

cambio, no comprendió la suya con esta conversión la Primera República española”. Pero tampoco comprendieron a la América española los representantes españoles que en las Cortes de Cádiz se negaron a reconocer la igualdad de los pueblos de esta América con los pueblos de los reinos de la Península. Incluso se dudó, como en el pasado colonial, de la capacidad para el autogobierno, por un origen racial o por ello humano de los habitantes de esta América. La arrogancia se impuso aun en el mismo momento en que España enfrentaba la invasión extranjera y un monarca impuesto desde el otro lado de los pirineos. Poco después, José Martí, que en nombre de su pueblo, Cuba trata de romper, no con España, sino con el dominio impuesto por el imperio, se duele de la incomprensión de la Primera República a las demandas de reconocimiento de libertad republicana de la república al otro lado del Atlántico. No se acepta la relación fraterna y se insiste en el paternalismo propio para los “homúnculos” de que hablaba Juan Ginés de Sepúlveda.

Gaos resume esta historia de desencuentros originados en arrogancias diciendo: “En el siglo XVIII se inicia la independencia espiritual de la metrópoli respecto de sí misma, se consuma la de las colonias respecto de la metrópoli: se inician las nuevas naciones hispano-americanas, entre ellas una nueva España. La mayoría de las continentales logaron la independencia política dentro del primer tercio del siglo XIX; la última en lograrla, la de los insulares, a fines del mismo siglo; la peninsular no la ha logrado todavía.” Palabras escritas por José Gaos en 1945, después que la Segunda República Española ha sido aniquilada y los republicanos dispersados.¹ “España —escribe Gaos— es la ‘última colonia de sí misma, la única nación hispano-americana que del común pasado imperial, queda por hacerse independiente, no sólo espiritual, sino también políticamente.” José Gaos muere en su tránsito en México en 1969, por lo que no alcanza a ver la España democrática que surge en 1975, al morir Francisco Franco. Es el reinicio de la historia así resumida por Gaos en el que parece va cambiando la relación imperial paternalista y aceptándose la relación fraterna. Una

¹ José Gaos, *Pensamiento en lengua española*, México, Stylo, 1945.

relación en la que la iniciativa será tomada por la América española. Más clarividentes y generosos que los hombres de la Primera República española sigue Gaos, “los constituyentes de la nueva Hispano-América en América, muy en primer término en México, han comprendido la suya con la Segunda República española, ayudándola combatiente y acogiéndola derrotada y desterrada, reemplazando un anti-hispanismo que seguía siendo reacción contra la vieja España por un hispanismo que promete ser percepción definitiva de la nueva y adopción relativamente a España de una actitud pareja a la adoptada por las naciones hispano-americanas que se habían hecho ya independientes relativamente a las que seguían sujetas a las fuerzas del Imperio”.

Crisis de identidad a uno y otro lado del Atlántico, en la Península Ibérica y en la América Hispana. Problemas de identidad que tendrán diverso origen, el uno ante la conciencia de la decadencia imperial, el otro frente a una identidad que se suponía era impuesta imperialmente. “En el siglo XVII —continúa Gaos— se inició en España y sus colonias americanas el que debe considerarse un mismo movimiento por la identidad de sus orígenes y de su dirección. En España un movimiento de renovación cultural, de reincorporación después de la decadencia inmediatamente anterior, de revisión, de crítica del pasado que había concluido en aquella decadencia.” El “primero, un movimiento de independencia espiritual y política respecto directamente de la metrópoli”. “Ambos, en conclusión, movimientos de independencia respecto del pasado propio, que es el mismo”. Pero, y esto ya sólo lo insinúa Gaos sin precisarlo, el uno respecto del pasado inmediato, la decadencia en que ha culminado el imperio al que dio inicio Colón en 1492. El otro frente al largo pasado imperial. El uno para ¿rehacer el imperio? El otro para ¿acabar con el imperio? Esta distinción quizá explique las arrogantes incomprensiones en las Cortes de Cádiz y las de la Primera República frente a los reclamos de independencia de la América española. Pero son, al final de cuentas, las mismas fuerzas que siguen tanto las que regresan con Fernando VII después de la invasión napoleónica, como las que anulan la Primera y la Segunda Repúblicas españolas. Fuerzas que añoran el viejo pasado imperial.

Estas fuerzas han sobrevivido a uno y a otro lado del Atlántico, dice Gaos: “Han sobrevivido dentro de las nuevas naciones independientes, en las clases o grupos sociales y políticos que han seguido siendo partidarios del pasado o de lo que éste representaba espiritual, social, materialmente; que se opusieron a la independencia y han reaccionado repetidamente contra las manifestaciones y efectos del consecuente desarrollo histórico del movimiento de independencia espiritual y políticamente, apoyando movimientos culturales y hasta políticos y bélicos retrógrados.” Se trata de los mismos grupos que en las colonias hablaban de un orden español para América sin España, y los que frustraron las repúblicas en la Península: “de clases o grupos sociales y políticos con el espíritu de la vieja España imperial —sigue Gaos—, si no con un ideal preciso y expreso programa de restauración del Imperio, pero sin fuerza para imponerse a los demás habitantes de las naciones independientes de la América española, pervive aún el pasado imperial dentro de éstas”. Ese espíritu imperial se mantuvo en el continente americano hasta que los movimientos de independencia le pusieron fin, y se mantendrá aún en la América insular, Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo hasta que otro imperio se los arrebate en 1898; y seguirá vivo en la mente española hasta nuestros días anulando a la Segunda República.

Los españoles a partir del siglo XIX hasta llegar al XX estaban preocupados por el atraso material, científico y técnico respecto de la Europa al otro lado de los Pirineos, del cual, obviamente, se había originado la decadencia, la de la España imperial. Esta decadencia se había iniciado cuando se destruyó la Armada Invencible con la que España trató de dominar a Inglaterra para castigar la heterodoxia. La técnica que había permitido a don Juan de Austria vencer a los turcos en Lepanto no era la técnica adecuada para hundir a los ágiles navíos de Isabel Tudor. El historiador francés Fernand Braudel ha analizado cuidadosamente este hecho en su libro *El Mediterráneo en la época de Felipe II*. Recuperar la iniciativa imperial recuperando la ciencia y la técnica, y a la altura en que se encontraban en las naciones europeas, será preocupación central del pensamiento español desde Feijoo

y Cadalso hasta la generación del 98 y el mismo filosofar del que partió José Ortega y Gasset. Se trataba, de alguna forma, de recuperar la vieja y ya caduca identidad imperial. La actitud española en las cortes de Cádiz en 1812 y la de la Primera República indican que así fue, aunque se diese ya en otro contexto, ya propio de los nuevos imperios europeos que siguieron y desplazaron al español en el siglo XVIII.

Por lo que se refiere a la América española, una vez alcanzada su independencia, su preocupación central fue borrar una identidad que consideraba le había sido impuesta adoptando otra. Nada había en el propio pasado, como lo había en España, que permitiese hacer del mismo un modelo de futuro. “Cuando las águilas francesas — escribe Simón Bolívar— sólo respetaron los muros de la ciudad de Cádiz y con su vuelo arrollaron los frágiles gobiernos de la Península, entonces quedamos en la orfandad.”² ¿Por qué fue así? Porque los hispanoamericanos, al ofrecer su solidaridad a la España agredida por Francia, sólo habían encontrado el rechazo de la misma España que se negaba a reconocer con los americanos otra relación que no fuese la de dependencia, indiscutida subordinación. Vano había sido que los hispanoamericanos se insubordinasen contra el poder extranjero impuesto a España al grito de “¡Viva Fernando VII!”. Esta gente, fue la respuesta, no podía hacer otra cosa que callar y obedecer. “Los americanos —sigue Bolívar— en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo y, cuando más, el de simples consumidores”. Igual decepción sentían en nuestro tiempo los llamados pueblos del Tercer Mundo que ayudaron, con su sangre y bienes, a las llamadas naciones libres para vencer al nazi-fascismo e imperialismo japonés, para que una vez vencidos éstos se negasen a reconocer y concederles las mismas libertades que el totalitarismo vencido había negado. Los pueblos de la América española quedaban así en la orfandad, no porque ellos hubiesen rechazado a España, sino porque los españoles se negaban a verlos como sus

² Simón Bolívar, “Carta de Jamaica”, *Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, México UNAM, 1978.

iguales. El modelo a realizar, el arquetipo de futuro, había entonces que buscarlo fuera de un pasado pura y simplemente infamante.

Alcanzada la emancipación política, la inteligencia de la América española empezó a hablar de la necesidad de una nueva emancipación, que llamaron emancipación mental. Había que hacer de estos pueblos en América naciones semejantes a las que habían surgido en la Europa occidental y en los Estados Unidos al norte de esta misma América. Tenían que hacer suya la ciencia, la técnica, las constituciones, leyes y costumbres de esos pueblos eliminando las heredadas de la España imperial. Pero ¿no era esto lo mismo que en España pretendían hacer los españoles que querían rebasar la decadencia? Sí, pero con otra intención, con otro espíritu. Los españoles para recuperar, de alguna manera, lo que habían sido; los hispanoamericanos para ser distintos de lo que habían sido, para no ser medios de progresos ajenos. Los primeros acaso para volver a instrumentar pueblos, los segundos para no volver a ser instrumentados. ¡Ser como Francia! ¡Ser como Inglaterra! ¡Ser como Alemania! ¡Ser como los Estados Unidos!, será el grito que se escuche a uno y a otro lado del Atlántico, pero con distintas intenciones. Unos para recuperar identidad, otros para crear identidad. ¡Seamos los Estados Unidos de América del Sur!, grita Domingo Faustino Sarmiento en la Argentina. ¡Seamos los yankees de la América del Sur!, reclaman el argentino Alberdi y el mexicano Justo Sierra. Un reclamo que hace urgente la presencia de un nuevo imperialismo, los Estados Unidos. Era éste el modelo a seguir. Ser como ellos o ser como Europa para salvar a los pueblos colonizados por España. En cuanto a lo español, borrar toda herencia impuesta, tanto racial como cultural. Domingo Faustino Sarmiento plantea la disyuntiva ¿civilización o barbarie?, y barbarie es, precisamente, todo el pasado con el que contaban los hispanoamericanos. El pasado español ya fuera de la historia, el primitivo pasado indígena y el servil pasado africano y la mezcla de todo eso. Será menester un lavado de sangre y de cerebro. Lo primero mediante una fuerte inmigración anglosajona que haga por la América de Sur lo que ha hecho por la América del Norte; lo segundo mediante la adopción del positivismo y el utilitarismo que permitiesen formar hombres prác-

ticos que hiciesen de sus pueblos naciones semejantes a las europeas y a los Estados Unidos. Borrar todo el pasado, arrancar el pasado colonial impuesto en la sangre como en la mente. Sólo así se evitará volver al mismo pasado al que quisieran regresar los españoles.

Se llega así a 1898. Este movimiento representa, escribe Gaos, “entre el momento inicial que puede cifrarse en la fecha 1810 y el eventual momento final, un momento intermedio de importancia singular, el que corresponde al año 98. El 98 data a un acontecimiento de importancia máxima en la historia de España, y de la América española: el fin del imperio español”. La aventura imperial iniciada el 12 de octubre de 1492 llegaba a su fin; las últimas colonias españolas en ultramar, en el Caribe y el Pacífico son arrancadas a España. Lo que era un movimiento de liberación semejante al resto del Continente hispanoamericano se convierte en el inicio de otra aventura imperial, la de los Estados Unidos de Norteamérica. Con ello la recuperación del viejo pasado imperial pasa a la historia, ya que otro imperio, más joven y fuerte, rebasa al español y pronto rebasará a todo el imperialismo europeo. “En el 98 —dice Gaos—, al hacerse independiente de la metrópoli la última colonia, no sólo se hacía independiente ella de la metrópoli: *ipso facto* hacía independientes decisivamente consigo a las antes también colonias y a la metrópoli misma del pasado común terminando con el imperio en la misma forma en las colonias y en la metrópoli.” Otro deberá ser ya el proyecto de una España sin colonias y sin ninguna posibilidad de recuperación de las mismas. Este será rebasar los Pirineos, reintegrarse a Europa, volver a ser parte activa de la misma. Un proyecto que se considera que la expansión ultramarina había anulado: europeizar a España. Hacer suyo el espíritu de la Francia republicana y la Alemania de las grandes metafísicas y ciencias. La generación española del 98, en algunas de sus expresiones, hace patente su afán por negar el ya inútil pasado imperial español, pero también por olvidar la pasada carga del imperio, las colonias que él mismo originó. Pedro Laín Entralgo ha descrito el problema que se plantea a la generación española de la derrota imperial frente al otro imperialismo.

Habrá entonces que volver sobre sí mismos, descubrir la oculta identidad que el imperio cubrió a lo largo de los siglos. Miguel de Unamuno, poco tiempo antes de la derrota, en 1895, escribí: “España está por descubrir y sólo la descubrirán españoles europeizados.” Otra vez la vieja preocupación de los Feijoo en el XVII, pero ahora precipitada por el fin de la era imperial. Pío Baroja con brutal rechazo del pasado imperial y colonial escribe: “Hemos purgado el error de haber descubierto América, de haberla civilizado más generosamente de lo que cuentan los historiadores extranjeros con un criterio protestante imbécil”. “España ha sido durante siglos un árbol frondoso, de ramas tan fuertes, tan lozanas, que quitaban toda la savia del tronco”. “Se han perdido las colonias; se han podado las últimas ramas y España queda como el tronco negruzco de un árbol desmochado”.³  El mismo sentimiento de orfandad que describe Bolívar al término del coloniaje? La América española, para superarlo, buscar  al otro lado del Río Bravo y al otro lado del Atlántico, en la Europa más allá de los Pirineos, el modelo que supere el colonial anulado. España también hará lo mismo, su inteligencia buscar  al otro lado de los Pirineos el complemento de una identidad ya puesta en crisis. Y en este empeño repetirá muchos de los esfuerzos hispanoamericanos por ser distintos de lo que eran, por rebasarse a sí mismos, una tarea que señala José Gaos como imposible.

1898 ponía en entredicho el pasado imperial y con él el mundo que éste había originado allende el Atlántico. Para la europeización de España era pesada carga ese pasado, tanto el imperio anulado como el abigarrado mundo que éste había originado. Se ponía también en entredicho toda una parte de la historia iniciada el año 711 en que el moro Tarik empezó la conquista de la Península y con ella la mestización de razas y culturas que los mismos españoles mestizados complementarían en la América con la que se encontró Colón en ese 12 de octubre de 1492. Esta mestización, concebida como yuxtaposición de razas y culturas, será el problema a resolver de la emancipada América Ibero y de la España empeñada en definir

³ Pedro Laín Entralgo, *España como problema*, Madrid, Aguilar, 1956.

otra identidad que no fuese la puesta en crisis por la derrota. Preocupación angustiada ya expresa en la *Carta de Jamaica* de Simón Bolívar, como lo estará en las *Meditaciones* del heredero de la Generación del 98, José Ortega y Gasset. Bolívar se siente desgarrado entre lo americano y lo europeo, lo indígena o africano y lo español. Ortega entre la Europa latina, del Mediterráneo, creada por Roma, y la Europa germana del Sacro Imperio. Ambos obligados a amputar. Algo a que ambos se resisten. Para Ortega potenciar lo europeo es potenciar lo germano. “”Mi alma es oriunda de padres conocidos —dice—; yo no soy sólo mediterráneo. No estoy dispuesto a confiarme en el rincón ibero de mí mismo. Necesito toda la herencia para que mi corazón no se sienta miserable”. “¿Por qué —pregunta— el español es obstina en vivir anacrónicamente consigo mismo? ¿Por qué se olvida de su herencia germánica?”. Superar lo latino, lo mediterráneo, será superar, nada más y nada menos que la barbarie. “Detrás de las facciones mediterráneas —dice Ortega— parece esconderse el gesto asiático o africano, y en éste —en los ojos, en los labios, asiáticos o africanos— yace como adormecida la bestia infrahumana presta a invadir la entera fisonomía”.⁴ Ortega recuerda la actitud del argentino Sarmiento ante la Civilización y la Barbarie, salvo que Ortega tratará sólo de conciliar su ineludible y multifacética identidad con el racionalismo metafísico germánico. El pasado español, que no está ya en el Imperio, puede ser recuperado mediante la europeización de España a través de lo que parece ser lo más destacado de ésta, el germanismo.

1898 tendrá para la América española otro sentido. La ruptura con el pasado colonial español iniciada en 1810 se cierra pero en otra dimensión, la de la solidaridad hispana, la solidaridad propia de pueblos que crean comunidades y no sociedades resultantes de contratos renovados en función de intereses. En los mares caribeños y filipinos había quedado hundido el Imperio. Hundido por el mismo agresor que en América amenaza a toda la América que se llamó a sí misma latina para distinguirse de la agresora sajona. México había sabido de la agresión en 1847, como Centroamérica en 1854.

⁴José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente. 1946.

La agresión a la España imperial era sólo expresión del nacimiento de un nuevo y poderoso imperio que los hispanoamericanos se negaban a aceptar. Latinoamérica se solidariza con España, pero no con el imperio, y en esta solidaridad sus pasadas y aún latentes guerras de independencia son vistas como guerras civiles. Guerra entre hispanos, entre iberos, para afirmar la dignidad humana que no puede ni debe ser regateada. La América Latina, como España en ese 1898, vuelve también los ojos sobre sí misma, sobre su pasado, pero no ya para negarlo u olvidarlo como fuera últimamente intentado a lo largo del siglo, sino para afirmarlo.

De nordanía califica el uruguayo José Enrique Rodó el afán por hacer de esta América otros Estados Unidos pretendiendo aceptar simplemente la hegemonía de los creadores del modelo así adoptado. Hay que volver al pasado, pero no al pasado colonial impuesto por España, sino al pasado español que originó la lengua, cultura, hábitos y costumbres propios de la región. El cubano José Martí se sabe español como sabe a España suya a pesar de la arrogancia imperial que ha impedido a los españoles ver en otros a sus semejantes. Lo extraño, lo ajeno a esa identidad que ha de ser recobrada es lo que amenaza a la región, que ya la ha golpeado y que con su triunfo sobre el imperialismo español anuncia su propio triunfo y expansión. La aventura imperial iniciada en 1492 queda así terminada en 1898 y con ello se inicia la que puede ser la integración de la parte de la humanidad que ha hecho del mestizaje signo de riqueza y no de rebajamiento. La unidad de lo múltiple que la América bajo dominio hispano hace suya adoptando el calificativo de latina. No lo latino como oposición a España, sino como oposición al nuevo imperialismo calificado de sajón. Lo latino como expresión del espíritu que permitió a la antigua Roma crear un imperio en el que se encontraban las diversas razas y culturas que poblaban el Mediterráneo, tanto las europeas como las asiáticas y las africanas. La latinidad que levanta panteones donde todos los dioses podían ser objeto de culto y con ellos las culturas y hombres de los que eran expresión. Por lo latino, dice José Vasconcelos, los hispanoamericanos recuperaban a España. La sangre vertida en las guerras de independencia impedía aún adoptar el calificativo de

hispanos, pero será a través de lo latino, que incluía tanto al español, como al africano y al indio, que se recuperaba a España. Ya no se trataba de optar, de elegir, sino de asumir lo que era y a partir de esta asunción ampliar una identidad en la que podían encontrar su sitio todas las expresiones de lo humano.

La historia ha continuado su marcha. Estamos ya a punto de finalizar el siglo XX y se recuerdan, festejan o conmemoran momentos estelares de esta ya ineludible historia. El 12 de octubre de 1492 es parte de este recuerdo, conmemoración y reflexión. Fue el inicio de la aventura imperial de España que ahora es parte de la aventura del hombre por reconocer y hacerse reconocer. Quinientos años de historia que no pueden ser cambiados, pero sí servir como experiencia para el ineludible futuro del hombre. Ese 12 de octubre de 1492 las que fueran historias regionales de Europa, Asia, África y América se encontraron originando lo que ahora llamamos historia universal. Más allá del descubrimiento, la conquista y la colonización está el mundo que originaron para ser rebasadas. La historia del mestizaje en el que la ineludible universalidad, pluralidad de lo humano puede ser integrada sin negar sus múltiples expresiones. Conciencia de la universalidad en la pluralidad, en el ser distintos unos hombres de otros, unos pueblos de otros; pero no tan distintos que no sean semejantes entre sí por esa su diversidad como concreción de lo humano. lo humano en sus diversas expresiones.

Cinco siglos después, en 1992, España se reintegra a Europa; en realidad nunca estuvo fuera de ella, se la reconociese o no como tal. Se prepara a ser parte de una comunidad en la que la diversidad de que hablamos es extraordinariamente obvia. Pero no tan diversa que no pueda integrarse en la búsqueda de metas comunes. El proyecto latinoamericano de integración política, ya que cultural y racialmente está integrada, sigue aún siendo un sueño, una esperanza que tendrá que ser pronto realizada por los hombres y los pueblos que han de trascender sus ineludibles diferencias en lo que le es común más allá de sí mismas. ¿Por qué no también América Latina? Es de esperarse que la ya pronta oficialización de la integración europea no separe a España de la otra parte de su ineludible iden-

tividad. No para que Latinoamérica sea a su vez parte de Europa, sino para que sin serlo considere a esa Europa como parte ineludiblemente suya. Con tal fin habrá que superar arrogancias y rencores para lo que España busca en Europa y Latinoamérica en América sea también posible entre continentes, entre los diversos pueblos que conforman la que llamamos globalmente humanidad.

Jornadas Americanistas
Santa Fe, Granada, octubre de 1989

PROBLEMAS DE IDENTIDAD E INTEGRACIÓN

1. *Identidad impuesta*

Un resumen de la historia común iberoamericana de la región a uno y otro lado del Atlántico, iniciada el 12 de octubre de 1492, hace quinientos años, se encuentra en el discurso que Alfonso Reyes pronunció en 1936 en Buenos Aires, Argentina. Discurso sobre la *Inteligencia americana* leído ante un destacado grupo de intelectuales europeos y latinoamericanos y dirigido a los primeros, por el cual hace expreso el derecho de la inteligencia de esta región a participar en la elaboración de la cultura universal, exigiendo el reconocimiento a la mayoría de edad que esta inteligencia ha alcanzado. “Hace tiempo —dice Reyes— que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación y de igualdad. Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros.”

Esta conciencia de nivelación, de igualdad en la participación de América en la elaboración de la cultura universal, de la que fueran adelantados los europeos, se ha hecho patente a través de la historia iniciada el 12 de octubre de 1492. Larga historia en la que se plantearon desde el principio problemas de identidad, y con ellos los debates respecto de la posibilidad o imposibilidad de la integración de los pueblos de la región cuestionada. Alfonso Reyes resume esta historia como una cáscara de nuez diciendo que el hombre de esta región y, como contrapartida, el hombre ibérico al otro lado del atlántico, se sentían dentro de un círculo de fatalidades concéntricas. En primer lugar, la ineludible fatalidad de ser humano, “porque el delito mayor del hombre es haber nacido, decía Calderón”. En segundo lugar, ‘haber llegado muy tarde a un mundo viejo’. Estar

fuera del mundo que, aunque viejo, seguía haciendo la historia, esto es, de Europa, del Mundo Occidental. En tercer lugar, la desgracia “muy específica de ser americano; es decir, nacido y arraigado en un suelo que no era el foco actual de la civilización, sino una sucursal del mundo”. Y una mayor desgracia, el ser, dentro de América, un latino, esto es, “de formación cultural latina”. Peor aún, “Ya que se pertenecía al orbe latino, nueva fatalidad dentro de él pertenecer al orbe hispanico”. El viejo León había perdido la carrera de la historia. Los acontecimientos de 1898 habían significado su expulsión de América y de la historia bajo el impulso del espíritu sajón encarnado en los Estados Unidos. Y dentro de esta América ser sucursal de la historia, vida secundaria: lo “hispano-americano”. “Nombre que se ata con un guioncito como cadena”. Y dentro de esta América española el haber nacido “en la zona cargada de indio”, visto todavía como un fardo y no como altiva esperanza. Peor aún para los que más cerca estaban del poderoso vecino, pujante y pletórico, los Estados Unidos. Sin embargo todo esto ha pasado, agregó Reyes. Esto ha pasado y ahora hay que ahuyentar los fantasmas de la superstición que sólo han sumado desgracias.

En esta historia y sus fantasmas está, obviamente, inmiscuido el hombre y la cultura del mundo al que Colón sacó de sus hogares enfrentándolo a un mundo extraño a su peculiar expresión de identidad. España y Portugal dejaban de ser insulares y la ruptura de esa insularidad alcanzó también a la Europa al otro lado de los Pirineos. La Europa Ibérica primero, y la otra Europa después, se lanzarán sobre los mundos que la hazaña colombiana ha puesto a su alcance. En su expansión arrastrarán consigo las limitaciones de su propia insularidad, de su propia y concreta identidad. No podía ser de otra forma. Por ello España no pudo ver en los indígenas con los que tropezó Colón, ni en los indígenas y culturas que encontraron los conquistadores, sino paganismo, aberraciones demoniacas, por lo que impusieron su religión, hábitos, costumbres y lengua. Trataron, aunque inútilmente, de arrastrar, de destruir o cubrir el extraño mundo de hombres y culturas diferentes de las propias. Así, sobre las ricas culturas indígenas con las que Cortés y Pizarro se tropezaron, se yuxtapuso su propia y peculiar cultura. Lo supuestamente

superior sobre lo supuestamente inferior. Así, a la desgracia de haber nacido se sumaba la desgracia de ser indio y, como tal, inferior a su conquistador y colonizador. Desgracia que abarcará a todo nacido en la región, ya sea indio, criollo o mestizo. A esto se suma el desarraigo impuesto a otros hombres y culturas arrancados de sus hogares en la lejana África para hacer el trabajo rudo que los indígenas americanos no alcanzaban a hacer; la raza negra de África, sometida también a la esclavitud, a lo largo de toda América Ibero. Para romper los círculos de estas primeras desgracias impuestas a los hombres de la región, los nacidos en América reclamaron su emancipación, esto es, su derecho a ser libres, su derecho a la autodeterminación. Allí, en el Norte, al otro lado de la América bajo hegemonía ibera, estaba la América de origen sajón que ya había puesto fin al dominio europeo sobre sus tierras. A la Revolución de Independencia norteamericana del 4 de julio de 1776, se suma como ejemplo la Revolución Francesa de 1789. Había que hacer lo mismo que los Estados Unidos, seguir lo que habían hecho la propia Europa de la Revolución Francesa y la industrial de Inglaterra. Tal sería la meta a alcanzar para anular las desgracias de haber nacido en la América española e ibera, fuera de las lejanas metrópolis, entre indios y negros o mezclados con ellos. ¿Qué somos? —preguntaba Bolívar—, ¿indios?, ¿españoles?, ¿americanos?, ¿europeos?, interrogante que planteará también el civilizador argentino Domingo Faustino Sarmiento. En la lucha por romper los círculos de desgracia impuestos por la conquista y la colonización ibera a lo largo de tres siglos, los hombres de la región empezaron a hablar también de integración. Hombres integrados por la fuerza en la dependencia bien podían integrarse voluntariamente en la libertad, tal será el reclamo de Simón Bolívar y sus pares en esta región de América.

2. Cambio de identidad

La integración en la libertad implicaba la ruptura de la integración impuesta por el colonaje. La ruptura con el mundo y cultura iberos. Difícilmente aceptarían ser parte del mundo ibérico hombres

y pueblos que habían sido integrados bajo su dependencia. ¡Seamos como la Inglaterra de la Revolución Industrial! ¡Seamos como la Francia, Inglaterra y Estados Unidos, libres! Romper con el pasado impuesto, con la historia y cultura en que habían sido forjados y educados. Todo esto implicaba un cambio de identidad, el tener que ser distinto de lo que se era; dejar de ser hispanos, iberos e inclusive latinos, para poder ser como los hombres que estaban levantando naciones al norte de esta América y al otro lado en la Europa occidental. Los Estados Unidos, Inglaterra y Francia se presentaban como los grandes modelos a seguir para acabar con la cultura impuesta por la colonización. Pero el afán por ser otro de lo que se es, lo que se había obligado a ser, hizo expreso el otro círculo de desgracias de las que habla Reyes. La desgracia de ser dependencia de un mundo que había pasado a la historia. La desgracia de no pertenecer al mundo sajón, inglés o estadounidense, o de no ser francés. Desgracia que sentían los mismos españoles y los iberos en general, y que era la conciencia de estar fuera de la historia, de la cultura y la civilización que estaba dando origen a una nueva ciencia para la cual no estaban preparados los iberos. Pero si los iberos en Europa no estaban preparados para la nueva civilización, menos aún lo estaban los pueblos que habían sido integrados bajo su dependencia. ¡Seamos como la Inglaterra de la Revolución Industrial! ¡Seamos como la Francia de los derechos del hombre! Para lograrlo será menester un nunca imaginado lavado de cerebro, educado en las filosofías en que se habían formado los hombres prácticos de la civilización, en el positivismo, el utilitarismo y el pragmatismo. Igualmente hará falta un gran lavado de sangre que traiga a esta América gente nueva que hiciera por ella lo que otros inmigrantes habían hecho por los Estados Unidos. A la emancipación política debería seguir la emancipación mental e inclusive étnica.

3. Recuperación de identidad

Todo fue en vano. Pronto aprendieron los hombres y pueblos formados bajo el coloniaje ibero que no se podía cambiar de mente ni de piel. Que no se podía ser como los hombres de los grandes

modelos de la modernidad de esos días. A la desgracia de haber nacido en América, bajo dominio ibero, de sangre ibera, india, africana o mestiza, se agregaba la desgracia de no poder entrar en el mundo de la civilización europea y occidental en otra relación que no fuese la de dependencia. Sólo se podía romper con el coloniaje ibero para libremente adoptar otro coloniaje, supuestamente más provechoso, y dentro de él aprender a ser distinto. Que no era posible otra relación con los grandes modelos daban fe agresiones como la de Estados Unidos a México en 1847 y Centroamérica en 1855. Las agresiones de Francia a México en 1862 y las de Inglaterra a lo largo de América del Sur. Estas naciones no permitirían en forma alguna ampliar su civilización, su cultura, limitando con ello los intereses que se derivaban de ella. A la propuesta de Bolívar para una integración de la región libre del dominio ibero se proponía la integración bajo dominio estadounidense, expresada por el presidente James Monroe en 1826.

¿Qué ser entonces? Se empieza a acuñar un nuevo término: latino. Una nueva expresión de identidad e integración que utilizan, entre otros, el pensador chileno Francisco Bilbao ante la agresión estadounidense a México en 1847, y el colombiano José María Torres Caicedo, ante la agresión a Centroamérica en 1855. Al finalizar el siglo XIX lo usan también José Martí y José Enrique Rodó. La América Latina vista como contrapartida de la América Sajona, a partir de una renovada búsqueda de integración: la latinoamericana. Pero también a través del calificativo de latino se irá incorporando la vieja y repudiada identidad heredada del dominio ibero.

No era ya una desgracia ser indio, latino, español, ibero o mestizo, ni tampoco el haber nacido en una región en la que los hombres y culturas de diversas partes del mundo se encontraban e integraban. Desgracia será pertenecer a una raza y a una cultura limitada, mezquina, excluyente, como la sajona. En nuestra América, dice Martí, ha de ser orgullo llevar la sangre española del padre con la sangre india de la madre. La sangre del africano y la de todos los pueblos que se han mezclado en esta región creando nuevas razas y culturas. Esto había sido obra ibera, como algo natural. La Iberia que había aprendido a mestizarse étnica y culturalmente bajo el

dominio musulmán a lo largo de ocho siglos, originó naturalmente el mestizaje en América. Los hombres de esta región, por grandes que pareciesen sus desgracias, no tenían por qué abjurar de su herencia, de lo que han sido, para poder ser distintos y para ello aceptar una nueva dependencia.

4. Reconciliación y rechazo

Esta actitud alcanza su culminación en 1898, el año con que sorpresivamente los Estados Unidos declaran la guerra a España; hunden su flota en el Caribe y el Pacífico expulsándola de sus últimos enclaves coloniales para imponer los propios. Esta guerra será vista por América Latina como una agresión a ella misma, agresión a sus propias expresiones de identidad, hechas al mundo del que se sabía era parte. José Vasconcelos, de la generación a la que pertenece Alfonso Reyes, escribe: “Las derrotas de Santiago y de Cavite y Manila son nuevos instantes, pero lógicos, de las catástrofes de la Invencible.” “El conflicto está ahora planteado totalmente en el nuevo Mundo.” “Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo, en nuestra época, pugna de instituciones, de propósitos y de ideales”. A través de lo latino la integración bolivariana se extiende a la Iberia al otro lado del Atlántico. A través de lo latino se incorpora a España, al mundo ibero. Sin renunciar a la propia y concreta identidad, se reincorpora la identidad de los pueblos iberos al otro lado del Atlántico.

En España la experiencia de la guerra hispano-estadounidense no fue recibida como en Latinoamérica. La España, y con ella la generación que adoptara como nombre el de ese año dramático, consideró que la relación que mantuvo con la América Latina en tres siglos de coloniaje fue tiempo perdido. Su sangre y cultura desperdiciadas en pueblos que no lo merecían. Estas fuerzas pudieron haber hecho de España una nación plenamente europea. España había venido sintiendo como una desgracia su expulsión de la historia moderna, de la historia de Europa. España, escribe Unamuno poco antes de 1895, está por descubrir y sólo la descubrirán españoles europeizados. “Hemos purgado el error de haber

descubierto a América, de haberla civilizado más generosamente de lo que cuentan los historiadores extranjeros”, dice Pío Baroja. Y agrega: “España ha sido durante siglos un árbol frondoso, de ramas tan fuertes, tan lozanas, que quitaban toda la savia al tronco.” “Se han perdido las colonias; se han podado las últimas ramas y España queda como un tronco negruzco de un árbol desmochado.” Así, mientras en América Latina, ante el mismo hecho histórico, se recupera la vieja identidad y con ello se resuelven los problemas de identidad, en España se agudiza el problema de su identidad. ¿Qué somos? ¿Mediterráneos? ¿Germanos? ¿Godos? ¿Iberos? ¿Europeos? “¿Por qué el español olvida toda su herencia germánica?”, pregunta Ortega. “Detrás de las facciones mediterráneas —agrega— parece esconderse el gesto asiático o africano, y en éste yace como adormecida la bestia infrahumana presta a invadir la entera fisonomía.” Habrá que conciliar al ibero con el germano. Para ello habrá que regresar a Europa. Germanizar a España, europeizarla. Tal ha de ser la meta a lograr ante el desastre del 98.

Las relaciones entre Brasil y Portugal serán distintas, menos conflictivas que las de Hispanoamérica con España. Allí se alcanzó la independencia política sin la violencia que caracterizó a las guerras de independencia hispanoamericanas. Esta diferencia, sin embargo, implicó un apartamiento del Brasil del contexto ibero o latinoamericano. Brasil vio más hacia el otro lado del Atlántico y menos hacia los países que circundaban su territorio. Esto ha cambiado en los últimos años; la preocupación latinoamericanista del Brasil se ha acrecentado. Existe algo en común, situaciones comunes, frente a nuevas formas de dependencia que hay que enfrentar y esto origina una nueva relación del Brasil con el resto de América Latina.

5. La España peregrina

La América formada bajo el coloniaje español romperá sus celos y resentimientos con la España de los últimos tiempos. Primero con la España que en 1898 sufre la agresión del poderoso

vecino de esta nuestra América. “Subsistía, dice Vasconcelos, la huella de la sangre vertida en las guerras de independencia, algo que no podían borrar los siglos, pero que habría que borrar ante el peligro común.” Este peligro estaba en las nuevas formas de dependencia que tendrían que ser también enfrentadas. Tal es lo que está uniendo a la América Latina y puede unirla con la región ibera al otro lado del Atlántico. La América Latina y la Europa Ibera saben ya de las presiones sufridas dentro del nuevo orden mundial que se fue diseñando desde ese año de 1898. Saben también de dictaduras al servicio de intereses ajenos a las propias naciones. Dictaduras estimuladas y sostenidas de muchas formas para mantener el nuevo orden mundial apuntalado a lo largo de las dos guerras mundiales que sacudieron a Europa y al resto de la tierra. La Europa misma ha ayudado, sometida a este nuevo orden mundial bajo el liderazgo de los Estados Unidos; la guerra fría fue el instrumento para mantener sus hegemonías, junto con la guerra sucia para sofocar toda expresión de independencia frente al nuevo orden.

El fascismo, estimulado por los intereses de naciones que se denominaban libres para luego a su vez enfrentarse al mismo, afectó a la Europa Ibera como Italia y Alemania. Otras formas de totalitarismo también estimuladas por esos intereses sacudieron a las repúblicas latinoamericanas. La Guerra Civil española, iniciada en 1936, originó un nuevo reencuentro de ésta con la América Latina. Esta comprendió la tragedia, como había comprendido la de 1898. A la América Latina, en especial a México, llegaron muchos españoles huyendo de la represión fascista, como muchos latinoamericanos habían también huido a su vez, de otras formas de represión al servicio de las mismas fuerzas extranjeras. La reconciliación con la España de la que se tenía sangre y cultura se acrecentó así en Latinoamérica. El latinoamericano no tenía que seguir luchando en su interior, consigo mismo, para definir su identidad, por conciliar al conquistador con el conquistado, y al colonizador con el colonizado. Y a esto se refirió Bolívar cuando escribió: “no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles.” “Siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que

disputar éstos a los del país y mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado de la historia.” Pero a pesar de ello, decía Bolívar, también “estamos autorizados a creer que todos los hijos de la América española, de cualquier color o condición que sean se profesan un afecto fraternal que ninguna maquinaria es capaz de alterar”. Son los intereses limitados, la codicia y la ambición, los que han originado las guerras civiles, pero esto es algo propio de todas las naciones. “Lo que es, en mi opinión, realmente temible —agregaba—, es la indiferencia con que la Europa ha mirado hasta hoy la lucha de la justicia contra la opresión, por temor de estimular la anarquía.” Lo peligroso era la indiferencia de las naciones que enarbolaban banderas de libertad pero se negaban a reconocerlas en otros pueblos porque ello podía afectar y limitar sus intereses.

Han pasado quinientos años que, aunque no lo queramos, pesarán sobre nuestras espaldas, al uno y al otro lado del Atlántico, si no somos capaces de asimilar la experiencia de esta historia. No se puede seguir cargando con sus problemas, sus resentimientos y arrogancias; por el contrario, habrá que aprender de toda esta experiencia para rebasarlo. A lo largo de la tierra se están ahora formando bloques de intereses tanto en Europa y Asia, y se apuntan en África y Medio Oriente. Frente a estos bloques es que ahora nuestros poderosos vecinos, los Estados Unidos, se empeñan en ser garantía del nuevo orden y dentro de él buscar en América la integración de la región. ¿Se trata de una simple ampliación de la doctrina Monroe? ¿O bien es ésta la posibilidad para los sueños integracionistas de Bolívar? esto sólo será así si previamente las naciones que se denominan latinoamericanas son capaces de integrarse en defensa de lo que es común a sus intereses, sin por ello renunciar a su peculiar expresión de identidad.

6. *¿Qué hacer con quinientos años?*

Dentro de este horizonte vuelve a estar presente en la América Latina la Europa Ibera. Es otra parte de Europa la que, quíerese o no, ha pesado en la historia de esta región de nuestro continente y

puede también pesar en los destinos de la misma Europa. Pues fue esta Europa, la Ibero, la que inició en 1492 los cambios en un mundo que aún tienen que ser enfrentados en el presente, lo que originó la universalización de la historia. ¿Qué relación puede entonces tener ahora esta Europa Ibero con nuestra América? Esta nuestra América lleva dentro de sí a la Europa Ibero, pero ya no lo siente como una desgracia. Lleva dentro a Iberia sin ser Iberia, como lleva dentro a la América indígena con sus culturas, como al África obligada a incorporarse por los explotadores de la región. Llevamos dentro todo eso, lo acepta y puede actuar en conjunto. Ahora bien, ¿la Europa Ibero está dispuesta también a participar solidariamente en un futuro común ibero-americano?

Un futuro común originado en una historia común iniciada ese 12 de octubre de 1492. Quinientos años después para la América Latina, la Europa Ibero no es ya un problema; los problemas de la región están ahora en otras partes. Por ello no tiene sentido enarbolar leyendas negras estimuladas por intereses que buscan hacer olvidar su actual y propia leyenda negra. La América Latina quiere conciliar sus intereses con las regiones que plantean ahora sus problemas; a lo que se niega es a ser instrumento de los mismos como se negó a serlo de Iberia en el pasado. La Europa Ibero puede, por ello, mantener ahora una relación distinta con Latinoamérica de aquélla a la que se dio fin en el pasado siglo XIX.

Son muchos los signos positivos de que la relación solidaria que se inició para la América Latina respecto de la Europa Ibero en 1898 puede ser aún más amplia, siempre y cuando no prevalezcan en la Europa Ibero los viejos complejos de identidad por su relación con la Europa al otro lado de los Pirineos. No es necesario europeizar a la Europa Ibero, esta región es también europea como lo son otros pueblos de esa misma Europa, con sus peculiares identidades. Tan peculiar es la Europa Ibero como lo es la germánica, gala, británica o eslava. Los latinoamericanos hace mucho tiempo que no sienten el pasado ibero como una desgracia, sino como parte positiva de su identidad. Esperamos que América Latina también lo sea así para Iberia preocupada por sus relaciones con el resto de Europa. En Europa hay signos preocupantes por poner vallas de contención al

mundo que su misma expansión incorporó a su propia historia e intereses. Preocupación expresa también en la Europa Ibero. Esperamos que esto no sea, y el mejor signo de que no lo será es la Cumbre que se avecina.

Se perfila un nuevo orden mundial conforme al cual se van aglutinando pueblos de acuerdo con sus ineludibles intereses. Así sucedió en Europa, en Asia y también en América. La solidaridad que habrán de guardar entre sí esos pueblos, con independencia de sus identidades, tendrá que ser positiva en el nuevo orden que se avecina. Iberia dio origen en esta América a una región en la que ha sido posible aglutinar, incorporar, integrar a las múltiples expresiones de identidad de los hombres y pueblos que se han dado encuentro en esa región. Sigue siendo ésta la preocupación de la América que se designa Latina, haciendo de esa latinidad expresión de ésa su capacidad para asimilar etnias y culturas en una Raza de razas. Cultura de culturas y acaso una Nación de naciones, como lo soñaban nuestros mayores.

Cátedra de América Latina
Simposium, Ibero América 500 años después
México, Julio de 1991

SENTIDO Y PROYECCIÓN DEL DESCUBRIMIENTO

En poco tiempo llegará la fecha, el 12 de octubre de 1992, cuyo significado en el horizonte de la historia de nuestros días ha sido objeto de discusiones: el 12 de octubre de 1492. Esta fecha se refiere al momento histórico en que un navegante genovés, Cristóbal Colón, apoyado por España y representándola descubrió un nuevo continente, bautizado después con un nombre ajeno a su descubridor, América. Han pasado 500 años y se sigue discutiendo sobre el significado de esta fecha. Discusión que, obviamente, parte de lo que se quiere y pretende del presente respecto de lo que se quiere del futuro. Lo cierto es que en esa fecha la historia de la humanidad se universalizó, las diversas historias regionales de la tierra se encontraron y fundieron, y así surgieron las preocupaciones por encontrar el sentido o filosofía de la llamada Historia Universal. Pero también en esa fecha se inició la conquista y colonización de los pueblos más allá de Europa, la que de esta forma iniciaría su expansión.

Se habla de “descubrimiento”, “encuentro”, “encubrimiento” o “tropiezo”. Es todo esto, pero ahora lo importante no es calificar el hecho mismo, que es irreversible, sino mostrar el sentido del mismo en relación con nuestros días y lo que el mismo puede significar para el futuro. El pasado no puede cambiarse, pero sí es posible orientar el futuro que ha de resultar de la acción del presente contando con la experiencia del pasado. Un pasado que dialécticamente ha de ser negado para que no se repitan acciones como la conquista y la colonización; el predominio de unos hombres o pueblos sobre otros. Es en relación con el futuro de nuestra región, así como del resto del mundo involucrado en estos sucesos, que han de conmemorarse, no festejarse, los quinientos años que separan el presente de esa fecha. En nuestros días son otros

los protagonistas de la historia, otros son los centros de poder colonizador que aún imponen su dominio en diversas regiones de la tierra. Hoy como ayer se deben seguir enfrentando la conquista y el coloniaje pero en el horizonte propio de estos días. El pasado, insistimos, no puede ya borrarse, pero sí utilizar su experiencia para que no siga siendo. No tiene sentido en nuestros días resucitar la Leyenda Negra contra la conquista y colonización españolas, porque ello no impide la conquista y colonización de nuestros días. Negar lo que fue para que no siga siendo, pero más que nada, enfrentarse a lo que aún sigue siendo aunque hayan cambiado sus protagonistas.

Pensar así el 12 de octubre de 1492, no ya como lo que fue, sino como lo que aún puede seguir siendo quinientos años después. ¿Qué queda de ese ya lejano pasado en nuestra idiosincracia? ¿Cuáles de aquellos hábitos y costumbres que nos fueran impuestos siguen manteniendo su vigencia, posibilitando nuevos coloniajes? ¿Qué hacer, entonces, para ir más allá de estos quinientos años? Esto es lo importante, esto es lo que ha de ser conmemorado, hacer conciencia para impedir que lo negativo siga siendo. Revisemos nuestra historia, pero no para quedar atrapados en ella y convertidos en estatuas de sal, sino para marchar hacia ese ineludible futuro que estamos haciendo. En este sentido debemos preguntarnos también qué representa en el presente de la historia de otros pueblos con los cuales estamos ineludiblemente relacionados. Es en relación con este enfoque del pasado para programar nuestro futuro que debemos preguntarnos qué representamos en el horizonte ya universal de la historia que se inicia en 1492 pero que toma un extraordinario sentido quinientos años después.

Los americanos entramos a la historia universal, como entraron también los europeos, asiáticos y africanos en ese 12 de octubre de 1492. Pero entramos de forma muy peculiar, pues emergimos, aparentemente, de la nada. De la nada en la conciencia de quienes desde Europa se lanzaban a la conquista de los mares para comerciar y quizá conquistar un continente conocido: el Asia. Pues fue buscando Catay y Cipango que Colón tropezó con el Continente que otro navegante bautizara con su propio nombre. Este Continente y los hombres que

lo habitan emergieron así de la nada en la conciencia de sus descubridores. Colón, que buscaba al Gran Khan para entregarle la misiva de sus señores con vías a propiciar el comercio, se tropezó con otro mundo y otras expresiones de lo humano que en vano trató de encubrir con las ideas que tenía de lo que esperaba encontrar. Colón, pragmático, al no encontrar al Gran Señor de estas supuestas tierras asiáticas, fue tomando posesión de las mismas en nombre de sus propios señores. Así empezó la conquista y la colonización en las que poco después participarían otros pueblos europeos hasta extenderlos a la verdadera Asia, Oceanía y África. Bajo el signo de la conquista y la colonización fue que dio inicio la historia universal y con ella las reflexiones de los filósofos europeos para justificar el predominio impuesto por Europa al resto de los pueblos de la tierra. Así fue y ha sido, lo importante es que no siga siendo.

Desde este punto de vista nuestro siglo XX ha sido expresión de la lucha que los pueblos colonizados han hecho a lo largo de la tierra para quitarse los años de dominio que les habían sido impuestos. Lucha iniciada en América, primero en los Estados Unidos en 1776 e inmediatamente después en la que será llamada América Latina, a partir de 1804 en Haití y desde 1810 en todo el continente. Inglaterra en el siglo XVII salió de sus dominios en Norteamérica, dando origen a los que serían los Estados Unidos; España y Portugal abandonaron el resto del continente en el siglo XIX para culminar en 1898 con la expulsión de España del Caribe por la acción ya no liberadora sino neocolonizadora del emergente nuevo centro de poder, los Estados Unidos. En el siglo XX, a lo largo de la tierra, los pueblos bajo coloniaje europeo van alcanzando su emancipación que culminó al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Fin del coloniaje europeo que la nueva potencia en América tratará de ocupar para supuestamente evitar el “vacío de poder”. La Europa ya sin colonias de nuestros días, ahora bajo el ala protectora de las armas estadounidenses, queda como alfil y campo de batalla en la guerra que por la hegemonía mundial mantendrán los Estados Unidos con la Unión Soviética, vencedores ambos en la Segunda Guerra. Se inicia la guerra fría por la que la gran potencia americana afianza su ocupación sobre cualquier supuesto vacío de poder.

La Unión Soviética inicia en 1985 una extraordinaria revolución democratizadora para poner fin a viejas formas de absolutismo. Revolución que hace innecesaria la presencia armada de los Estados Unidos en Europa y propicia la búsqueda de las naciones europeas de una integración que alcanzará su plena realización precisamente en 1992, esto es, quinientos años después de que América emergió en la conciencia europea. La Revolución soviética iniciada por su líder, Mijail Gorbachov, originará también cambios extraordinarios en la Europa Oriental que no contaba la integración de Europa Occidental: la presencia activa de la otra parte de Europa, la del Este, incluyendo a Rusia, centro de la Unión Soviética, en busca de lo que ha llamado Gorbachov "La Gran Casa Europea". El año 1992 se avizora así en situación apenas ayer imaginada: la de la integración total de una Europa ya sin colonias pues considera que no necesita de ellas, pero también con el abandono del mundo que su colonización originó, el llamado Tercer Mundo, dejando al arbitrio del nuevo centro de poder colonial en América aunque disputado ya por uno de los vecinos de la Segunda Guerra, Japón.

Es así como nosotros, los americanos de la otra América, nos acercamos al 12 de octubre de 1992, recordando quinientos años de historia, la historia de la conquista y la colonización y, con nosotros, también los pueblos que a lo largo de la tierra fueron también objeto de conquista y colonización. Llegamos así a esa fecha cuando una Europa sin colonias se prepara a integrarse en su totalidad tratando, paradójicamente, de lanzar al vacío su ya viejo y obsoleto pasado colonial. Una Europa sin colonias que nada quisiera ya saber de sus colonizados, dispuesta a dejar que sean los mismos europeos quienes se encarguen de los diversos quehaceres para el futuro de una Europa exclusivamente propia.

Dentro de esta preocupación está así el mandar al vacío de su propia conciencia al continente que emergiera dentro de ella en 1492: América. Una América ahora abandonada a su suerte bajo la exclusiva hegemonía de la potencia occidental que emergió en este continente. Y con América, igualmente al vacío los pueblos que a partir del descubrimiento de América fueron objeto de conquista y

colonización, el llamado Tercer Mundo. ¿Quiere esto decir que este nuestro Continente, que surgió del vacío o ignorancia en la conciencia europea con el tropiezo de Colón, tiene que volver al vacío anterior a 1492? ¿Esta misma Europa va a mandar al mismo vacío a las razas y culturas de los pueblos que ella misma introdujo en sus propias entrañas para servir mejor a sus intereses? ¿Nuestros pueblos serán campo de disputa entre el viejo imperialismo americano y los que están emergiendo en otras regiones de la tierra como el Asia?

Esto, por supuesto, no podrá ser así. América no puede ya volver al vacío de una conciencia que la hizo emerger dentro de ella. La América situada en los márgenes del llamado mundo occidental, Europa y los Estados Unidos, no puede ya ser regresada al tiempo anterior al 12 de octubre de 1492. Dentro de la América, supuestamente al margen del mundo llamado occidental, está también Europa, con su sangre y cultura y, mezclados con ella, la sangre y cultura de los nativos americanos entonces descubiertos; y con ellos la sangre y la cultura de los pueblos que desde diversas regiones de la tierra, Asia y África, se dieron obligado encuentro en este continente. Somos ese peculiar “género humano” del que habló Bolívar, que no puede volver al vacío de la ignorancia porque ya no puede ser ignorado. Ni Europa, ni los Estados Unidos en América, tampoco podrán arrancar de sus entrañas la sangre y cultura de pueblos fuertemente insertados en ellos para supuestamente sólo realizar trabajo sucio o esclavo. Todas estas razas y culturas —las mismas que hacen parte igualitaria de la que llamamos nuestra América— están también dentro de Europa y Norteamérica, por lo que, quiérase que no, tendrán que contar con ellas en la realización de una casa más amplia que la proyectada Casa Europea, la Casa del Hombre en sus múltiples e ineludibles expresiones.

La reflexión sobre el 12 de octubre de 1492 ha de partir, entonces, de lo que éste significa en nuestro presente, quinientos años después, y lo que puede representar para el futuro, más allá de los quinientos años. Un presente que obviamente tiene que ver con ese ya al parecer lejano pasado, así como con nuestro ineludible futuro. Lo que ha sucedido en los quinientos años transcurridos es una

realidad irreversible de la que tendremos ineludiblemente que partir para realizar un futuro que sí está en nuestras posibilidades, haciéndolo consciente para orientarlo de forma tal que lo mejor del pasado sirva a lo mejor del futuro y lo negativo del mismo pasado pase a ser simple historia y con ello evitado, de forma tal que nunca más vuelva a suceder.

¿Cuál es entonces la coyuntura de la América Latina en el presente en relación con las perspectivas de su futuro? Esta coyuntura la da una historia que pronto cumplirá quinientos años, y las perspectivas de futuro, el contexto internacional que a lo largo de la tierra se ha formado en estos últimos tiempos. Esta América nuestra, la que se autodenomina latina, entró a la historia universal, la que ahora determina su futuro, el 12 de octubre de 1492 que festejan sus protagonistas y conmemoran los pueblos que se originaron a partir de esa precisa fecha. La hazaña de Colón y el pueblo que le siguió y la hizo posible no fue tanto el llamado descubrimiento, conquista y colonización, sino la toma de conciencia de una historia universal antes sólo concebida como una serie de historias regionales que se ignoraban entre sí. La historia regional de Europa, Asia y África, de la que sería bautizada como América y Oceanía, se transforma en historia universal con la hazaña colombina. De esta historia se empezará a hablar en Europa, con Hegel alcanza su culminación eurocentrista hasta llegar a la ruptura de este eurocentrismo en la concepción de un Toynbee en nuestro tiempo. Dentro de esta historia la América Latina será vista como una región pasiva que sus descubridores, conquistadores y colonizadores irán moldeando para convertirse luego en objetos de disputa de otros conquistadores y colonizadores. Dentro de este contexto los hombres de la región, supuestamente pasiva, lucharon una y otra vez contra los avasallamientos del pasado y los que aún se imponen en el presente amenazando su propio futuro. Lucharon contra el colonialismo y el neocolonialismo, insistente lucha de liberación que debería ser renovada permanentemente.

Dentro de esta ineludible relación de la América Latina con el resto de los pueblos de la tierra será central la establecida con España y a través de ella con la Europa de la que esta España ha sido

y es ineludible parte. La relación de dominio de tres largos siglos de historia ha pasado ya a la historia. Los problemas de la América Latina en defensa de sus libertades y el derecho de autodeterminación de sus naciones no se originan al otro lado del Atlántico sino en el mismo continente. Al encuentro de lo que se derivó la conquista y la colonización, en 1492, siguió otro encuentro que también se está recordando en España y América, el encuentro solidario, ya no de dominio, sino fraterno, con la España peregrina, del exilio o del transtierro como la llamó José Gaos. Encuentro que se inició hace apenas medio siglo. Periodo de cincuenta años con el que culmina una historia de quinientos años. Expresión de este encuentro es para los latinoamericanos la España actual, que siento mucho no haya alcanzado a contemplar mi nunca olvidado maestro Gaos. El viejo antihispanismo, decía Gaos, que las luchas de independencia habían originado, ha sido ya cambiado por un hispanismo solidario, fraterno, que comprendió a la Segunda República derrotada y desterrada, viéndola como parte de las propias derrotas y destierros que los pueblos de la América Latina han sufrido a lo largo de su historia por reclamar lo mismo que la España Peregrina había pedido. De allí que Gaos hable no ya de destierro, sino de transtierro.

Esta España actual, que es la España que ha recobrado sus libertades y derechos, es la que interesa y preocupa a la América que lleva su sangre y su cultura, así como el viejo empeño en defensa de sus hogares. 1992 tendrá así un doble significado: por un lado España festeja el V Centenario del Descubrimiento de América, pero también España se integra a la Europa Occidental. La integración de Europa, una extraordinaria hazaña para pueblos que a través de la historia han estado siempre enfrentados. Una hazaña que es posible en una Europa no formada ya por imperios, que se ha quedado sin colonias y que toma, a su vez, conciencia del coloniaje impuesto por la potencia que planteó desde 1898 la necesidad de “ocupar el vacío de poder”, como diría el presidente Eisenhower al término de la Segunda Guerra. Una Europa ahora, a su vez, sometida a dependencia como justo pago de la protección que le imponía el nuevo imperio frente a la Unión Soviética supuestamente dispuesta a dominarla. Precisamente, los cambios que en la Unión

Soviética viene realizando su actual conductor, Mijail Gorbachov, que nada quiere saber de guerra alguna ni de agresiones ni de armamentos que impidan elevar el nivel de su propio pueblo, ha mostrado la inutilidad de la protección impuesta por los Estados Unidos a Europa. Esta Europa es la que se unifica para decidir sobre todo lo que se refiere a sus intereses sin subordinación alguna. La integración de Europa es para la América Latina un viejo sueño respecto de sus propios pueblos. La América que soñó Bolívar, que nada quiere saber de imperios por soportar ni coloniaje por imponer, sino de la libertad de sus individuos y el derecho de autodeterminación de sus pueblos. De esta Europa ya sin colonias y dispuesta a defender el propio derecho de autodeterminación de sus naciones y la libertad de sus ciudadanos es ya parte la España de nuestros días.

Es esta España, y con España la Europa que ahora se unifica, la que es objeto de admiración para América Latina; pero también decíamos de preocupación. Preocupación porque parte de las perspectivas del futuro para esta América están vinculadas a la integración europea y la orientación que la misma tome en relación con los pueblos con los que ineludiblemente está ligada tanto histórica como cultural y étnicamente. Y dentro de Europa, más que ninguna España. España completó en América la misma hazaña que originó en su propio suelo cuando el moro Tarik, en 711, invadió y conquistó la Península Ibérica iniciando la mestización que a nivel extraordinario continuó la misma Europa en América a partir de 1492, al crear las naciones que ahora la forman. En este sentido ha sido preocupante el empeño español porque la Europa al otro lado de los Pirineos la reconozca como parte suya, como parte de Europa. ¿Es que acaso necesita tal reconocimiento un pueblo que ha sido y es parte ineludible de la historia de Europa, haciendo más que eso, dando a Europa la posibilidad de un imperio donde nunca se pondría el sol, abriendo a la misma las posibilidades de su propia expansión?

¿Por qué esta preocupación? Quizás la podamos comprender porque también la América Latina ha sufrido, y ello se ha expresado en su afán por ser los Estados Unidos de la América del Sur y sentirse sus individuos desterrados de Europa. Preocupación por

deslindar una identidad que la marginaba de los centros de poder político y cultural. Bolívar se preguntaba, ¿qué somos?, ¿indios?, ¿españoles?, ¿americanos?, ¿europeos?, aceptando éste que llamaba peculiar género humano para levantar sobre él naciones libres. O el argentino Sarmiento que se hacía la misma pregunta para acabar negando todo el pasado, incluyendo España, que lo había originado al mestizar lo que encontraba negativo de otras razas que no fuesen europeas. “Europa empieza en los Pirineos” se ha venido sosteniendo al otro lado de España, algo que al parecer los españoles han creído como en América lo han creído los latinoamericanos, deslumbrados ante la civilización que se alzaba al Norte, considerándose expansión de la barbarie. ¿Qué es lo que hace considerarse a España inferior respecto del resto de la Europa Occidental? Precisamente ese mestizaje que comienza con la invasión de Tarik en 711, e inicia un dominio que duró ocho siglos, y termina precisamente en 1492. El mismo mestizaje continuado en América por España, cuyo dominio termina tres siglos después.

Del mestizaje por el que se excluye a España de la Europa al otro lado de los Pirineos han hablado muchos españoles y con especial calor José Ortega y Gasset en sus *Meditaciones del Quijote*. Allí escribe: “Mi alma es oriunda de padres conocidos; yo no soy sólo un mediterráneo. No estoy dispuesto a confinarme en el rincón ibero de mí mismo.” “¿Por qué —se pregunta— el español se obstina en vivir anacrónicamente consigo mismo? ¿Por qué olvida su herencia germana?” Lo mediterráneo, comentamos, es lo latino, lo que Roma heredó al mundo mestizando las razas y culturas que poblaban el Mediterráneo: las germanas al norte, las africanas al sur y las asiáticas al este. Latinidad frente a germanismo en Europa, como sajonismo frente a latinidad en América. La latinidad mestizadora vista como obstáculo a la sajonización y germanización. Ortega continúa diciendo: “Detrás de las facciones mediterráneas parece esconderse el gesto asiático o africano, y en éste —en los ojos, en los labios asiáticos o africanos— yace como adormecida la bestia infrahumana.” “Hay en mí una sustancia cósmica, aspiración a levantarme de la fiera presta a invadir la entera fisonomía.” También en América nuestros positivistas y civilizadores trataron,

mediante lavados de cerebro y de sangre, de cambiar una fisonomía que se consideraba bárbara. Salvo que ahora estamos en Latinoamérica en una etapa de recuperación y afirmación de tal fisonomía que no es la del bárbaro sino la del hombre originado en circunstancias determinantes al igual que todos los hombres, pero no tan determinantes que no pueda cambiarlas sin negarse a sí mismo como hombre concreto que es.

Nosotros en América no tenemos Pirineos que nos separen de nuestro poderoso vecino, los Estados Unidos. Pero ellos mismos levantaron murallas de contención para evitar que su peculiar raza y, con ella, costumbres, libertades, democracia y prosperidad fuesen afectadas desde fuera, tanto por el terror europeo, al otro lado del Atlántico, como por la barbarie al sur de sus fronteras. Murallas de contención que fueron, paradójicamente, empujadas a todos los horizontes de la tierra para asegurar esas peculiaridades y para ampliar su propia prosperidad. Murallas de contención frente a la América, a la que con su sangre, cultura, lengua y religión dio origen España. Pero murallas de contención que al extenderse fueron dejando dentro lo que trataban de evitar. Los Estados Unidos son ya una nación mestiza, lo que hace de todo el continente americano la nación en que soñaba José Vasconcelos. Gran crisol de razas y culturas desde Alaska a Tierra de Fuego troquelando en él la futura Raza Cósmica. Acrisolación que también se está produciendo en toda Europa, incluyendo la germánica y sajona en las cuales se hacen presentes hombres de distintas razas y culturas, las mismas que la colonización tuvo que incorporar para satisfacer sus intereses. Raza de razas, cultura de culturas que España realizó dentro de sí misma y trasladó al otro lado del Atlántico es lo que ahora parece universalizarse. ¿Qué mejor aporte de España a Europa y su historia que la acción iniciada el 12 de octubre de 1492? ¿No es éste el punto de partida de la nación de que hablaba Bolívar, una nación que abarcase el universo entero?

Europa, la Europa ya sin colonias, que conoce el sabor de la dependencia, se prepara a unificarse. Y dentro de Europa, España que ha alcanzado el reconocimiento reclamado como nación europea. Integración que será de extraordinaria importancia para una

humanidad siempre desgarrada por diferencias y ambiciones, ya que puede poner término a las mismas. Este hecho puede ser también de singular importancia para América Latina, que también viene buscando la integración de pueblos con una historia común, pueblos más estrechamente relacionados entre sí que los europeos. La experiencia de la dependencia sufrida por la América Latina es de singular importancia para los pueblos que ahora formarán la Comunidad Europea. La ineludible relación que la América Latina tiene con dos de los pueblos de la nueva comunidad, España y Portugal, puede ser también de extraordinaria importancia para el futuro de Latinoamérica en otro tipo de relación, la horizontal de solidaridad y no ya la vertical de dependencia con Europa. Sin embargo, signos ominosos parecen señalar otros rumbos en los que al parecer quedaría excluida la América Latina. En la futura Comunidad Europea se ha hecho patente la gran preocupación de sus miembros por defenderla de los peligros del exterior. Algo semejante a lo que sucedió en los Estados Unidos, que hicieron de su peculiar comunidad una entidad insular que habría de defenderse de los peligros que podían lesionarla, por un lado Europa al otro lado del Atlántico con ideas como las que habían dado origen a la Revolución Francesa en 1789 por la violencia en que las mismas se expresaron. Por el otro de los pueblos al sur de sus fronteras causa de su significativo atraso, indisciplina y anarquía. Ahora la Comunidad Europea se muestra preocupada por dos grandes males de los últimos tiempos: el terrorismo y la drogadicción. Males que afirman provienen del llamado Tercer Mundo, donde queda incluida la América Latina. En España estos mismos signos se han hecho expresos de diversas formas. Se habló de levantar barreras de contención que recueran a las que en vano han tratado de levantar los Estados Unidos. Paradójicamente mientras en países socialistas se eliminan las murallas que impedían salir, en los Estados Unidos y, al parecer en Europa, se levantan y levantarán murallas para impedir entrar. Los males que se quieren impedir o limitar con esas murallas son males que sus mismos artífices llevan dentro de sí. La violencia ha sido, ante todo, violencia represiva para impedir reclamos que deberían estar al alcance de todos los hombres y pueblos,

y la droga no es sino una forma de evasión dentro del llamado Primer Mundo ante una sociedad que pese a su opulencia deja insatisfechos a sus individuos. El Primer Mundo necesita reprimir para mantener su libertad y prosperidad insulares, provocando con ello la violencia subversiva. En el Primer Mundo la insatisfacción que la opulencia no evita ha hecho de sus individuos consumidores de la droga evasiva; sin esta demanda no habría tráfico de drogas.

Dentro de esta coyuntura, ¿cuáles pueden ser entonces las perspectivas de la América Latina? ¿Hacer lo que Europa, esto es, integrarse a nivel continental americano? Este ha sido el ideal de quienes han hablado de la integración latinoamericana, como Bolívar, sin descartar su relación con la otra América, pero en otro nivel. Difícil es que así pudiese suceder, ya que la poderosa nación no acepta otra integración que la basada en la dependencia respecto de ella. No quedan así sino formas de relación limitadas como las que se vienen intentando entre México y los Estados Unidos que, en lo posible, no lesionan los intereses del primero y dejan relativamente satisfechos los intereses del segundo. Pero siempre con predominio de los intereses del centro de poder. Europa se integra porque no quiere ser el patio delantero de los Estados Unidos. Tampoco América Latina quiere seguir siendo el patio trasero de la poderosa nación. Para la América Latina es de especial importancia la diversificación de sus relaciones de acuerdo con sus intereses. No puede, por ello, aceptar ser parte de una relación desigual de dependencia. De allí que sus relaciones con una Europa liberal, democrática, ya sin colonias, resulten de extraordinaria importancia.

En los últimos tiempos se está haciendo presente otra fuerza integradora para la creación de otro bloque que no es ya la europea ni la estadounidense, que viene por el otro lado de la América Latina, el Pacífico. Lo constituyen los pueblos que en Asia se hacen ya presentes a lo largo de la tierra y buscan, a su vez, su propia integración. Para la América Latina es la llamada Cuenca del Pacífico, Japón, Singapur, Corea y otros que buscan la expansión de sus intereses haciéndose presentes no sólo a la región de América Latina que tiene costas sobre el Pacífico, sino igualmente en el Atlántico, como Brasil y recientemente la Argentina. La Comunidad

Europea ya ha mostrado su preocupación por esta nueva relación de la América Latina con esta región de la tierra; preocupación semejante a la de Estados Unidos, obligados a competir con los que fueran los dos grandes vencidos de la Segunda Guerra, Alemania en Europa y Japón en Asia. Dos naciones que han orientado sus esfuerzos a la modernización industrial rebasando a los Estados Unidos, desgastados por su febril preocupación bélica armamentista en cuyo costo se niega Europa a seguir participando. ¿Puede ser ésta otra coyuntura para la América Latina en otra relación que no sea ya la de dependencia? Diversos intereses son los que están determinando la creación de los bloques de naciones que se están formando. La América Latina tiene, a su vez, que buscar la relación que mejor convenga a sus propios intereses. Por ello no puede aceptar seguir siendo el patio trasero de un poder ni menos el rechazo por las mismas razones por las que Estados Unidos crearon murallas de contención al mismo tiempo que las empujaban para ampliar sus intereses insulares.

La mejor opción para la América Latina es la diversificación, la relación solidaria y no ya dependiente con otras naciones o bloques de intereses. Una América que por su constitución, por la identidad que le caracteriza y que a lo largo de 500 años de historia ha afirmado, está bien preparada para tal relación. Y en esta relación primordialmente se encuentra Europa unificada a través, precisamente, de Iberia a la que está ligada Latinoamérica desde el inicio de esos 500 años, tanto por la historia, como por la cultura y la sangre. A su vez Europa, o al menos las naciones que se expandieron sobre el resto de la tierra, está de muchas formas ligada a estos países. Latinoamérica no pretende, por supuesto, ser parte de la comunitaria Europa; América Latina es América Latina aunque lleve en su sangre y cultura a Europa a través de España y Portugal que han posibilitado el mestizaje que la caracteriza. Lo que se quiere es una relación solidaria no dependiente. En ese sentido España puede ser el puente de esta relación. Como la América Latina a su vez puede ser puente con otras regiones de la tierra que foman también parte de su sangre y cultura. La casa común europea de la que habló el presidente de Francia, François Mitterrand, se

limita a la Europa llamada Occidental. Fuera de ella queda la otra Europa, la Europa también mestiza como España; la Europa Oriental donde otras culturas y otras sangres e idiosincracias la distinguen del resto del continente, salvo quizá de España. “No basta una casa común europea —ha contestado Mitterrand a Gorbachov—, hay que saber lo que se mete dentro.” Los latinoamericanos, por mucho que lleven dentro la sangre y cultura europeas, no pretenden ni aspiran por ello a ser europeos sino simplemente a guardar con Europa una relación solidaria, y más que solidaria, fraterna, con España. Pueblos hermanos, pero distintos como lo son todos los hermanos.

¿Dentro de este proyecto podrá contar entonces la América Latina con España? España argumentó ante la Comunidad Europea que se estaba formando, además de su indiscutible identidad europea, lo que a Europa ha dado en la historia como lo ha sido ese gran continente llamado América, una parte del cual, la latina, sigue guardando relaciones de fraternidad. En los últimos tiempos la preocupación, expresada por el presidente de Francia, Mitterrand, para cuidar de lo que se quiere meter dentro de la casa común europea, también se ha hecho expresa en España, para cuidar las fronteras europeas y evitar que sus murallas sean traspasadas. Droga y violencia son, decíamos, males de nuestro tiempo que se evitan levantando murallas de contención. Existen, sin embargo, otras voces en España, que hablan de las obligadas relaciones de Europa con el mundo a que su acción colonial dio origen y de cómo en este sentido España, que en esta acción hizo algo que no hicieron los demás imperios: mestizar su sangre y cultura, tendría que hacer de la casa común europea un recinto aún más amplio, Casa del Hombre sin discriminación alguna. Entre estas voces está la de Adolfo Suárez que ha asistido recientemente a los lazos históricos y culturales que unen a Europa y con ella a España con el resto del mundo, y dentro de él con la América Latina: “Precisamente —dijo— porque la Europa Comunitaria no puede renunciar a los lazos históricos y culturales que le unen al continente latinoamericano, debe evitar poner restricciones a las personas, los bienes y productos que de allí proceden”. “Si la Europa Comunitaria renuncia a este compromiso

no sólo existirá el riesgo de que se produzca una gran desvinculación de América Latina con respecto a la Europa Comunitaria, sino que permitirá que América Latina siga siendo aun en la distensión, un terreno de confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética”. “España tiene la particular obligación y responsabilidad de llevar ese planteamiento insistente a la Comunidad Europea. Renunciaría a su historia y a una parte de su identidad si permitiera el distanciamiento entre América Latina y Europa.”

Precisamente en las difíciles relaciones de la América Latina con los Estados Unidos —que ya deberían ser anacrónicas—, relaciones más viejas que la confrontación Estados Unidos-Unión Soviética, sería importante la presencia de otros grupos de naciones como las europeas, que ahora saben, por experiencia, de relaciones semejantes dentro de un horizonte vertical de dependencia. Para la América Latina es de extraordinaria importancia una presencia de Europa en América que permita ampliar la distensión que ha hecho posible a esta Europa crear una Casa Común Europea. Tal presencia posibilitaría la creación de una Casa más amplia dentro de la cual encontraría lugar privilegiado. De otra forma la América Latina tendría que buscar salidas que pusiesen fin a quinientos años de historia dependiente.

Esta América, precisamente, ha soñado a lo largo de esa historia con una Casa Común Latinoamericana, pero como punto de partida para una Casa Común para todos los pueblos de la tierra. Al hacer suyo el calificativo de Latina rescató el espíritu que permitió a Iberia, más allá de la brutalidad de la conquista y la colonización, establecer las posibilidades de formación de lo que Vasconcelos llamó una Raza Cósmica, raza con razones y con metas más allá de las étnicas, las propias del espíritu que da sentido a la cultura. Con la adopción del calificativo de Latina, esta América superó las arrogancias y rencores del pasado. Superación que posibilitó, a su vez la presencia de la España peregrina. Ya que fue la arrogancia del conquistador y el colonizador lo que hizo perder a España a los pueblos del Continente Americano que se formaron y posteriormente los pueblos de la América del Caribe. Pese a ello se mantuvo ineludible relación de sangre y cultura, anulando todos los intentos

de lavados raciales y culturales. Ejemplar en la persistencia, en este sentido, es un pueblo como el de Puerto Rico en el Caribe. No fue así con Filipinas en el Pacífico donde la arrogancia acabó borrando la lengua que esta misma arrogancia negó a los isleños.

Para concluir, y hablando de coyunturas y perspectivas para la América Latina, quiero referirme a dos conmemoraciones históricas, ambas de pueblos que son ahora parte de la Comunidad Europea: Francia y España. Francia recordando los doscientos años de la Revolución de 1789, España, los quinientos años del Descubrimiento de América. La primera apenas acaba de concluir con un mensaje al mundo, el mensaje de una revolución en que se hizo expresa la igualdad entre los hombres y los derechos que, sin discriminación, deben ser reconocidos a todos. El mensaje de fraternidad que ha valido y vale para la humanidad entera. “La revolución es un todo” dijo Mitterrand abarcando a esta humanidad. Michel Rocard, Primer Ministro de Francia, habló también de la universalidad de la Revolución Francesa y sus principios, “ya que no solamente desarrolla derechos políticos y sociales, sino que constituye una auténtica transferencia de valores al mundo entero”. Recordó a Víctor Hugo cuando, anticipándose a la unión europea y su sentido, escribió: “En el siglo XX habrá una nación extraordinaria, no se llamará Francia, se llamará Europa, y al siglo siguiente se llamará Humanidad”; Rocard agregó a su vez: “El vínculo que establezco entre la Revolución Francesa y la construcción europea tiene un alcance universal y refleja las aspiraciones de emancipación social de la Revolución.” “Por ello, continuó, si queremos construir una Europa que sea una superpotencia, no queremos hacerlo para que sea la primera, segunda o tercera de las superpotencias, sino para que actúe al servicio de la humanidad, una nación definitiva, como decía Víctor Hugo.” Dos siglos después, la Revolución es todavía un proyecto. En nombre de la Revolución también se llevó el dolor y la dominación a otros pueblos, allí está, recordó Rocard, el 2 de Mayo en España. En un cuadro de Goya vemos dijo “la libertad y los fusiles franceses, pero no están en el mismo lado. La libertad de un lado, los fusiles de otro, que apuntan contra ella”. Toda Europa sufrió el terror de un nuevo imperio, el de un Napoleón y después

el de otro Napoleón, “el pequeño” como lo llamaba Hugo, agrediendo a México y colonizando parte de Asia y Africa.

¿Cuál va a ser el mensaje de España en el Quinto Centenario de la hazaña del Descubrimiento? ¿El de la conquista y la colonización que se iniciaron con él? Por supuesto que no, no para los pueblos que la sufrieron. El mensaje universal está en lo que España originó en esta América, mensaje vivo, actuante, con el que la España completó algo que se había iniciado, siglos antes, en su propia tierra. El mensaje que un latinoamericano, José Vasconcelos, sintetizó con las palabras de las que parecen eco las frases del francés Rocard, pero con un contenido más real: “En América española —dice Vasconcelos—, ya no repetirá la naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura, ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal”.

San José, Costa Rica
Febrero de 1990

MÁS ALLÁ DE LOS QUINIENTOS AÑOS

Dentro de un año, en octubre de 1992, culminarán las conmemoraciones del Quinto Centenario del Descubrimiento de América y Encuentro de Dos Mundos. Por ello se toma conciencia de la historia iniciada el 12 de octubre de 1492 con la hazaña española realizada por Colón. Hazaña que da origen a una concepción de la historia como universalidad. Mundos hasta ayer distantes y desconocidos entre sí, se presentan en su unidad en la nueva conciencia de los mismos. Universalización de la historia que es, también, la universalización de la conquista y coloniaje. El viejo orbe europeo, reducido al Mediterráneo, se amplió hacia el occidente, por el Atlántico y más allá del Atlántico y del Nuevo Continente, a los fabulosos mares que bañaban las tierras de Catay y Cipango descritas por Marco Polo. Fue en busca de sedas, especias y otras fabulosas riquezas del Oriente que salieron navegantes de toda Europa, encabezados por España y Portugal.

Después de Colón, el mundo entero con sus riquezas está al alcance del hombre capaz de dominarlo. Este hombre es el europeo. En el continente descubierto se harán realidad los sueños de una Europa que no cabía en el propio continente. Desde la antigüedad grecorromana se habían imaginado mundos, tierras sin lugar, utopías, de acuerdo a las ideas de Platón, Séneca, Dionisio de Halicarnaso, Ticiano y otros muchos hasta llegar a Colón. “Años vendrán, con el transcurso de los siglos —dice Séneca en su *Medea*— en los que el océano, abriendo sus barreras, nos dejará ver un país de extensión inmensa. Un mundo nuevo que aparecerá dentro de los dominios de Tetis, y Tule no será el límite del Universo”.¹

En tierras inexistentes Europa daba realidad a sus sueños. Fue Colón quien lo hizo posible y al hacerlo puso el mundo así descu-

¹ Séneca, *Medea*, VII, Coro 2o.

bierto al servicio de Europa como quehacer del Mundo Occidental más allá de sí mismo. Fernand Braudel se pregunta: “¿Son las Américas una periferia, una ‘corteza’ de Europa?”. Cualquiera de estas fórmulas expresa bien la manera en que el Nuevo Mundo, a partir de 1492, entró poco a poco con bienes y personas, pasado, presente y futuro, en la esfera de acción y de reflexión de Europa, la manera en que se integró en ella y adquirió finalmente su fantástica significación nueva. América, a la que Wallerstein no vacila ni un instante en incluir en la economía-mundo europeo del siglo XVI, ¿no es la explicación fundamental de Europa? ¿Acaso no ha descubierto, inventado, América y celebrado el viaje de Colón como el mayor acontecimiento de la historia desde la creación? América es el hacer de Europa. “Europa debió pacientemente construirla a su imagen para que empezase a responder a sus deseos”. América es el gran espacio de realización de los sueños europeos. Para ello era necesaria una región vacía, una utopía, tierra permanente de sueños. Pero ¿que pasa con los hombres que la habitaban y la habitan, incluyendo a los que llegaron a ella para realizar sus propios sueños? Para ello era menester, sigue Braudel, que el hombre quedase “sólidamente aferrado a ella, encerrado en su tarea: la servidumbre, la esclavitud, esas antiguas cadenas, que renacen por sí solas, como una necesidad o una maldición impuesta por el exceso de espacio. Pero éste es, también, liberación, tentación”.²

Cristobal Colón marcha al occidente de su Occidente para realizar los sueños de sus contemporáneos. Tras él van europeos de otras regiones, además de España y Portugal, Inglaterra, Holanda, Francia, Italia. Dueños de América, podrían a su vez ir más allá, más al occidente del Nuevo Continente, y llegar a Asia, que dejaba de ser el soñado Oriente para convertirse en la realización del Occidente soñador. Lo que no pudieron hacer los cruzados en el siglo XI marchando por tierra hacia el Oriente, lo harán los navegantes marchando por los mares hacia el Occidente. Europa tenía necesidad de América y la encontró y la dominó, ampliando su necesidad hasta el resto de la tierra, que conquistó y colonizó. La historia

² Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

iniciada ese 12 de octubre de 1492 fue historia encaminada al dominio total de la tierra.

Arnold Toynbee, durante su visita a México en 1953, se refirió a “aquel fatal y terrible año de 1519, que presencié el brusco cambio de las relaciones de México y el Viejo Mundo”. Es el año en que Hernán Cortés desembarca en las costas mexicanas y se inicia la conquista y colonización de Tierra Firme, del mundo descubierto poco antes por Colón que había iniciado la conquista y colonización a lo largo del Caribe. Cortés iniciaba la conquista del mismo Continente. Fue a partir de ella que se inició la conquista del mundo más allá de América, África y Oceanía. “Desde 1519 —sigue Toynbee— hasta los primeros años del siglo XX, el Occidente dominó el mundo, el poder occidental no fue sólo un hecho, sino un hecho no impugnado”.³ Hasta 1945, y a lo largo de varios siglos, prevaleció en el mundo esta situación anómala. “Durante ese tiempo el mundo entero estuvo dominado por los habitantes de un rincón pequeño de una mínima porción de Europa... Un reducido número de naciones occidentales había estado dominando en la Modernidad a todas las demás sociedades del mundo”.

Esto ha cambiado, hay un cambio de marea: el mundo bajo dominio ha empezado a reaccionar. En México también se inició el cambio de la marea. En carta enviada antes de su visita a México en 1953, Toynbee reafirmaba lo dicho en su libro *La civilización puesta a prueba*, de 1948: “Desde 1910 el pueblo mexicano ha estado desempeñando una función sobresaliente en la vida pública de nuestra civilización occidental.” Ha sido éste el primer movimiento para arrancarse los arreos que le impuso Occidente. “La Revolución Mexicana me interesa particularmente porque pienso que en este aspecto el pueblo mexicano ha sido un precursor. Lo que está siendo realizado en México, puede quizá ocurrir en otros países latinoamericanos y tal vez quizá en Asia y África. Esta revolución constituye un evento histórico. Veo en ella el principio de un movimiento de alcance universal.”⁴ Poco después, en 1955, los pue-

³ Arnold Toynbee, *México y el Occidente*, México, Librería Robredo, 1956, (*México y lo mexicano*).

⁴ Arnold Toynbee, *Carta a Leopoldo Zea*, enero de 1953.

blos del que sería llamado Tercer Mundo se unieron en Bandung para no seguir siendo materia de realización de los sueños utópicos de Europa.

1945 representó el fin de la Segunda Guerra y el principio de la guerra fría entre los vencedores de aquella: los Estados Unidos y la Unión Soviética. En esta guerra se verán involucradas las viejas demandas de autodeterminación de los pueblos bajo coloniaje. Vieja demanda calificada en relación con la guerra entre capitalismo y comunismo. Así será hasta 1989, en que se darán los extraordinarios cambios propiciados por la reforma encabezada por Mijail Gorbachov en la Unión Soviética. Estamos en vísperas de los quinientos años de la historia iniciada en 1492, vísperas además de un nuevo siglo y un nuevo milenio, lo que parece el fin de la larga carrera violenta por el dominio de la tierra. Pero como culminación la sorpresiva declaración del fin de la historia y la prescindencia de la misma América descubierta y utilizada desde hace quinientos años.

¿Qué es lo que se perfila más allá de los quinientos años que llegan a su término? Se dice que ya no hay más allá en una historia que llega a su término con el de la guerra fría y el triunfo de un sistema, el capitalista, salvo el tedio y el sufrimiento sin esperanza de los pueblos que se quedan fuera de la meta de ese final. Mundo ya sin opciones, unipolar, la vuelta del mundo que al finalizar el siglo XIX marchaba hacia metas que el siglo XX impidió con sus guerras y revoluciones. Vuelta a las metas de ese mundo occidental que había llevado su dominio a la tierra, pero que el socialismo y el antiimperialismo habían frenado. Esto ha terminado haciendo innecesario, prescindible, el mundo descubierto hace 500 años y el que siguió en su conquista. El estadounidense Francis Fukuyama anuncia este fin y la vuelta al pasado interrumpido: "El siglo XX ha visto al mundo desarrollado, sometido a un paroxismo de violencia ideológica en el cual el liberalismo luchaba contra los testigos del absolutismo, luego del bolchevismo y del fascismo y al final contra los del marxismo puesto al día que amenazaba conducir al apocalipsis total de la guerra fría. Pero el siglo que empezó lleno de confianza parece haber descrito un círculo y haber llegado casi de

nuevo al punto de partida a una inquebrantable victoria del liberalismo económico y político...” Quizá estamos viviendo “el final de la historia en sí, el último paso de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como forma final de gobierno humano”.⁵ ¿Todo esto es válido para el mundo entero? De acuerdo con el liberalismo triunfante sólo para los pueblos que han sido capaces de sostener este sistema, para los mejores, los más aptos. Fuera del futuro que alcanzó sus metas quedarán los pueblos que inútilmente lucharon por acceder a este mundo y, con ellos, los pueblos que bajo el socialismo real retardaron su marcha en una historia que ha llegado a su fin. “Está claro —continúa Fukuyama— que la amplia mayoría de los países del Tercer Mundo seguirán empantanados en la historia, y seguirán siendo terreno de conflictos durante años”. En cuanto a los socialistas, “no parece probable que la URSS y China se unan a las naciones occidentales desarrolladas en un futuro próximo”. ¿Qué puede hacer un mundo que ha quedado sin ideología frente a otro que la conserva? La Unión Soviética, con China y otros, seguirán el viejo camino de la América Latina buscando lograr por la fuerza lo que en forma natural se da en el Mundo Occidental. La vuelta al liberalismo demuestra el gran fraude del cristianismo, agrega Fukuyama, respecto de la igualdad de los hombres.

¿Podrá volver a prevalecer un pequeño grupo de naciones que recuperará el timón de la historia sobre el resto de una gigantesca expresión de humanidad siempre amenazada por el caos y el autoritarismo? Así parece, y por ello se da otro gran paso hacia atrás en la historia que se dice ha terminado, hacia la autarquía de la que ya hablaba Aritóteles. El Mundo Occidental, la Europa liberal y los Estados Unidos se bastarán a sí mismos, haciendo prescindible el caótico resto del mundo. Para prevalecer contra el caos externo se levantarán murallas que impidan dejar entrar, murallas distintas del socialismo que las levantó para no dejar salir. En Grecia, la *polis*, para subsistir frente a otras *polis*, debía bastarse a sí misma, manteniendo internamente una relación justa, precisa, equilibrada,

⁵ Francis Fukuyama, “The end of history?”, *The National Interest* (Washington), núm. 6, verano de 1989.

exacta, ni más ni menos. La ciudad debía tener su propia y exclusiva campiña en que se produjesen los medios necesarios para subsistir, un comercio y un artesanado que atendiese, aunque fuese modestamente, a la ciudadanía; una tropa tan fuerte como la de sus vecinos. Una ciudadanía limitada apegada a sus leyes. Este equilibrio terminó en Grecia con las guerras del Peloponeso; al terminar, una de sus ciudades, Macedonia se transformó en imperio.

En la concepción autártica del Mundo Occidental de nuestros días el Tercer Mundo es prescindible y dentro de él el Continente descubierto hace quinientos años. De ello nos habla el español José Rubio Cordón en su conferencia “La soledad de Iberoamérica.” ¿Cuál es el futuro para esa región? “La realidad que vive hoy Iberoamérica es la de su creciente expulsión del Mercado Mundial.” Expulsión del mundo de cuyo triunfo nos habla Fukuyama. “De la ‘dependencia’ se está pasando a la ‘prescindencia’”. Iberoamérica se siente progresivamente sola. Ése es su drama. Y también su único horizonte de esperanza. Desde lo profundo de sí misma tendrá que extraer sus propias fórmulas. Nada salvador le va a venir desde fuera. Con sus propias soluciones y con sus propios recursos deberá edificar su futuro”.⁶ Una visión semejante pero a la vez distinta a la de Fukuyama. América Latina no está condenada a quedar fuera del cambio que se dice ha llegado a su fin. Esto dependerá de ella misma, pues nadie hará por sus pueblos lo que estos pueblos no hagan por sí mismos.

Coinciden Fukuyama y Rubio en la afirmación de que el mundo al que dio origen Colón con el Descubrimiento de América es ya prescindible. Al parecer ni la Europa Occidental ni los Estados Unidos necesitan ya de América Latina ni del llamado Tercer Mundo. Este mundo se basta a sí mismo. La América descubierta hace quinientos años puede volver al vacío de la conciencia europea por innecesaria y, con ella, el mundo cuya conquista permitió el viaje a Colón. Pero hay más: no sólo es prescindible América Latina, sino toda la América, incluyendo los Estados Unidos. Por ello es que para los Estados Unidos sigue siendo necesaria la otra América. El

⁶ José Luis Rubio Cordón, “La sociedad de Iberoamérica”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 26 (1991), pp. 129-130.

que toda América sea prescindible para Europa no está en la concepción del estadounidense Francis Fukuyama.

El término de la guerra fría en 1989 no sólo significó la anulación de la ideología comunista y el fin de la presencia militar de la Unión Soviética en la Europa del Este. Significó, igualmente, ver como innecesaria la presencia de Estados Unidos en la Europa Occidental garantizando su seguridad frente al comunismo. Los ejércitos y armas de ocupación en Europa, estadounidenses y soviéticos, eran ya innecesarios. Unos y otros tenían que regresar a sus cuarteles. Ni la Europa Occidental ni el resto del mundo necesitaba de la protección armada de los Estados Unidos ni en Europa ni en la Cuenca del Pacífico. Había algo más: La una y la otra habían progresado extraordinariamente en la economía de mercado, de libre empresa, de que habla Fukuyama. Los Estados Unidos y la Unión Soviética estaban ya desplazados en esta economía. La carrera armamentista le había puesto fuera de una competencia que estaba siendo ganada por pueblos que no necesitaban de armamentos, como eran los pueblos de Alemania en Europa y del Japón en Asia, los vencidos de la guerra.

Los Estados Unidos, frente a las comunidades de intereses que se están formando en Europa y la cuenca del Pacífico, necesitan del mundo que parecía prescindible, la América Latina. Una región con cerca de 500 millones de habitantes, de buenos consumidores en la economía de mercado que hay que crear en este continente, con sus grandes riquezas y espacios, es necesaria para una comunidad que abarque el continente entero. Habrá que competir entre continentes, entre las diversas fuerzas que se están formando en la tierra. Los Estados Unidos ya han puesto en la balanza de un nuevo y necesario equilibrio el poderoso armamento que mostraron en la Guerra del Golfo. No ya para defender al mundo libre del comunismo, sino de ese prescindible Tercer Mundo empeñado en no seguir siendo instrumento de un bienestar y un desarrollo extraños.

La América Latina, supuestamente prescindible para Europa, no lo es para los Estados Unidos. Por ello está haciendo esfuerzos para integrarse a sí misma, a partir de esa historia común que se inicia en ese 12 de octubre de 1492. Integración continental y con

la de los otros protagonistas de esa historia, los pueblos de la Europa Ibero-Americana realizada en México. Solidaridad de sangre y de cultura como punto de partida de ese peculiar género humano formado en la América Latina. Sangre de sangres, cultura de culturas, estirpe de estirpes cuya experiencia trasladó Iberia a la América. La experiencia ibera que bajo el dominio de otras etnias y culturas le permitió mestizarse, llevando este mestizaje a esa región de la tierra que es América.

Las diferencias entre Iberia y América Latina quedaron hace mucho rebasadas. Diferencias que parecieron surgir en relación con la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Nadie festeja el inicio de su dependencia y colonización, pero sí se puede conmemorar este hecho. En la conmemoración se ha hecho expreso lo que da sentido, da unidad a una ineludible comunidad iberoamericana. La conmemoración llega a su fin. ¿Hay algo más allá de esta fecha que afirme aún más la solidaridad iberoamericana? Existe otra fecha que no puede dejar de doler a los españoles como nos dolió la del 92 a los latinoamericanos: 1898.

En esa fecha la España imperial pasa a la historia golpeada por otro imperio empeñado en ocupar todos los vacíos de poder que dejase el colonialismo europeo: Los Estados Unidos. La América que se denomina latina para así conservar la herencia integradora de España en América, se reconcilia con España. No con la España imperial, sino con la España cuya cultura y sangre llevaba dentro de sí misma. En Cuba, Cavite y Manila, dice Vasconcelos, se ha continuado la vieja “pugna entre latinidad contra sajonismo. Pugna de instituciones, de propósitos y de ideales. Crisis de una lucha secular que se inicia con el desastre de la Armada Invencible... Sólo que desde entonces el sitio del conflicto comienza a desplazarse y se traslada al nuevo continente”.⁷ Lucha entre una concepción abierta a todas las expresiones de lo humano y una limitada a su peculiar expresión de humanidad. La derrota de la España imperial reconcilió a la América formada por ella con la España de los Vitoria y

⁷ José Vasconcelos, *La raza cósmica*, México, 1925.

Las Casas, quienes supieron ver en los americanos gentes que les eran semejantes.

La reconciliación iniciada en 1898 se afirma con la España Peregrina, la de la Guerra Civil iniciada en 1936. Guerra vista como parte de una historia común, a la vieja y a la nueva España. José Gaos, que se llamaba *transterrado*, habla de la unidad de lo que denomina Hispano-América. Lo que la América Latina había sufrido bajo el absolutismo imperial lo había sufrido también la España Peninsular. Lo que hicieron los pueblos hispanoamericanos para liberarse del absolutismo lo intentaba también la España Peninsular. En este sentido, España era la última nación que faltaba de independizarse a sí misma. Gaos no alcanza a ver la realización de esta emancipación, al morir en 1969. Expresión de la toma de conciencia de esta historia y la reconciliación de sus partes la encuentra José Gaos en los sucesos de 1898. “El 98 —escribe Gaos—, es fecha que corresponde a un acontecimiento de importancia máxima en la historia de España y la América española: el fin del imperio español.” “En el 98 al hacerse independiente de la metrópoli la última colonia, no sólo se hacía independiente ella de la metrópoli: *ipso facto* hacía independientes decisivamente consigo a las antes colonias y a la metrópoli misma del pasado común terminando el imperio en la misma forma en las colonias y en la metrópoli.”⁸ La Guerra Civil española de 1936 era expresión de la misma lucha emancipadora Hispano-americana.

Así, más allá de los quinientos años de la fecha en que se inicia la historia común de Ibero-América, está el futuro que pueden protagonizar en común los pueblos al uno y al otro lado del Atlántico. Juntos constituyen un horizonte que se presenta amenazante por el triunfalismo de que hace gala el otro mundo que no tiene por qué ser contrapartida del ibero; un mundo empeñado en mezquinar valores y logros que deben ser patrimonio de toda la humanidad. Más allá de 1992, del Quinto Centenario del inicio de esta historia común, está ya 1998, que puede considerarse como

⁸ José Gaos, *Pensamiento en lengua española*, México, Stylo, 1945.

el Primer Centenario de la reconciliación ibero-americana, reconciliación patente en la Primera Cumbre Ibero-Americana realizada en México.

V Congreso de la Federación Internacional de Estudios sobre
América Latina y el Caribe
Octubre de 1991
Extremadura, España

QUÉ HACER CON QUINIENTOS AÑOS DE HISTORIA

Hace quinientos años, en 1492, el viaje de Colón descubrió no sólo un nuevo continente, sino universalizó la historia al tomar conciencia el europeo del mundo que hasta entonces le era desconocido. Quinientos años después, ominosos signos hacen prever el intento de volver al vacío de conciencia europea al mundo que había entrado en ella. Esta tierra ignota, que tan cara y necesaria era para Europa, parece ya no ser necesaria en el futuro de sus pueblos que consideran se bastan a sí mismos, de vuelta a la autarquía que mantuvo la frágil unidad de la antigua Grecia. El mundo ayer necesario, y por ello buscado, resulta ser prescindible para la Europa que ha realizado su utopía. La utopía ha terminado, los sueños son ya realidades que no tienen que ser tocadas y, con ello, afectadas por nuevos proyectos que no sean el del propio y peculiar desarrollo. América ha dejado así de ser el futuro de Europa. Europa se basta a sí misma y se autoabastece. Se habla de alzar barreras y muros que impidan que un mundo ya innecesario, que incluye a todos los pueblos que a partir de esa fecha fueron instrumento de realización de la utopía europea, perturbe lo realizado.

Al vacío parece ser lanzada toda la historia que se originó en el Nuevo Continente, a partir de ese 1492, inicio de la conquista y colonización del Caribe, ampliado en 1519 a toda la tierra firme del continente bautizado como América. Es en la larga noche de la colonia que se gesta el peculiar género humano que dará sentido y perfil a la región que se llamará a sí misma América Latina. La historia de la lucha por la emancipación de estos pueblos en defensa de la dignidad de sus hombres. Y al triunfo, la lucha para enfrentar a otros pueblos fuera y dentro del continente que pretenden ocupar los vacíos de poder del coloniaje ibero. En Panamá, poco antes de convocar Simón Bolívar a los pueblos que se han liberado del

colonialismo, expresa sus temores frente a la otra América que inicia la emancipación de la región contra el colonialismo europeo, pero que se prepara para ocupar el lugar del mismo en la región. ¿Puede asociarse esta nuestra América con la América del Norte?, pregunta Bolívar. Las posibles ventajas, contesta, “no disipan los temores de que esa poderosa nación sea en lo futuro soberana en los consejos y decisiones de la Asamblea y su voz sea la más penetrante, y su voluntad y sus intereses sean el alma de la Confederación que no se atreviera a disgustarla por buscar ni echarse encima un enemigo irresistible. Éste es, en mi concepto, el mayor peligro que hay en mezclar a una nación tan fuerte con otras débiles”. De esta fuerza y sus intenciones pronto darán fe México en 1847 y Centroamérica en 1851.

Tal es la preocupación de Francisco Bilbao de Chile, de José María Torres Caicedo de Colombia, de José Martí de Cuba y José Enrique Rodó del Uruguay. En 1898 la misma y poderosa nación está ya preparada para expulsar el colonialismo europeo e imponer el propio. Poco antes, en 1889 convoca a los países de la América Latina para integrarlos dentro de su propia concepción panamericana. España será así la primera nación europea expulsada de América para extender el americanismo sostenido por el presidente Monroe frente al bolivarismo: “América para los estadounidenses”. Al iniciarse el siglo XX surgen nuevas formas de integración latinoamericana frente al nuevo expansionismo. Se expresa el nacionalismo antiimperialista reclamando el derecho de autodeterminación de los pueblos, el mismo reclamo que los Estados Unidos habían hecho en su revolución de independencia en 1776.

A la revolución antiimperialista que se inicia en México en 1910, se agregará la revolución socialista que se inicia en Rusia en 1917. Dos grandes guerras mundiales y al término de la segunda una guerra fría en la que se enfrentan los dos grandes vencedores de esta guerra, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Dos concepciones, dos sistemas, el capitalismo y el comunismo. Dentro de este enfrentamiento quedan comprendidas las viejas demandas nacionalistas y anticolonialistas de los pueblos de la América La-

tina y de otras regiones de la tierra bajo la dependencia. La guerra fría justificará la ocupación, no sólo de los vacíos de poder que deja el colonialismo europeo en el mundo, sino de la misma Europa. Una parte, la oriental, será ocupada por la Unión Soviética, la otra, la occidental, por los Estados Unidos en supuesta defensa de la justicia o la libertad. Guerra fría cuyo costo hay que pagar con el sacrificio del bienestar de los pueblos bajo el comunismo y bajo el coloniaje. Así llegamos a nuestros días en que se da un nuevo y extraordinario viraje a la historia. Un viraje en el cual, el continente que Colón hizo entrar en la conciencia europea, se pretende enviar al vacío de esa misma conciencia.

Poco antes de los sucesos que originan en Europa el cambio de 1989, La Europa Occidental se venía preparando para sacudirse el yugo que, en nombre de su seguridad, le imponían los Estados Unidos, como la Unión Soviética a la otra Europa. Buscaba su integración, la creación de una comunidad que le permitiese conciliar los encontrados intereses que habían originado las dos grandes guerras mundiales. En 1986 asume la conducción de la Unión Soviética Mijail Gorbachov. En su primer informe da a conocer la política que seguirá la denominada perestroika. Había que salirse de la guerra fría para que los pueblos bajo el socialismo pudiesen alcanzar ese mínimo de bienestar social y de libertad que ofrecía el socialismo, sólo la paz podrá permitir dar fin a la carrera armamentista.

Unilateralmente la Unión Soviética pone en marcha esta política para de esta forma elevar los niveles de vida de su pueblo y de los pueblos bajo su hegemonía, y también para responsabilizarlos de la evolución de sus naciones. La puesta en marcha de esta política hace entrar en crisis la supuestamente obligada presencia armada de los Estados Unidos en Europa, ante un posible ataque soviético. El costoso aparato militar queda sin justificación ante los cambios que estaba originando la perestroika. Los acontecimientos se precipitaron en 1989 con la democratización de los países de la Europa del Este y la Unión Soviética. Sin violencia, salvo en Rumanía, se abandona el socialismo real impuesto por el estalinismo. Caen murallas, y con ellas, el muro de Berlín.

Todo ello beneficiará a la Europa Occidental que puede acelerar su integración haciendo innecesaria la presencia armada en sus países. Se habla ya de la Casa Común Europea. Los Estados Unidos están obligados a hacer lo que tendrán que hacer los soviéticos, retirarse. El sueño de integración europea es ya posible como realidad. Frente a esta posibilidad, los pueblos que ayer le eran tan necesarios para el unilateral desarrollo europeo, son ya prescindibles. Tendrán que levantarse murallas de seguridad para no dejar entrar, como antes se levantaron para no dejar salir. Europa ha desarrollado con mayor eficacia la economía de mercado que está haciendo su grandeza. Economía para la que no están suficientemente preparados los Estados Unidos, enfrascados como la Unión Soviética en la fabricación de armamentos que garanticen su hegemonía.

Al otro lado del mundo algo semejante sucede son otro de los grandes vencidos de la guerra, el Japón. País que, por no tener que participar en la carrera armamentista, han podido también desarrollar la industria para esa economía de mercado que se presenta como el fin de la historia. No sólo la América Latina, sino todo el continente americano, incluidos los Estados Unidos, puede pasar al vacío de la conciencia europea. Estos pueblos no son ya necesarios, son prescindibles.

Los Estados Unidos se resisten, sin embargo, a pasar al vacío y a no participar en el futuro de Europa. Para ello ponen en la balanza de esta decisión el poderoso armamento que han construido para supuestamente defender a Europa del peligro comunista. En la Guerra del Golfo mostrará la eficacia de tal armamento, no ya contra el comunismo sino contra cualquier intento del Tercer Mundo por alterar la libertad y prosperidad del Mundo Occidental como totalidad. A regañadientes Europa acepta la nueva protección a cambio de obligadas concesiones. Sin embargo, la América Latina, considerada como prescindible para Europa, no lo es para los Estados Unidos, obligados a retornar a su propio continente. Si Europa está creando un Mercado Común y el Asia hace lo mismo ¿por qué no podrán hacerlo los Estados Unidos con todo el continente americano?

El ejército soviético al retirarse de la Europa del Este, plantea la misma obligación en la Europa ocupada por los Estados Unidos. La estadounidense Jeanne Kirkpatrick escribe frente al nuevo panorama: “Europa está una vez más, absorta en sí misma, creando sus propias relaciones complejas de poder. Y Estados Unidos está libre de regresar a Casa”. *Go home!*, podría concluirse. Pero no sólo en Europa se retiran los Estados Unidos de su imperio, también en el Pacífico va sucediendo algo semejante. En este lugar está la presencia activa del Japón, que con Alemania, fue uno de los grandes vencidos de la Segunda Guerra Mundial. Jeanne Kirkpatrick habla de trilateralismo: “Parece ser la visión trilateral —dice— que hace que Japón y Alemania sean protagonistas, junto con los Estados Unidos, de una nueva diplomacia triangular activa basada en la realidad de la gran potencia económica de estas tres naciones.” Sin eufemismos, el gran imperio estadounidense se divide en tres. Japón no sólo propicia al bloque que se designó como Cuenca del Pacífico, también pesa fuertemente en la economía interna de los Estados Unidos. El poder económico de Japón en los Estados Unidos, que tienen un alto déficit comercial y una gran deuda motivada por el empeño por mantener su presencia militar en el mundo, que resulta innecesaria, lo hace depender de aquella nación. Kirkpatrick habla de “El notable descenso de la potencia económica estadounidense y la creciente dependencia de Estados Unidos al Japón” y agrega: “Todos saben del déficit comercial estadounidense y del aumento de las inversiones japonesas en Estados Unidos (66 mil millones de dólares en 1989).”

Esto es, no sólo los Estados Unidos están siendo obligados a replegarse; también están recibiendo los efectos de la pujanza económica japonesa como los recibe de Alemania y de Europa en general. Los bloques al este y al oeste de los Estados Unidos los obligan a aceptar el trilateralismo impuesto por sus competidores. ¿Cuál es entonces el campo de acción de poder de los Estados Unidos? El resto del continente americano, Canadá y la América Latina. La historia en su marcha obliga a los Estados Unidos a regresar a casa y con ello al Continente del que son parte

dentro de una región vista tan sólo como complementaria de sus intereses, como el patio trasero de su casa.

Es en este horizonte, dentro de este contexto, que la América Latina ha de forjar su futuro. Un futuro en el que ya no caben soluciones que, en forma alguna, han sido viables. El antiimperialismo puro y simple que fue parte de nuestra historia en el siglo XX no tiene ya sentido en las relaciones internacionales que ahora se hacen expresas. Los enfrentamientos que fueron posibles dentro de la guerra fría carecen de valor en una guerra que ha perdido su vigencia. Las grandes naciones comunistas se abren ahora a otros campos, incluyendo la Unión Soviética, y quieren ser parte del bloque de intereses que se está formando en Europa como totalidad. Los apoyos que a las luchas de liberación encontró Latinoamérica en la Europa bajo sistema comunista dejan de existir. El capitalismo no es ya el enemigo a vencer, sino un modelo de vida que puede también estar al alcance de los pueblos hasta ayer al margen del mismo.

Se trata ahora de extender el modo de vida capitalista a todos los hombres y pueblos de la tierra, sin discriminación; el socialismo toma así otra dimensión, toma rostro humano. Los muros para no dejar salir de los países socialistas caen; ahora se levantan muros para no dejar entrar al capitalismo, para que no disminuyan sus intereses y prosperidad. ¿Qué sentido tiene ahora el antiimperialismo para América Latina? Por supuesto, el que tendrá como defensa frente a las pretensiones hegemónicas de los Estados Unidos para hacer de los pueblos instrumento de sus peculiares intereses. En este horizonte el imperialismo mismo resulta obsoleto fuera de la guerra fría. La hegemonía imperial como la concebían los Estados Unidos y la Europa Occidental carece de sentido en un mundo en el que más que imponer intereses se trata de conciliarlos. Así se explica la integración europea que abarcará todo el Viejo Continente. Así está sucediendo en la llamada Cuenca del Pacífico. En uno y en otro lugar, las naciones se agrupan para proteger y estimular sus ineludibles intereses. El viejo sentido de hegemonía imperial resulta así obsoleto. En Europa se integran las naciones en otra forma que no es ya la de la propia hegemonía imperial; naciones

económicamente tan distintas como Alemania y Francia se integran con Portugal y Grecia. Se ven como parte de una gran familia en la que cada uno ha de actuar, potenciándose y potenciando a las otras, de acuerdo con sus respectivas posibilidades. Europa ha renunciado al racionalismo, no necesita de colonias. Es más, le estorban los compromisos con las que fueran sus colonias, compromisos que originó el mismo coloniaje. Se sienten incómodas con la presencia dentro de sus entrañas de gente que la misma Europa llevó para hacer un trabajo sucio que deja de serlo. En Asia, el imperialismo japonés ha pasado a la historia, y en su lugar se forman ahora bloques de países que podrán fortalecer la región.

¿Qué va a pasar en la América Latina? ¿Qué va a pasar en América como totalidad una vez que regresen los Estados Unidos para concentrarse en ésta que consideran es su exclusiva casa? ¿En ese obligado reparto tripartito de poder económico, los Estados Unidos van a mantener en el continente la vieja relación hegemónica haciendo de sus diversos pueblos, simple instrumento de sus intereses? Fukuyama ha hablado del fin de la historia como del triunfo absoluto de la economía de mercado. Pero un triunfo que no es el triunfo del indiscutido líder del sistema, los Estados Unidos, el cual está ahora obligado a compartir el liderazgo. Es más, obligado a estimularlo en otras zonas del mundo como la marginada América al sur de sus fronteras. Lo que hace Europa y lo que está haciendo Asia para incrementar su economía global lo tendrán que hacer los Estados Unidos en la región de la que ahora tienen que ser ineludible parte. ¿Cómo lo harán?

Los Estados Unidos no querían de la América al sur de sus fronteras otras cosa que materias primas baratas y trabajo igualmente barato. Pero una región a la que se venía obligando a regalar sus materias primas y trabajo, no puede ser, obviamente, un buen mercado de los productos de la industria estadounidense. ¿Qué otro mercado seguro puede haber para esta industria? ¿Europa? ¿Asia? Obviamente, allí la tremenda competencia les está obligando a retirarse e, inclusive, a pasar a ser simple mercado de la misma. Para que haya mercado en América Latina, la región ha de vencer, previamente, el subdesarrollo que le viene siendo impuesto. Ha de

vencer la tremenda carga de la deuda originada en el mismo. Una región yerma, desolada, como la que se está haciendo patente a lo largo de la región, mal puede ser parte de una economía de mercado si se limita a ser simple donador de materias primas y mano de obra barata. Tiene que entrar en el nuevo sistema en otra relación como están entrando ya los pueblos de la Europa del Este en la Comunidad Europea. El presidente de los Estados Unidos, George Bush, ha hablado de un cambio en la relación, proponiendo que la América Latina pase a ser parte del sistema de la economía de mercado abriendo, previamente, las posibilidades de su obligado desarrollo; mercado no sólo para comprar, sino también para vender. ¿Se va a pasar del lema monroísta de “América para los estadounidenses”, a un auténtico “América para los americanos”? Esto es, a una América para todos y cada uno de los pueblos que forman este Continente sin discriminación alguna.

La propuesta estadounidense puede ser buena para toda la región si los Estados Unidos la aceptan como lo que es, como una necesidad para sí mismos. Los Estados Unidos necesitan de la América Latina para que su poderío económico no se angoste y se asfixie. Pero ello implica un cambio de mentalidad, el poner de lado la arrogancia imperialista que aún se hace patente con toda su fuerza en el empeño por imponer sus criterios políticos e, inclusive, morales. Patente en el afán por hacer prevalecer sus leyes sobre las de otros pueblos y en su empeño por erigirse en jueces supremos de los derechos de autodeterminación de los pueblos. Si este criterio va a seguir privando, difícilmente podrán los pueblos de la América Latina desarrollarse y crecer, para así participar en otra relación que no puede ya ser la de dependencia. En Europa lo que se trata de evitar es precisamente, el predominio de cualquiera de los miembros de la Comunidad que se está formando. Así tendrá que ser también en esta América para el logro de un desarrollo que ha de ser común, equitativamente compartido.

Para ello la relación entre los pueblos que forman esta América tendrá que ser la que a lo largo de la historia de América Latina se ha venido buscando, la relación solidaria en la que soñaron hombres como Simón Bolívar. Una Nación de Naciones, sin predomi-

nio de ninguna de ellas, Nación de Naciones empeñada en un mismo y absoluto desarrollo que no implique, en forma alguna, el sacrificio de la identidad de cualquiera de las regiones. Desarrollo económico común para afianzar lo propio de cada pueblo sin menoscabo de lo propio de los otros pueblos. Por ello, ahora más que nunca se hace urgente la creación del instrumental que permita la relación solidaria que ha de privar entre los pueblos de la región calificada de latina. Sólo la unidad, la integración de intereses en la libertad, podrá evitar que cualquier potencia imponga sus criterios. En este sentido la América Latina deberá también buscar la diversificación de sus relaciones para el común desarrollo e independencia al uno y al otro lado de sus mares. Y a partir de esta comunidad de intereses y la diversificación de sus posibilidades, buscar, si la integración continental, que incluye a los Estados Unidos, pero en otra relación que no sea ya la de instrumento ni de dependencia. Los Estados Unidos necesitan de la América Latina como la América Latina necesita de los Estados Unidos y de otros pueblos de la tierra, pero en otra relación que no puede seguir siendo la que le había venido imponiendo. Todo el mundo necesita de los productos que está creando el sistema capitalista en su extraordinario desarrollo, pero no para ser simple instrumento de la creación de los mismos, sino también activo consumidor de ellos para un modo de vida que no puede seguir siendo exclusivo de determinadas minorías. La cumbre Iberoamericana realizada recientemente en México mostró las posibilidades de esta obligada integración, al mismo tiempo que las de las relaciones posibles de la América Latina con Europa a través de pueblos con los cuales mantiene fuertes lazos de sangre y de cultura. Será difícil mandar al vacío de la conciencia europea a pueblos que suman casi 500 millones de habitantes, con grandes riquezas y grandes espacios en donde actuar.

III Congreso de SOLAR
Santiago de Chile, Noviembre de 1991

CUMBRE IBEROAMERICANA

1. Encuentro

Entre los días 18 y 19 de julio de 1991 se realizó en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México, la Primera Cumbre de Gobernantes de la América Latina y la Europa Ibero. La reunión fue considerada en sus inicios como parte de la Conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América y Encuentro de Dos Mundos. De tal hecho histórico hablaron los asistentes a la Cumbre pero, centralmente, de algo más caro a los pueblos de la América Latina: el viejo anhelo de su integración. Es importante conmemorar el extraordinario hecho histórico, llevado a cabo por los pueblos iberos, punto de partida de una causa común en la que llegaron a participar la totalidad de los pueblos que habitan la tierra. Quienes lo hicieron pueden conmemorar la hazaña del descubrimiento, la conquista y la colonización por la que se integraron diversos pueblos a partir de ese 12 de octubre de 1492. Pero aún más importantes para los pueblos que forman la América Latina serán los esfuerzos para hacer de esos quinientos años de historia instrumento para alcanzar, en la libertad, la integración que los coloniajes impusieron por la fuerza.

Además se dio un insistente enfoque hacia el futuro, esto es, más allá de los quinientos años recordados. Enfoque pragmático que permita rebasar el pasado por un futuro mejor a partir de las experiencias de ese pasado. Este enfoque fue expresado por el anfitrión, el presidente de México, Carlos Salinas de Gortari: “No tenemos tiempo —dijo— para sólo contemplar el pasado, ni reservas para arriesgar, con el azar, el futuro. Tenemos, en cambio, muchas tareas concretas que concluir.” De allí también la contrapropuesta latinoamericana hecha por México para anticipar la reunión pensada para 1992 en España y para continuar su realización más allá de esta

fecha. Así, al terminar la reunión, los asistentes acordaron constituir la Confederación Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno con la participación de los Estados Soberanos de América Latina y Europa en lengua española y portuguesa. Esta Confederación se reunirá en España en 1992, en 1993 en Brasil, en Colombia en 1994 y en Argentina en 1995, para así continuar más allá del 92, y quizá llegar a otra fecha común que podrá también ser conmemorada, como Primer Centenario de la Reconciliación Iberoamericana en 1898.

La historia, pese a las tesis respecto de su inminente fin como la lanzada por el estadounidense Francis Fukuyama, no se ha detenido ni se detendrá. En abierta referencia a esta presunción, el presidente del Ecuador, Rodrigo Borja, dijo que los últimos hechos históricos no significan “ni mucho menos, el fin de la historia como ha señalado Francis Fukuyama”. El apogeo, el desarrollo y la opulencia de los pueblos dentro de un sistema no pueden poner fin a la historia que ha de ser continuada por los pueblos que en la tierra no han alcanzado tal desarrollo y prosperidad. Precisamente la conmemoración del año que universalizó la historia, 1492, termina en 1992, pero todavía es mucho lo que habrá de conmemorarse y, más que conmemorar, realizar, prolongando el ineludible quehacer histórico.

Dentro de este pragmatismo, de esa ineludible búsqueda de cambio hablaron en su totalidad los participantes a la Cumbre. Tendrá que ponerse fin definitivo a una historia ancestral de miseria y aceptar el reto de un futuro que será extraordinariamente rico en oportunidades, pero por ello mismo sumamente peligroso. De allí la necesidad de integrarse, luchar en conjunto partiendo de la experiencia de una historia común, tomando de allí los instrumentos para su ineludible integración. Junto con la preocupación por la integración, se deberá insistir en la vieja preocupación por la identidad de los pueblos de esta región. La identidad, pero no ya como problema, sino como afirmación. El viejo interrogante respecto de qué somos ha pasado a la historia.

Somos un pueblo mestizo, y por mestizo rico, dueño de diversas raíces que han de ser una y otra vez afirmadas en sus diversas

expresiones: india, europea, ibera, africana y asiática. Expresiones que forman todas ellas parte del mestizaje del cual una y otra vez se habló a lo largo de la reunión. “Pocas regiones en el mundo, como la nuestra, están tan seguras de su identidad”, dijo el presidente Salinas de Gortari. Identidad gestada a lo largo de quinientos años de historia, a partir de cuyos frutos habrá de enjuiciar el pasado en relación con el ineludible porvenir. “No hemos venido, por tanto, a pedirle cuentas a la historia, sino a reconciliarnos con ella y así poder mirar limpia y fecundamente hacia adelante”, dijo Jaime Paz Zamora, presidente de Bolivia.

2. *Integración*

Centenaria preocupación latinoamericana ha sido la de su integración: pueblos unidos bajo la dependencia bien podrán estar unidos en la libertad. Preocupación que se expresa en los mismos inicios de la liberación del dominio colonial, concretamente en los pueblos que a lo largo de tres siglos habían estado bajo dominio español. Experiencia distinta fue la del Brasil, bajo coloniaje portugués, cuyas condiciones históricas permitieron una emancipación sin violencia. Así se expresó el presidente de Portugal, Mario Soares, al referirse al “proceso de independencia del Brasil, que concluyó de modo natural en 1822 con la participación activa de don Pedro, heredero de la Corona Portuguesa, al permitir mantener intacta la unidad territorial de este vasto país, sin rompimiento de unos lazos que todavía hoy lo ligan a Portugal”. Otra fue la historia de la América bajo dominio hispano en la cual la arrogancia imperial originó sangrientas, largas y generalizadas guerras intestinas y, a partir de ellas, la formación de cacicazgos que impidieron que lo que había estado integrado por el coloniaje se mantuviese en la independencia.

Desde su destierro en Kingston, Jamaica, donde se curaba de las heridas del fracaso de su primer intento por liberar su patria, Venezuela, y a partir de ella, del resto de los pueblos bajo dominio español, Simón Bolívar escribió, en 1815: “Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un

solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse.” Pero consciente de las dificultades agregó refiriéndose a los obstáculos con los que sabía tropezaría tan extraordinario sueño: “mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América”.

Allí también habló del Istmo de Panamá como ideal para la reunión soñada: “Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con otras naciones de otras partes del Mundo.” Poco antes de la Batalla de Ayacucho, encomendada al mariscal Sucre en diciembre de 1824 y anticipando la victoria lanzó la convocatoria a los pueblos liberados para realizar la soñada reunión en Panamá en 1826. De allí se podría pasar a un sueño, la formación de una nación que abarcase al mundo entero.

De inmediato, sin embargo, brotarían los obstáculos ya previstos por el Libertador. No contaría con Brasil, que seguía sus peculiares vías e intereses y a través del cual la Gran Bretaña presionaba a las provincias del Río de la Plata para que tampoco asistiesen; Chile igualmente presionado a través de Buenos Aires. En el Paraguay, Gaspar Rodríguez de Francia, teme a Bolívar. En la Gran Colombia, que Bolívar ha creado, las intrigas y divisiones se van haciendo patentes. Los Estados Unidos asistirán, contra la voluntad de Bolívar. El Secretario de Estado del presidente John Quincy Adams instruye a sus representantes, para que impidan una integración que sería contraria a los intereses de esa nación. “Se desecha la idea de un Consejo Anfictionico revestido de poderes para decidir las controversias que se susciten entre los Estados Americanos.” Dice Clay: “En todas sus conversaciones y tratos con los demás ministros procurarán ustedes confirmar su fe en instituciones liberales y prevenirles contra las maquinaciones ambiciosas y planes, vengan de donde vinieren, que tiendan a la destrucción de sistemas liberales.” En cualquier caso los representantes de los Estados

Unidos no aceptarán conclusiones que afectaran sus peculiares intereses. Había que impedir también los planes de la Gran Colombia y México para liberar los pueblos aún bajo dominio español en las Antillas, como Cuba. Otras y diversas dificultades impedirán al mismo Bolívar asistir a la reunión. ¿Estaba arando en el mar?

Como Bolívar piensan otros hombres como el centroamericano José Cecilio del Valle, el colombiano José María Torres Caicedo, el chileno Francisco Bilbao, el argentino Juan Bautista Alberdi, el panameño Justo Arosemena, el cubano José Martí y el dominicano Eugenio María de Hostos. Posteriormente otros latinoamericanos como el uruguayo José Enrique Rodó, el mexicano José Vasconcelos y muchos más hasta el nicaragüense César Augusto Sandino, quien propone, desde la manigua, “un plan para la realización del sueño de Bolívar”. Así muchos más en este nuestro siglo, cuyas ideas e ideales parecen culminar en esta Primera Cumbre Ibero-Americana.

Como contrapartida al sueño bolivariano entre 1889 y 1890 se reúne en la Ciudad de Washington, un Congreso Panamericano convocado por Estados Unidos. De allí surgirá la actual Organización de Estados Americanos. Un Congreso que para Bolívar, sólo sería posible después de que se hubiese alcanzado la Integración de los pueblos que formarán la América Latina. Sobre los entresijos del Congreso Panamericano escribió José Martí, para estimular y apresurar la ya urgente y necesaria integración latinoamericana. En Washington el argentino Roque Sáenz Peña lanzó frente a la “América para los americanos” del presidente Monroe, una “América para la humanidad” de entrañable expresión bolivariana. La Cumbre Iberoamericana realizada recientemente en Guadalajara recupera y amplía la preocupación bolivariana al incluir en ella a pueblos como los iberos vinculados a América por la sangre y cultura a los que antes hubo que enfrentar reclamando para la región lo que ellos habían reclamado en Numancia y Zaragoza, para sí mismos. “Por primera vez —dijo el presidente de Cuba, Fidel Castro—, nos reunimos los latinoamericanos sin que nos convoquen otros, ya con ello nuestro encuentro asume un carácter histórico.”

José Martí imaginaba a Bolívar “sentado aún en la roca de Amé-

rica, vigilante y ceñudo, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacerse está hasta hoy, porque Bolívar tiene qué hacer en América todavía”.¹ Ahora, a fines del siglo XX, Bolívar se habría dado cuenta de que no aró en el mar. A la reunión de Guadalajara asistirán, sin excusa alguna, los representantes de los pueblos que él había convocado. Pero también los que Bolívar no pudo lograr asistiesen a Panamá: argentinos, chilenos, paraguayos, bolivianos y uruguayos. También los brasileños, que han dado un extraordinario vuelco hacia la América de la que son parte, levantando monumentos a la integración como el Memorial de América Latina en la Ciudad de Sao Paulo. Igualmente los pueblos caribeños de Cuba, Santo Domingo y como observadores, de Puerto Rico, estos pueblos alcanzaron la emancipación del coloniaje hispano pero se vieron de inmediato obligados a enfrentar otros coloniajes. Ahora también presentes los españoles y portugueses, en una relación distinta de la de la conquista y la colonización.

3. Nueva oportunidad

En la Cumbre Iberoamericana de Guadalajara, cada uno de los participantes insistió en la obligada y urgente integración de la región como ineludible punto de partida para una integración continental e intercontinental. La integración vista como un reto al que es urgente responder. Oportunidad para que la región rompa definitivamente con el atraso y la pobreza impuestas por la dependencia externa. Los cambios que aceleradamente se están dando en el resto del mundo hacen aún más urgente la integración. Pueblos hasta ayer enfrentados entre sí, como los europeos, ya han formado una gran Comunidad. Igual sucede con los pueblos de la Cuenca del Pacífico. La Unión Soviética y la Europa del Este, rota la integración partidista y doctrinaria, rota la integración impuesta, buscan nuevas formas para su libre integración. En Medio Oriente y África, los pueblos también buscan sus propios caminos.

¹ José Martí, “El centenario de Bolívar”, *Patria*, Nueva York, 1893.

Todos tratan ahora de hacer posible los que fueran los viejos sueños de integración latinoamericana.

“Hoy el mundo —dijo el presidente Carlos Salinas de Gortari— se ha hecho más pequeño, permeable, interdependiente. Ha llegado a su fin una época histórica que permitió, durante décadas, desarrollos relativamente autónomos, aislados, orientados hacia dentro y aparentemente protegidos de la intemperie mundial... El camino de la modernidad que hoy nos urge no termina en nuestras fronteras nacionales. Las desborda y las conecta con las de otros países, otras economías, otras culturas.” Por ello “el esfuerzo común será una afirmación de capacidad para comprender el mundo que nos rodea, expresarlo y ver nuestro lugar fortalecido en su futuro”. Esto es posible para la América Latina como lo está siendo para pueblos sin la larga experiencia en busca de la integración, con la que cuentan los latinoamericanos. La presidente de Nicaragua, Violeta Barrios, Vda. de Chamorro, se expresó en este sentido diciendo: “Para el europeo, la unidad de Europa, los Estados Unidos de Europa, fue durante siglos una utopía pero la han conseguido. Hispanoamérica en cambio, nació de la Unidad y todos los movimientos que han forjado su destino. Cultura, sociedad y política han hecho natural en esta región algo que parecía extraño a la diversidad de culturas, lenguas, religión, etnias de la vieja Europa.” “Sin embargo —agrega Violeta Chamorro—, hemos malgastado esa unidad, lanzándonos en persecución de quimeras y utopías.”

Latinoamérica posee, más que cualquier otra región de la tierra, los medios para su ya obligada y urgente integración. Urgencia que aumenta ante la orientación que están tomando formas de integración que se están concretando al uno y al otro lado de los mares que bañan esta América. En algunos lugares están tomando características excluyentes, como lo ilustran las tesis de Fukuyama. Dentro del mundo occidental en el que se dice que la historia ha llegado a su fin, parecen ser prescindibles pueblos ayer necesarios para el logro de las metas, ya alcanzadas por el Mundo occidental. Pueblos ahora considerados prescindibles a los que se agregan los pueblos hasta ayer bajo la hegemonía del sistema socialista, en la Europa del Este y Unión Soviética. En Europa se han roto los muros que no

dejaban salir, pero se están levantando otros muros para no dejar entrar a pueblos que consideran no rebasan aún su propia y peculiar historia de dependencia y miseria. Voces excluyentes aún en la misma España.

Frente a este propósito están las palabras del presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, quien dice: “Comenzamos por afirmar que América Latina no es prescindible.” Sin embargo, “Iberoamérica no pasará de ser un nombre, una aspiración, si América Latina no se integra, y si España y Portugal no se colocan en una posición de equilibrio, entre su interés europeo y el interés latinoamericano; Iberoamérica es posible a condición de que la hagamos”. La integración es urgente, necesaria. La convergencia entre los pueblos de la Europa Ibero y la América Latina es necesaria porque “sin ellos no seremos lo que queremos ser; ellos sin nosotros tampoco lo serán”. El enfrentamiento Este-Oeste ha terminado, pero no así el enfrentamiento Norte-Sur. Paradójicamente los pueblos que ayer eran parte de la polaridad Este-Oeste son ahora parte de la confrontación Norte-Sur. “La confrontación Este-Oeste fue traumática para el mundo —dijo el presidente de Guatemala Jorge Serrano Elías— pero aún peor podría resultar la agudización del enfrentamiento entre el norte y el sur.” Fernando Collor de Mello, presidente del Brasil, dijo: “Nos preocupa particularmente el hecho de que, al finalizar la bipolaridad ideológica, surja una nueva clase de bipolarismo que divida a las naciones ricas y desarrolladas, poseedoras de capital y de tecnología, y a aquellas faltas de capital, sin acceso a las nuevas formas de conocimiento, y por eso incapaces de transformar el dramático panorama social en el que viven.”

¿Pueden ser mandados al vacío de la historia inconclusa, considerados prescindibles, los pueblos que forman la América Latina? Patricio Aylwin, presidente de Chile, dijo, esto no es posible porque “nuestra comunidad será, al término de este siglo, una zona poblada con más de 500 millones de habitantes”. “Tenemos una enorme variedad de recursos naturales, algunas de las grandes cuencas hidrográficas, las mayores reservas de bio-diversidad, tenemos una enorme riqueza humana cuya capacidad hoy día está destinada a crear inteligencia; compartimos un patrimonio humano natural y

cultural, que nos permite incorporarnos y participar de las profundas transformaciones técnicas y económicas del mundo contemporáneo, pero ello es fundamental hacerlo en conjunto”. Habrá que integrar esfuerzos.

4. Reto estadounidense

Existe un gran reto, este reto fue y sigue siendo nuestro ineludible vecino, Estados Unidos. Otra vez es el reto del Panamericanismo, aunque ahora en relación distinta del que originó en el siglo pasado, la Institución vigente Panamericana. Estados Unidos, en la etapa final de la historia de que habla Fukuyama, también ha quedado rezagado. Rezagado en la economía que es vista ahora como la panacea para la humanidad. Rebasado por los pueblos perdedores de la Segunda Guerra Mundial, que al no tener que gastar en armas han llevado a la economía de mercado a una extraordinaria altura, como son Alemania en Europa y Japón en Asia.

La retirada de la Unión Soviética de la carrera armamentista y de la guerra fría hizo de las sofisticadas armas producidas algo anacrónico, innecesario dentro de la historia que se dice ha llegado a su fin. Los Estados Unidos extraordinariamente armados, resultan hoy anacrónicos, ante la renuncia que hizo de las armas la Unión Soviética. Ahora Estados Unidos necesita, como nunca, del resto de los pueblos de la América, incluyendo la América Latina.

Lo que ya no puede hacer en Europa y Asia tendrá que hacerlo en la América de la que es parte. Para Estados Unidos la América Latina no sólo no es prescindible, sino absolutamente necesaria. En el horizonte de posibilidades de la América Latina, esta necesidad es una oportunidad sin igual; necesaria en la economía panamericana que se proyecta. Pero tendrá que serlo en otra relación que no sea la de la vieja y vertical de dependencia. Y esto sólo se podrá lograr si esta región, previamente se integra y hace valer unida sus intereses. América Latina no puede ya ser simple donadora de materias primas y mano de obra barata, tendrá que ser una región capaz de consumir lo que la misma produzca. El rico mundo, al que se refirió el presidente chileno Aylwin, pesará,

pero previamente unido en la relación que guarda América Latina con Estados Unidos:

De la iniciativa para la integración económica continental, propuesta por el presidente George Bush de los Estados Unidos hablaron muchos de los participantes a la Cumbre de Guadalajara. “El presidente Bush —dijo Carlos Saúl Menem, presidente de la Argentina— ha lanzado la llamada iniciativa de las Américas, lo que ha generado una lógica expectativa en toda América Latina.” Hay que entrar en ella, pero “sin complejos de inferioridad”. Entrar en una concepción unitaria “que sea productiva, que destierre la falsa soberanía del hambre, del aislamiento y del anacronismo para elevar bien alta la soberanía del desarrollo común”. Una auténtica Comunidad Continental será posible para la América Latina si previamente se integran y enfrentan en conjunto los retos de la misma.

Dejaron igualmente en claro varios de los asistentes a la reunión: el que la América Latina, por su situación geográfica, y su plural formación étnica y cultural, ha de mantener abiertas las posibilidades de su relación con otras regiones de la tierra. No se debe olvidar que el Continente Americano se encuentra geográficamente en el centro de otros continentes, de otras regiones de la tierra: al este Europa y Africa, al Oeste Asia. Bolívar veía a Panamá como centro de la tierra, en relación abierta con los pueblos al norte y al sur de América y con los pueblos al otro lado de los océanos en el Pacífico y en el Atlántico.

El presidente del Perú, Alberto Fujimori, habló de esta situación y de la preocupación mexicana por mantener diversos lazos no sólo económicos sino también de identidad y cultura, la propia del mestizaje que da sentido a la identidad de los pueblos de la región. “Es un hecho, no sólo simbólico —dijo—, el que Guadalajara se haya convertido en un periodo muy corto en escenario de dos reuniones trascendentales: la Cuenca del Pacífico, no hace mucho, y ahora la Cumbre Iberoamericana: la unidad para enfrentar el futuro. América Latina es una región privilegiada de cara a dos océanos que le comunican con la totalidad de la tierra. Por ello hay que ir más allá de toda retórica a acciones que permitan obtener frutos de tan

privilegiada situación... Esto plantea la necesidad de enfrentar el futuro unidos”.

5. *Identidad*

Base para lograr la anhelada integración es la conciencia de la propia identidad de los pueblos de la región. La conciencia de la diversidad de sus expresiones, pero también de lo que tienen en común rebasando lo circunstancial. La identidad sobre la que ya se interrogaron el libertador Simón Bolívar y el civilizador Domingo Faustino Sarmiento: ¿Qué somos? se preguntaban ¿Indios? ¿Españoles? ¿Americanos? ¿Europeos? ¿Africanos? ¿Asiáticos?. Somos todo eso, fue la respuesta: pueblos mestizos, en los que se han integrado las razas y culturas de la región con los de los pueblos al uno y al otro lado de los océanos. De este mestizaje, en su expresión multirracial y multicultural, se habló también en la reunión.

El mestizaje visto como suma de todas las razas y culturas que se han dado encuentro en este Continente. El mestizaje como suma y no como excrecencia que debe ser amputada. El mestizaje en el que José Vasconcelos vio a una nueva raza, la Raza Cósmica; que no es raza, etnia, sino cultura, conciencia y, por serlo, espíritu. “Por mi raza hablará el espíritu”, dice el lema de la Universidad mexicana. “En la América Española —dijo Vasconcelos— ya no repetirá la naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta, ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal.”²

Tal fue, en su tiempo, la respuesta de Vasconcelos a quienes se empeñaban en occidentalizar, europeizar o sajonizar a esta América, presentando al mestizaje como una maldición que había que anular, arrancándolo de la sangre y cultura de estos nuestros pue-

² José Vasconcelos, *La raza cósmica*, México, 1925.

blos. En lugar de decir: hagamos lo que Europa o los Estados Unidos, se decía seamos como Europa, o como Estados Unidos y en este querer ser otro de lo que se es, tropezar con una identidad mestiza en la que se decía se reunían los defectos de todas las razas. Para ser moderno, se decía, hay que ser yanqui, sajón, franco o germano. Pero ahora ya se puede ser moderno sin dejar de ser lo que se es, un hombre o pueblo concreto, con una determinada identidad, una etnia y una cultura sin por ello dejar de ser hombre o pueblo sin más. El mestizaje, tanto étnico como cultural es ya naturalmente asumido en esta región de América. La identidad no es ya un interrogante, sino una afirmación.

El presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, se refirió a esta identidad recordando las palabras de Carlos Fuentes sobre la cultura que nos une: “india, europea, africana y sobre todo mestiza que predica la naturaleza y los problemas del mundo”. “Pocas regiones del mundo —dijo Salinas de Gortari— como la nuestra, están tan seguras de su identidad”, una identidad que puede enfrentar todos los desafíos del mundo y la historia. Entre nosotros, agrega, el peligro no es la “desintegración regional, sino el desaprovechar recursos y oportunidades”. A este mestizaje se refirió también el presidente de Bolivia al hablar de la derrota tecnológica de la región, de “la resistencia cultural que hizo posible el rico mestizaje que caracteriza y honra a nuestra comunidad iberoamericana”. Mestizaje del cual derivan las ricas expresiones de la lengua y cultura de la región. Fernando Collor de Mello, del Brasil, dijo: “Somos un pequeño género humano, decía Bolívar en la carta escrita a un caballero de Jamaica en 1815 para expresar la identidad de la cual brotaría la fuerza impulsora de la historia de América independiente. Ese pequeño género humano, que nació mestizo, reencuentra hoy, aquí en Guadalajara, su porción ibérica.” A su vez, Luis Alberto Lacalle, del Uruguay, habló del coraje de los emigrantes que en América “fecundaron el vientre moreno para que naciera la América India, y el coraje que tuvieron quienes viajaron al otro lado de la Tierra, primero españoles y luego de todas las tierras que esta América generosamente incluyó en el crisol que hoy llamamos este continente”.

Carlos Andrés Pérez, de Venezuela, dijo: “Simón Bolívar nos definió: somos un pequeño género humano... Para ser lo que somos capaces de hacer, este pequeño género humano, fortalecidos en la modernidad cultural lingüística y racial del mestizaje, tenemos que lanzar el proyecto que predestine nuestro destino: la integración, la comunidad latinoamericana es el reto de la historia”. Por ello, “no nos avergonzamos de nuestro pasado ni nos enerva la voluntad, la jornada por cumplir, para asumir nuestro destino de pueblo libre”.

Un pequeño género humano, mestizo, diverso, múltiple en sus componentes pero integrado por una historia y una cultura que da sentido y unidad a su totalidad. Un pequeño género humano formado ya por casi 500 millones de habitantes, que se ha extendido sobre la misma América anglosajona, la América *Wasp*, supuestamente blanca, occidental y protestante. Dentro de ella se han injertado hombres de razas y culturas de todos los continentes a partir de la América Latina, ampliando así el mestizaje a toda la región. Presencia multirracial, multicultural, y mestiza ahora ya también presente en la casi totalidad de los pueblos de Europa y de otras regiones de la tierra. La modernidad que se anuncia, para que sea legítima y fecunda, habrá de partir de la rica identidad que el destino ha deparado a la América que se denomina latina. “La herencia y el presente cultural iberoamericano —dijo Salinas de Gortari— son una portentosa acumulación de rasgos propios”, “resultado de una historia viva y plural, continuamente abierta a la mezcla y al contacto entre civilizaciones, etnias, lenguas y creencias”.

6. *Futuro*

Este mundo rico, múltiple y mestizo, fue fruto de la actitud que tomaron los hombres llegados de la Europa Ibera en América al encontrarse con gente de otras razas y culturas a las que se sumarán después otras regiones de la tierra como el África. Esta actitud no justifica el sufrimiento que estos mismos hombres impusieron a los pueblos indígenas con los que se encontraron, y a los africanos a los que esclavizaron. Sufrimiento que fue ya denunciado por hombres

de la misma raza dominante, que supieron ver en esos otros hombres, prolongación de la propia y concreta humanidad. No se puede justificar la arrogancia, la codicia, la depredación y la discriminación impuestas a esta región y a sus hombres, como tampoco la de otros hombres, de la Europa al otro lado de los Pirineos, que hicieran algo semejante motivados por el mismo afán de gloria y de codicia. Pero no se trata ahora, 500 años después, de enjuiciar una historia que, por serlo, ha de ser rebasada, en relación con el futuro, con la historia por hacer. No se trata de pedir cuentas a la historia, sino de reconciliarse con ella, dijo el presidente Paz Zamora de Bolivia.

La posibilidad de la Raza Cósmica, de la que habló José Vasconcelos, se hizo antes expresa en el hombre que primero conquistó y colonizó el Nuevo Continente, el ibero. “Los llamados latinos —dice Vasconcelos al referirse al calificativo aceptado por esta América— tal vez porque desde un principio no son propiamente tales latinos, sino un conglomerado de tipos y razas, persisten en no tomar muy en cuenta el factor étnico para sus relaciones sexuales. Sean cuales fueren las opiniones que a este respecto se emitan, y aún la repugnancia que el prejuicio nos causa, lo cierto es que se ha producido y se sigue consumando la mezcla de sangres... Y es en esta fusión de estirpes donde deben buscar el rasgo fundamental de la idiosincrasia iberoamericana.” Para tal actitud estaban preparados los iberos que llegaron con la primer oleada de conquistadores y colonizadores al continente descubierto por Colón, Actitud distinta de los hombres que les siguieron en esta ola expansiva, sajones, blancos y puritanos que veían la mezcla con gentes de raza y cultura distinta como una maldición, o rebajamiento de su humanidad.

El mismo año de 1492, en el que Colón descubre América, cae Granada en manos de los Reyes Católicos. Triunfo español que pone fin al secular dominio moro iniciado en 711 por Tarik. Casi ocho siglos de dominio musulmán dentro del cual el godo aprendió a convivir con el moro, el musulmán a mezclarse con la cristiana y el cristiano con la musulmana. Fue en ese lugar de Europa, en la Península Ibérica donde se dio el primer gran mestizaje que el

descubrimiento ampliará a toda América. Mestizaje que planteará a su vez, problemas de identidad tanto a los iberos en relación con los moros como a los latinoamericanos en relación con los españoles y portugueses. Problemas de identidad que en América se fueron rebasando al asumir como propia la rica identidad originada en tal mestizaje.

El presidente del Gobierno Español, Felipe González, habló de la infinidad de vínculos que hicieron posible la presencia de España en la Cumbre, como la de Latinoamérica en España, a partir de una herencia común. “Precisamente porque para lo bueno y también para lo menos bueno hemos compartido esa herencia, podemos permitirnos acometer juntos retos tan exigentes.” España, agregó, “va a continuar con su esfuerzo día a día en las comunidades europeas para potenciar una relación hasta hace muy poco prácticamente inexistente, y ello no sólo por fidelidad a su trayectoria histórica, sino, señor Presidente, porque España también es Iberoamérica”. Se trata de pueblos que a lo largo de la historia han luchado por la democracia. “La democracia —agregó— es la legítima y pacífica aspiración de los pueblos, y hemos de velar todos para que se perpetúe en esta tierra que a lo largo de su historia ha sido muchas veces refugio de demócratas”. Alusión a la España Peregrina, republicana, que vio en estas tierras una prolongación de la propia identidad, como lo expresa José Gaos, el filósofo español que acuñó para sí la palabra *trasterrado*.

Gaos fue parte del grupo de españoles que la Guerra Civil expulsó de la Península para asilarse en Latinoamérica. Encuentro distinto del que se inició con la hazaña de Colón en 1492. Ahora fueron hombres que escapaban a la arrogancia e intransigencia imperial, a la gente que no quería aceptar el fin del imperio en donde no se ponía el sol. Fueron esta misma arrogancia e intransigencia las que originaron la guerra civil en las colonias contra la Península. Intransigencia por la que se reprimió una y otra vez, los reclamos de libertad y democracia en la Península. Contra esta misma arrogancia e intransigencia lucharon y primero vencieron, las naciones que Iberia formó en América. Pero contra la misma se estrellarán los demócratas y republicanos españoles obligando a los sobrevi-

vientes al trastierno. España, decía Gaos, es ahora la última región hispanoamericana que falta de liberarse a sí misma del pasado imperial que impuso su hegemonía en la Península y en América a lo largo de casi cuatro siglos. “España es la última colonia de sí misma”, que por dejar de serlo había luchado en diversas ocasiones. En España y América se realizaron movimientos de independencia respecto del pasado propio, que era el mismo. En esta lucha la libertad triunfó en América, no así en España decía Gaos. El maestro hispano no alcanzó a ver el triunfo de una nueva batalla en la Metrópoli; triunfo del que surgió la España democrática de nuestros días. Es la España de la que habla Felipe González, ya presente en la Cumbre Iberoamericana.

La conmemoración del V Centenario del Encuentro de América e Iberia llegará pronto a su término. Pero continuarán encuentros como el que se inició en México. Se aproxima ya otra fecha que merece también ser conmemorada, al uno y al otro lado del Atlántico. De ella hablaron Vasconcelos y Gaos: 1898. Este año puede ser recordado como el Primer Centenario de la Reconciliación Iberoamericana. En esta fecha el Imperio a que dio origen la hazaña colombina llegó a su fin, alevosamente herido por el nuevo imperio que emergía, Estados Unidos. Imperio que así daba inicio a su marcha para ocupar los “vacíos de poder” que dejase Europa en América y el mundo.

El 98, escribe Gaos, es fecha “a la que corresponde un acontecimiento de importancia máxima en la historia de España y de la América Española, el fin del Imperio español”.³ En 98, al perder España sus últimas colonias en el Caribe y el Pacífico, se descoloniza, y al hacerlo se reencuentra e identifica con los pueblos que en América se habían ya adelantado emancipándose del imperio. Así lo entendió la inteligencia latinoamericana de esos días, anticipándose José Martí, seguido por José Enrique Rodó, José Vasconcelos y otros muchos. En Latinoamérica se recibió la agresión sajona a España como una agresión a sí misma. La guerra entre España y América había sido guerra civil; guerra fratricida, intestina en la

³ José Gaos, “El pensamiento hispano-americano”; *Cuadernos Americanos*, México, 1942.

que nada tenían que hacer otros pueblos que sólo buscasen justificar su propia expansión y beneficios. Fue entonces que la América que se auto designaba latina se reconcilió con una España libre ya de su propio poder imperial.

“Pugna de latinidad contra sajonismo — escribe Vasconcelos — ha llegado a ser, sigue siendo en nuestra época; pugna de instituciones, de propósitos y de ideales. Crisis de una lucha secular que se inicia con el desastre de la Armada Invencible.” Las derrotas en 98 de Santiago en Cuba y de Cavite y Manila en Filipinas son ecos distantes de lo iniciado en el Canal de la Mancha en 1588. “El conflicto — agrega — está ahora planteado totalmente en el Nuevo Mundo”.⁴ Por ello la América que se llama Latina, por no querer llamarse española debido a la sangre vertida en la independencia, se reconcilia ahora con la España de la que lleva sangre y cultura. Reconciliación con la España que dejaba de ser imperial, que se afianza y se amplía con la llegada a esta misma América del transtierro español que la guerra civil iniciada en 1936 trajo a este continente. Es la España, con la cual los pueblos de la América Latina se sienten solidarios en la búsqueda de un mundo más justo y más amplio, en el que se pueda asentar esa raza de razas, cultura de culturas, nación de naciones, con la que soñó Bolívar, y Vasconcelos expresó en la utopía de la Raza Cósmica.

⁴ José Vasconcelos, *Opus cit.*

MÉXICO Y ESPAÑA: BALANCE DEL QUINTO CENTENARIO

Recientemente han terminado las celebraciones, festejos y conmemoraciones del Quinto Centenario del Descubrimiento de América y Encuentro de Dos Mundos. Un extraordinario hecho histórico que originó la universalización de la historia, dando sentido total a la diversidad de las historias regionales existentes, incluido el desconocido continente bautizado como América. Este acontecimiento cambió la historia por el papel dominante que en él jugaron los pueblos que lo hicieron posible con su acción. Es por ello que, cuando se habló de celebrar y festejar esta hazaña, se chocó de inmediato con el punto de vista de los pueblos que sufrieron el impacto de la misma. La universalización de la historia iniciada en 1492 se plasmó en el dominio que España, y con ella otros pueblos europeos, impusieron sobre el continente descubierto y a partir del mismo a los pueblos de otras regiones de la tierra, en Asia, Africa y Oceanía. Estos pueblos no podían celebrar ni festejar el inicio de la conquista y la colonización de la tierra hecha por Europa, a partir de la hazaña española. Resentimientos, y con ello, repudios surgieron de inmediato.

Problema distinto fue para la región en donde esa hazaña dio principio, en el Caribe descubierto y conquistado por Colón y el resto de la América que a sí misma se denominará Latina, a la que se extendió el dominio. Los pueblos de esta región llevan dentro de sí tanto al conquistador como al conquistado, al colonizador y al colonizado. De allí el interrogante: ¿Qué somos? ¿Indios? ¿Españoles? ¿Americanos? ¿Europeos? Una peculiar situación, decía Simón Bolívar, que originará la no menos peculiar identidad de los pueblos de esta región. Los hombres de esta zona no son españoles, pero llevan dentro a España, no son europeos, pero llevan dentro a Europa. Como también llevan la sangre y cultura de otros muchos

pueblos que se fueron sumando a esta región de diversas formas, ya que no sólo se agrega Europa, sino también Asia, África y Oceanía. El pequeño y peculiar género humano, que dará respuesta a los interrogantes del libertador Simón Bolívar.

Los mexicanos, como los latinoamericanos en general, no podían celebrar ni festejar este hecho, pero tampoco repudiarlo. Habría, por el contrario, que ir más allá de la arrogancia y el resentimiento; superar lo uno y lo otro para captar su ineludible unidad, la de su extraordinaria y peculiar identidad. Habrá que tomar conciencia, conmemorar, para así poder asumir esta extraordinaria diversidad. El Quinto Centenario, los quinientos años transcurridos, ha sido una magnífica oportunidad para hacerlo. Fue en este sentido que en México se empezó a hablar, no ya de descubrimiento, sino de encuentro. A la relación vertical de dependencia que implica el descubrimiento, se propuso la visión horizontal de encuentro de pueblos que, sin renunciar a sus particulares expresiones de identidad, superarán la violencia del encuentro en una relación de solidaridad. Esto es, pares entre pares y por ello capaces de solidarizarse sin por ello tener que renunciar a sí mismos. No ha faltado, sin embargo, quien vea esta actitud como agresiva para España al no hablarse de descubrimiento. En poco tiempo se logró entender lo que de positivo tenía para las partes, al parecer enfrentadas, la idea de encuentro como punto de partida para la solidaridad. Así, después se habló del Quinto Centenario del Descubrimiento de América y Encuentro de Dos Mundos.

Tanto España, desde un ángulo, y los países que la llevan dentro desde el otro, fueron afinando la extraordinaria relación que pueden guardar entre sí los pueblos en esta región de América y los de la Península Ibérica al otro lado del Atlántico. Relación solidaria de comprensión que culmina en las Cumbres Ibero-Americanas celebradas en Guadalajara, México, en 1991 y en Madrid, España, en este 1992. Conmemorando y haciendo memoria, se da sentido a una historia común iniciada el 12 de octubre de 1492. Con ello se fue perfilando una política cultural común, capaz de rebasar las anacrónicas expresiones de otras épocas en la búsqueda de metas propias a realizar por pueblos que la historia ha ido integrando.

La reflexión ha hecho patente que la España de la conquista y la colonización, llevó consigo al Nuevo Continente algo más que la ferocidad de la conquista y la impiedad de la colonización, trajo la actitud originada en su propia y también peculiar historia, la de los pueblos de la Europa Ibera. La actitud expresa en la latinidad que permitió a Roma mantener su hegemonía por centurias en los pueblos que baña el Mediterráneo: Europa, África y Asia. Pueblos distintos entre sí por sus etnias y culturas, pero no tan distintos que no tuviesen un lugar paralelo en el Imperio, siempre y cuando respetasen las reglas del juego expresadas en el Derecho. A esta actitud se sumó en Iberia el largo coloniaje que, por casi ocho siglos, impusieron pueblos de raza y cultura tan distintas como lo fueron los conquistadores llegados del Norte de Africa. En este encuentro, godos y moros aprendieron a convivir y a mezclarse. Dominio islámico que termina en 1492, en que la misma gente que hace la reconquista, se lanza a la conquista y colonización del mundo descubierto por Colón. Esto se ha hecho patente a lo largo de la conmemoración del Quinto Centenario. Así, desde sus respectivos ángulos, mexicanos y españoles, latinoamericanos e iberos, han ido comprendiendo mejor su historia en relación con la historia de los otros en la que terminan por encontrarse como partes de una historia común.

En este nuevo encuentro racional y cultural que ha significado el V Centenario, queda claro el sentido del calificativo que molestaba a los españoles, el de América Latina, que tiene también un aspecto positivo: es a través de lo latino que se recupera a España, no a la España de la conquista y el coloniaje, sino a la España que hizo suyo el espíritu latino que permitió a Roma mantener un imperio, y que al morir como tal, fue lo latino lo que siguió dando unidad a la diversidad de los pueblos en Europa. Lo latino, enriquecido en la península ibérica con la obligada convivencia musulmana, ofreciendo el sentido de unidad de la América que de esta forma se denomina para distinguirse de la Sajona, de la América excluyente de toda raza y cultura e intereses que no sean los propios. “A través de lo latino, —escribió José Vasconcelos— recuperamos a España.”

Sobre esta historia común y de mutua recuperación de la una y la otra, de España y de la América, que se denomina Latina, hablaron dos maestros: el mexicano José Vasconcelos y el español José Gaos. Hablaron de una historia común de pueblos que se formaron y crecieron bajo el signo de la conquista y la colonización, y se enfrentaron a ellas para acabar reconociéndose como ineludibles partes de una identidad común Ibero-Americana. El que fuera pequeño crisol de razas y culturas en Iberia, creció extraordinariamente, abarcando un continente en América. Los pueblos, que al uno y al otro lado del Atlántico se enfrentaron al mismo absolutismo a que había dado origen el Imperio donde nunca se ponía el sol. Se trata de una misma historia en la que se estremezcan sus partes en la lucha contra el absolutismo imperial. Un absolutismo y un Imperio al que dará fin el nuevo Imperio surgido en América en 1898. En este año, coinciden Vasconcelos y Gaos, es que se inicia la reconciliación ibero-americana; la reconciliación de los pueblos iberos, y la de los que se denominan latinoamericanos. Partes de un extraordinario crisol de razas y culturas. Raza Cósmica, la llama Vasconcelos, que no es raza sino actitud que permite ver en el otro a un semejante; no semejante por ser su copia, sino por ser precisamente distinto, individuo, persona, hombre concreto y es por ello mismo que ha de ser respetado para poder a su vez reclamar respeto. “El respeto al derecho ajeno es la paz”, decía el Benemérito de las Américas, el mexicano Benito Juárez.

Conmemorando, reflexionando, sobre los quinientos años de historia iniciados el 12 de octubre de 1492, se ha captado lo que de común guardan los pueblos de la Península Ibérica y los de la América Latina, dando sentido a la relación ibero-americana que el tiempo irá afirmando. Relación que una política cultural encaminada a un mayor conocimiento de las múltiples identidades de la región ha de dar mayor unidad. En la actualidad se habla de la Comunidad Europea, de la Comunidad Americana, y también de la Comunidad Iberoamericana. Esta última por sus especiales características, puede no tropezar con los problemas a los que ahora se enfrentan la Comunidad Europea y la Americana. Problemas que en Europa se están expresando en reclamos por el reconocimiento

de identidades étnicas, culturales, religiosas, regionales y de diversos tipos. Reclamos que están originando violencias y anarquías que ya no resuelve el racionalismo cartesiano al otro lado de los Pirineos. En cambio el espíritu latino, originado en el Mediterráneo, dando unidad a la Europa ahora en conflicto, puede ser el punto de partida para una nueva conciliación de la diversidad de identidades que se hacen patentes en sus reclamos en Europa y en el resto del mundo. Punto de partida, para algo más que la Casa Común Europea, o la Casa Común Americana, para la Casa Común del hombre.

Casa de América, Madrid, España
Octubre de 1992

ÍNDICE

Prefacio	9
----------------	---

TOPÍA Y UTOPIA

Regreso de las carabelas	15
América, vacío de Europa	25
El Nuevo Mundo como utopía	37
La utopía del mestizaje	51
Domesticación de lo desconocido	61
Xenofobia y raza cósmica	71

ENCUBRIMIENTO Y AUTODESCUBRIMIENTO

Cristóbal Colón, universalizador de la historia	99
De la Conquista a la Reconciliación	113
Autodescubrimiento de América	127

MÁS ALLÁ DE LOS 500 AÑOS

Hispano-América. Ruptura y reencuentro	143
Problemas de identidad e integración	155
Sentido y proyección del descubrimiento	167
Más allá de los quinientos años	185
Qué hacer con quinientos años de historia	195
Cumbre Iberoamericana	205
México y España: Balance del Quinto Centenario	223

Regreso de las carabelas
fue editado para la Dirección General de
Publicaciones por Paradigma Editorial.
Su composición se realizó en Times Roman de
12:13, 11:12 y 9:10 puntos.
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos
Multigráfica SA de CV, en abril de 1993.
Se tiraron 1000 ejemplares.

— Diseño portada: Rolando Morales